

A
10

Small yellowish label on the spine, possibly containing a library or identification number.

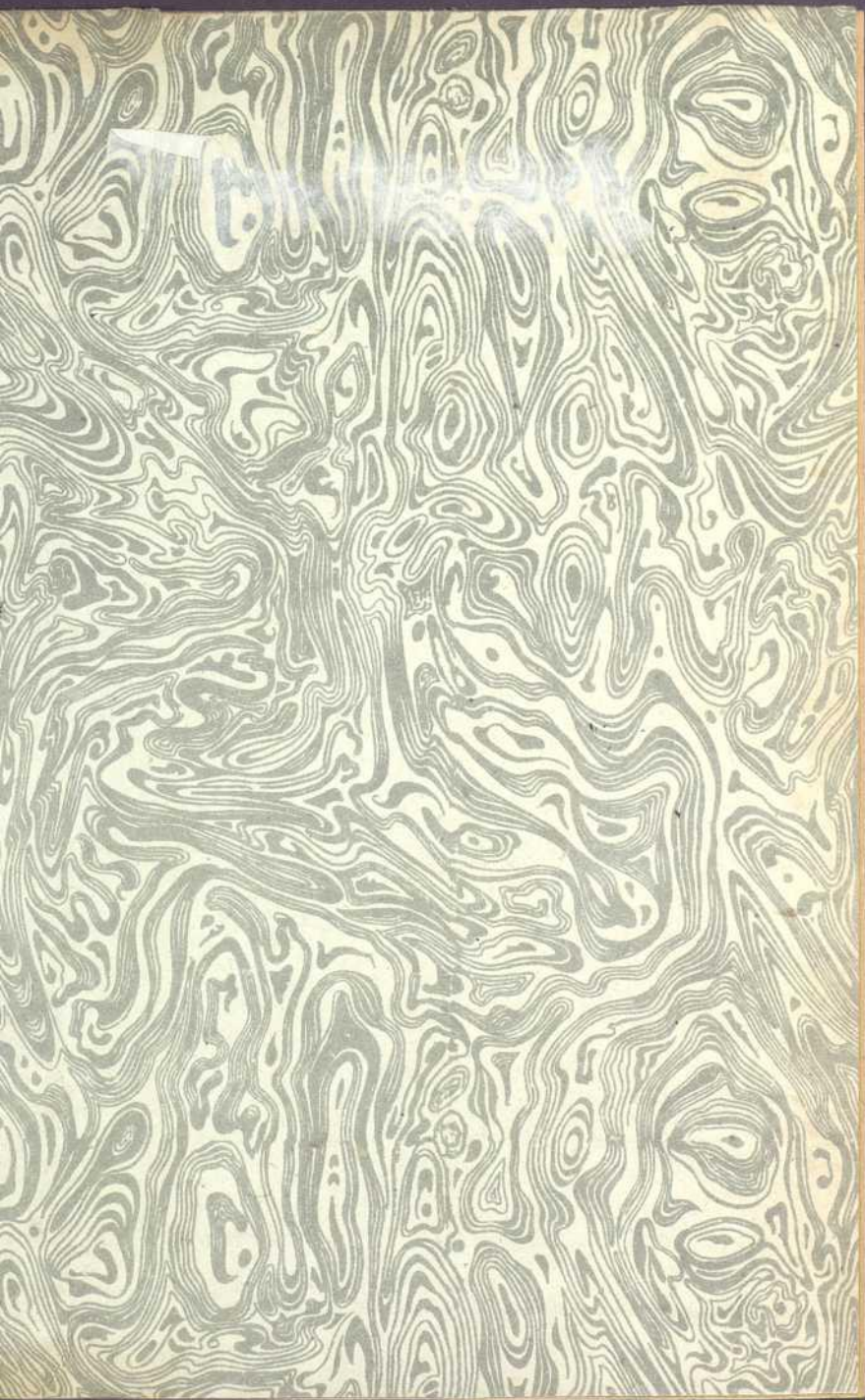
El

Año

NAVARRA, S. A.
MADRID

Librería de Teruel

ura



27

FA 3541

327

GEORGES LAFENESTRE
DEL INSTITUTO

257

LA LEYENDA DE
SAN FRANCISCO DE ASIS

SEGÚN LOS TESTIGOS DE SU VIDA





FA 3.571

G. LAFENESTRE

LA LEYENDA
DE
S^N FRANCISCO
DE ASIS



M. AGUILAR
EDITOR



MADRID

~~R-8984~~
MR-10.485

COLECCIÓN «EPOPEYAS Y LEYENDAS»

La Vida de Buda, por A. F. Herold.—La Leyenda
del Cid Campeador, por Alexandre Arnoux.—
La Leyenda de San Francisco de Asis,
por G. Lafenestre.—La Pasión de
Yang Kwé-Fei, por G. Soulié de
Morant. — La Leyenda del
Dr. Faust, por Sainty-
ves. — La Leyenda
de Sócrates, por
Mario Meunier.



PREFACIO



o se vea en este opúsculo un trabajo de erudición ni un estudio crítico, ni tampoco un ensayo de síntesis religiosa, histórica o filosófica. Numerosas obras eruditas o literarias, muy excelentes y hermosos libros de medio siglo acá, desde Ozanam y Renán, y sobre todo en estos últimos años, han hablado con harta elocuencia del gran Santo de Italia y dilucidado su figura ideal para que ya pueda acometerse de nuevo sin temeridad, sin larga y especial preparación, parecida empresa.

Más sencillo es nuestro propósito, más modesta nuestra intención y menos altas nuestras miras.

Nos ha parecido que, merced a las modernas investigaciones, podía desde hoy referirse con me-

nor incertidumbre la vida del cándido y potente renovador de las ideas religiosas y morales del siglo XIII en toda Europa, del precursor e inspirador, en su país, del Renacimiento de las Artes y de las Letras. ¿No bastaba para ello acaso ceder la palabra a los mismos testigos de su vida, a sus compañeros de apostolado, a los que le trataron y conocieron?

Fácil me hicieron la tarea, así como me inspiraron el proyecto, las tres últimas biografías, con justicia célebres y ya populares, que escribieron en Alemania Thode, Paul Sabatier en Francia y Juan Joergensen en Dinamarca. Leyendo y releviendo estos hermosos libros a mi regreso del último viaje a Umbría, donde aivé mis deliciosas impresiones de antaño, a mi vez me sentí abrasado de la misma fe de verdad que los aferraron a sus persistentes y fructuosas investigaciones. Puesto que me ofrecían su ayuda, ¿por qué no había de remontarme como ellos a las primeras fuentes, a las fuentes frescas y vivas de la maravillosa leyenda, más allá del muy conciso sumario de la *Legenda Dorada* y aun del texto de San Buenaventura, compilación oficial, realmente sabia y poética, pero constreñida por su mismo origen a más reservas y menos libertad que las crónicas familiares, obra de los verdaderos testigos?

La publicación del *Speculum perfectionis*, más la de los *Actus S. Francisci*, por Paul Sabatier, el promotor más activo del nuevo movimiento de literatura franciscana; la de la *Legenda prima* y la de la *Legenda secunda* y la del *Tractatus de miraculis*, por el P. Eduardo de Alençon, y la de la *Legenda scritte*

da tre Compagni, por los PP. Marcelino de Civezza y Teófilo Domenichelli, me permitían seguramente cumplir mis deseos.

Estaba estudiando a la sazón en el Colegio de Francia los orígenes del Renacimiento en la Edad Media, y había llegado al umbral del siglo XIII. Este es el momento del gran despertar moral, social, literario, científico y artístico en Italia.

La primera noble figura que se nos presenta es la de San Francisco, el fundador de la nueva religión evangélica, el apóstol ingenuo y enardecido de una fe más sencilla y más humana. ¿Acaso no se traduce de nuevo en él el amor a Dios creador en un amor ardiente y tierno hacia toda la humanidad y hacia la creación universal animada o inanimada? Antes de señalar a mis oyentes la influencia extraordinariamente rápida, fecunda y persistente que este predicador popular ejerció en el genio italiano y en la civilización mundial con la vivacidad de su imaginación, con la sensibilidad de su alma, con el ardor puro de su entusiasmo por las bellezas de la tierra y las esperanzas del cielo, ¿no debía primeramente delinear el retrato del hombre? ¿Y dónde era preciso buscar los elementos? Tratándose de personajes tan lejanos, ¿en qué punto se detiene la historia real y verdadera y en cuál empieza la leyenda fantástica y dudosa? Realmente, este caso se repite respecto de cualesquiera hombres célebres en todos los países y en todo tiempo, aun respecto de los más conocidos y aun de los más cercanos a nosotros.

¿No estamos viendo hoy cómo se forma la leyenda de nuestros contemporáneos aun en vida, en su

mismo ambiente familiar, antes que la imaginación popular, con sus diversos prejuicios, la amplifique, embellezca o afee? Y ésta, en realidad, es la leyenda que ejercerá mayor influjo en el espíritu de la posteridad y en los movimientos generales de la historia. Hay que abordarla con respeto y temor, pues frecuentemente, en su origen, se apoya en hechos exactos, a los cuales la exaltación de los contemporáneos y el reconocimiento de la posteridad suele atribuir causas maravillosas y extraordinarias. A ello nos inducen cada vez más los mismos descubrimientos de la erudición científica.

No se achican las figuras de Carlomagno, de San Luis, de Juana de Arco ni de Napoleón con las luces cada día más claras que se proyectan a través de sus gloriosas leyendas sobre el papel efectivo que han desempeñado en nuestro desenvolvimiento nacional. Lo mismo puede decirse de San Francisco de Asís. Cuanto más nos acercamos a él y más le comprendemos, mejor le conocemos y más le amamos. Baste recordar que en su época los espíritus más cultos y más positivos, como los más toscos y más fervientes, creían sin intermitencias en las intervenciones sobrenaturales. Todos los compañeros de su vida veían, como él, la acción divina en todos sus actos y visiones. No podemos dudar a este respecto de la sinceridad de sus testimonios ni de la de sus convicciones.

Sin embargo, bajo la aureola milagrosa con que su piedad ilumina al maestro santificado, la figura de éste, analizada por ellos con sagaz mirada y delineada con mano escrupulosa, se nos presenta

con precisión en los rasgos y en la fisonomía realmente excepcional en tal época.

¿Cuáles han sido las extrañas peripecias por que han pasado las biografías y leyendas de San Francisco antes de llegar a nuestras manos? Puede verse en los diversos prefacios de Paul Sabatier y en el prólogo que Joergensen redactó para su *Vida de San Francisco* las complicaciones de estas asombrosas aventuras. Al mismo tiempo conocemos por esos proemios cuánta curiosidad apasionada, cuánta investigación pertinaz, cuánta ingeniosa deducción fué menester para que lograsen los inquietos admiradores del siervo de Dios alumbrar entre los restos que las ocultaban u obstruían las fuentes lejanas que debemos consultar; son éstas, ante todo, la *Legenda prima* y la *Legenda secunda*, por Tomás de Celano; el *Speculum perfectionis*, los *Actus*, la *Legenda trium sociorum*, redactada por el hermano León o según sus preciosas notas, y en fin, para algunos episodios, las exquisitas *Floreillas*, último retoño que brotó en el mismo suelo.

De las dos leyendas sucesivas redactadas por Tomás de Celano, la primera, escrita casi inmediatamente después de la muerte del Santo (1226) por orden del papa Gregorio IX, fué remitida el 25 de febrero de 1229. Tomás, misionero a la sazón en Alemania, no estuvo presente en los últimos momentos de Francisco, pero vivió mucho tiempo a su lado. Fué doctor elocuente y culto. Su obra, de estilo eclesiástico, pesa un poco por la abundancia de adiciones dogmáticas. Sin embargo, su testimonio es seguro, abunda en detalles precisos y está

henchido de conmovedora gravedad, de sinceridad convincente y seria información.

Por el mismo tiempo, espontáneamente, sin mandato alguno, el hermano León, último secretario, confidente y enfermero del santo, su "ovejita del buen Dios", irriado contra las tendencias ambiciosas del hermano Elías y de la Curia Romana, creyó que debía redactar sus recuerdos personales. Calcando en sus notas, escritas en rollos de pergamino, pudieron más tarde los *Zelanti*, los discípulos puros, redactar el *Speculum*, los *Actus*, las *Fioretti*, etc. Cuando el Sr. Sabatier descubrió en la Biblioteca Mazarina el manuscrito del *Speculum*, fechado en 1228, fijó desde luego la redacción en esta fecha. Posteriores investigaciones han demostrado que la cifra era error del copista; pero es indudable que, aun redactada mucho más tarde, esta colección de notas conserva para nosotros todo su valor documental, y en no pocas ocasiones completa las demás leyendas.

Sabido es lo que ocurrió después de la muerte del Santo. La dirección de la Orden en las manos autoritarias del hermano Elías y de sus primeros sucesores, le desvió más o menos de la rufa ideal trazada por el fundador. Los compañeros depositarios de su fe fueron olvidados, proscritos, puestos en entredicho y perseguidos.

Así, cuando en 1244 un *zelantissimo*, Crescente de Jesi, fué elegido general, su primera idea fué apelar al auxilio de todos los supervivientes de la santa epopeya. El Concilio general de Génova, celebrado bajo su presidencia, decidió que los supervivientes recogiesen y redactasen sus Memo-

rias para completar la *Legenda prima*. El 11 de agosto de 1246, el hermano León, el hermano Rufino de Asís, el hermano Angel Tancredo de Rieti, enviaron desde su retiro del convento de Greccio "el relato selecto de muchas cosas de que fueron testigos y de algunas que les contaron otros hermanos, principalmente el hermano Felipe, el iluminado de Rieti, los hermanos Maseo y Juan, el amigo del primer discípulo Bernardo de Quintavalle y el hermano Gil. Este es la *Legenda trium Sociorum*.

Por su parte, Tomás de Celano completó su primer trabajo con la *Legenda secunda*, redactada, al parecer, a tenor de las comunicaciones de los mismos hermanos y de sus propios recuerdos para presentar, como antaño, sus ingenuas confidencias en forma más literaria. El mismo origen tiene, al parecer, el *Tractatus de miraculis*, que escribió también poco después. Las demás Memorias del hermano León, no utilizadas, pero sí en *rotuli*, piadosamente conservadas en los conventos, sirvieron más tarde para redactar los *Actus*, en los cuales vió Sabatier el original latino de las *Fioretti*. Según el citado sabio, débese la redacción de esta poética vulgarización al hermano Hugolino de Monte Giorgio, entre 1322 y 1328.

Un hecho importante ocurrió, hecho fundamental en la historia de la leyenda, entre los dos periodos, el de 1246 a 1248, fechas exactas de la obra de los tres compañeros y de los relatos complementarios de Tomás de Celano, y el de 1313 a 1328, fechas de los más antiguos manuscritos del *Speculum Perfectionis* y de los *Actus*. En 1257 fué elegi-

do general de los Menores el hermano Buenaventura (Giovanni Fidanza de Bagnorea, más tarde San Buenaventura), ilustre doctor y profesor de la Universidad de París.

En 1260, el Capítulo general, reunido en Narbona, le confió la tarea de redactar la leyenda definitiva de San Francisco "acorde enteramente con la verdad". Buenaventura, nacido en 1221, había conocido al Santo, pero en los primeros años de su infancia, y así se apresuró a ir a Asís para consultar a los testigos supervivientes de la vida del fundador. Estos le suministraron algunos rasgos y detalles y los agregó a las anécdotas ya recogidas por sus predecesores. El relato, hecho en prosa poética y animada, no pudo, sin embargo, conservar la vivacidad espontánea ni el entusiasmo militante ni el candor ingenuo en los relatos escritos por los testigos oculares, confidentes y colaboradores del Santo.

"La misión de San Buenaventura—dice Sabatier—fué hacer una obra de conjunto y de pacificación; y no fracasó. Quiso redactar una especie de biografía oficial y canónica y lo logró con exceso. San Francisco aparece en ella como un gran fau-maturgo, pero en gran parte desdibujada la originalidad de su fisonomía." Los piadosos editores de los *Analecta Franciscana*, reconocen que ha milligado muchas cosas con la mira puesta en la pacificación de los espíritus y principalmente—agrega Joergensen—"ha moderado la exposición asaz rígida del ideal primitivo, tal como lo exponen Cejano y los tres Compañeros". De todos modos, cuando el hermano Buenaventura presentó en 1265



al Capítulo de Pisa su trabajo concluido, la asamblea quedó tan satisfecha, que ordenó, con mandato expreso, la destrucción de todas las obras anteriores referentes a San Francisco, que hubiese en los conventos y fuera de los conventos.

La proscripción violenta se dirigía, sobre todo, contra las Memorias de Celano y del hermano León. Fué fatal el golpe para ellos. Afortunadamente, como siempre ocurre en tales casos, se habían difundido demasiado las Memorias para que la tradición popular no las conservase, y eran muy numerosos los manuscritos para que algunos, íntegros o en parte, no se salvaran en los conventos más fieles al ideal evangélico. Los Benedictinos del siglo XVII, hombres muy curiosos y concienzudos, ya publicaron algunos fragmentos aislados. Hoy, merced a las investigaciones persistentes y sagaces de Paul Sabatier, poseemos la restitución completa de estos documentos inapreciables y podemos con ellos reconstituir de pies a cabeza al siervo de Dios, en quien sus contemporáneos aclamaron a un nuevo Cristo y le vemos en la sencillez viril y en la nobleza pura de su carácter y de su acción.

Llenaría varios volúmenes el incontable acervo de hechos consignados en estos memoriales. Hemos tenido que limitarnos a escoger los más adecuados para esclarecer la fisonomía original del Santo popular y explicarnos el influjo extraordinario que ejerció en los espíritus y en las imaginaciones de sus contemporáneos, y, por consiguiente, en las creaciones de la Poesía y de las Artes. Forman el conjunto una serie de hechos traduci-

dos con la mayor fidelidad posible. Hemos procurado, repetimos, reproducir las mismas palabras de los piadosos discípulos del Santo.

Sin duda, pudimos agregar, acá y acullá, algunas palabras, ya para regular las transiciones, ya para aclarar algunos términos o bien para evitar pleonasmos, pero muy rara vez y a disgusto lo hemos hecho.

En todo caso, creemos que no hemos faltado un solo momento al respeto debido a tan preciosos testimonios ni modificado en demasía su sencillez expresiva y conmovedora.

GEORGES LAFENESTRE.





Infancia y juventud.



VIVIA en el año 1182 de Nuestro Señor, en la ciudad de Asís, sita en la vertiente del monte Subasio, un rico comerciante de tejidos llamado Pedro de Bernardone (Pedro, hijo de Bernardón, el corpulento Bernardo). Procedía, según cuentan, de Svcca, ciudad en la cual los Moraconi, sus antepasados, unos tras otros, fabricaron y vendieron paños y otras telas.

Los mayores negocios se desenvolvían en Francia. Todos los años acudían a las ferias de Champagne y Languedoc y al famoso mercado de Montpellier, donde convergían fabricantes de todos los países: egipcios, sirios, griegos, españoles, ingle-

ses, casi en igual número que genoveses y turcomanos. En uno de sus viajes se casó en Provenza con la hermosa y apacible Pica, joven de noble linaje. Aquel año, hallándose aún allende los montes, Pica le dió un primogénito en el mes de septiembre.

Cuentan buenas gentes que, a punto de dar a luz, un peregrino llamó a la puerta de la morada. Cuando la criada abrió, el desconocido le dijo que advirtiesen a la enferma que si quería felizmente dar a luz había de abandonar su hermoso aposento y magnífico lecho, aviniéndose a partear en el establo y sobre la paja. En cuanto fué allí depositada, cesaron los gritos de dolor y Pica dió a luz un hijo, cuya cuna primera fué, como la del Salvador, la paja de un pesebre.

Dicen, además, que el mismo peregrino reapareció al día siguiente en la iglesia de San Rufino, cuando llevaron al niño a recibir las aguas bautismales. Otros aseguran que sólo se presentó por segunda vez después del bautismo en la casa natal con la pretensión de ver al recién nacido. En cuanto lo vió, lo tomó en sus brazos, como hiciera con Cristo el anciano Simeón, y dijo: "Hoy han nacido en esta calle dos niños: éste, que será uno de los mejores de este mundo, y otro, que será uno de los peores." Luego el peregrino, sin duda un ángel, marcó la cruz en la espalda del niño, recomendando a la nodriza que tuviese mucho cuidado de él, temeroso de que el diablo atentase a su vida. En seguida desapareció sin dejar rastro.

Pica, ausente su marido, ordena que pusiesen a la criatura el nombre de Juan Bautista, el mismo

del precursor de Cristo. Pero Bernardón, a su regreso, por amor a la dulce Francia, donde hallara la fortuna con su comercio y la felicidad con su esposa, quiso que se llamase *Francisco*. Por primera vez, en Italia, un niño llevaba tal nombre. Bernardón dijo además: "No quiero que mi hijo vaya vestido de pelambre de camello, como Juan el precursor; quiero más bien que sea un francés de modales distinguidos." Efectivamente, el niño fué educado a usanza francesa por su padre y por su madre, que hablaban la lengua de Oc y la lengua de Oil, y mecido con cantinelas provenzales. Más adelante resonaron en el hogar hermosos relatos caballerescos, narraciones de nobles gestas y leales amores, que Bernardón contaba al regresar de sus excursiones ultramontanas. Así el niño escuchó con avidez desde sus primeros años y pudo comprender a los trovadores, juglares y copleos que entonces pasaban frecuentemente por Asis.

Por otra parte, Bernardón no tenía la menor intención de que su hijo fuese un sabio ni un clérigo. Aspiraba tan sólo a que su hijo supiese leer y escribir y un poco de latín aprendido con los sacerdotes de San Jorge, esto es, lo suficiente para llevar los libros de contabilidad y comprender el Evangelio. Francisco apenas contaba catorce años cuando era para su padre en los negocios de la tienda, bien aparroquiada, auxiliar diligente y muy provechoso. Cortés, servicial y prudente, agradaba a todos. Más alegre y generoso que su padre, amigo de los placeres y apasionado por la música, frecuentemente discurría al azar de día y de noche acompañado de numerosos camaradas, riendo y

cantando por las calles o por la campiña de Asís.

Muy liberal, dadivoso y pródigo, gastaba todas sus ganancias en banquetes, jiras y otras diversiones. El padre y la madre le reprendían con frecuencia, echándole en cara su vida de gran señor, cuando era un burgués. Sin embargo, como eran ricos y le amaban tiernamente, por no atormentarle, dejábanle rienda suelta.

Pica, su bondadosa madre, sobre todo, cuando los vecinos se entrometían a afean las locuras y prodigalidades de su hijo, murmuraba sonriente "¿Qué creéis de mi hijo? Dejadle, dejadle. Confío en que algún día será un verdadero hijo de Dios."

Entretanto, jefe y conductor de alegre tropel, el joven escandalizaba con sus caprichos, travesuras y derroches.

Todos se pasmaban al ver cómo malgastaba el dinero que podía ahorrar aquel mozalbete rico y hábil negociante en juegos y extravagancias, en charlas y canciones, en volupuosidades y trajes raros, en vanidades y locuras de todo linaje. Pero él, orgulloso y feliz, arrastrando tras sí, como un príncipe, a la juventud de la comarca, no cesó de exhibirse al frente de sus alegres compañeros, pavoneándose con aire ostentoso por las calles y terrazas de Asís hasta que Nuestro Señor fijó en él sus miradas.

Sin embargo, en medio y a pesar de estas locuras, el hijo de Monna Pica, fino y culto, se abstuvo de toda villanía. Discreto en el lenguaje, tapiaba sus oídos a toda conversación inconveniente y grosera. Así, por su excelente índole y sus modales corteses, conquistó buen renombre más allá de su

ciudad, en toda la provincia. Sus íntimos amigos decían a todas horas que cifraban en él grandes esperanzas. Compasivo y muy liberal con los pobres, ostentaba, sin embargo, en sus caridades, cual es uso y costumbre de los mercaderes, cierta vanidad de su opulencia. Empezó ya a avergonzarse en esta ocasión.

Un día estaba muy atareado en la tienda vendiendo telas, cuando se le acercó un pobre y le pidió limosna por amor de Dios. Francisco, entregado completamente a su tarea, a su clientela y a su afán de lucro, le despidió con brusquedad. Pero he aquí que de pronto, iluminado por la gracia divina, se repriminó aquel acto como insolente villanía. "¡Ah!—se dijo—, si ese pobre se me hubiera acercado para pedirme algo en nombre de un conde o de un barón, ¿no le hubiera dado cuanto hubiera exigido? Y al implorarte en nombre del Rey de la gloria y del Señor del mundo, ¿no debiste con mayor motivo atenderle?"

Desde entonces se prometió a sí mismo no negar jamás nada de lo que se le pidiese en nombre del Señor.

En aquellos tiempos había por doquiera enardecidas contiendas y luchas en toda Italia entre los emperadores de Germania y los Papas de Roma, y en las villas y condados de Toscana y Umbría, entre nobles y burgueses y entre burgueses y artesanos.

La ciudad de Asís, constituida en Cantón y regida por cónsules, después de la derrota de Federico Barbarroja, había caído de nuevo, bajo el mando de su hijo Enrique, en poder de un capitán tudes-

co, Conrado von Irslingen, duque de Espoleto y conde de Asís. Pero, en cambio, murió Enrique VI y el valeroso Pontífice Inocencio III se sentó en la Cátedra de San Pedro; los ciudadanos de Asís, grandes y chicos, los diferentes oficios mayores y menores, la masa social pobre y rica, unánimemente se levantaron contra el extranjero. El duque Conrado hubo de refugiarse en Narni. La fortaleza enhiesta en el picacho de la Montaña Roja, que dominaba y amenazaba la ciudad, fué en pocos días desmantelada por el enardecido populacho. Los palacios de ciertos nobles con sus altos torreones fueron sitiados y demolidos y proscritos sus habitantes.

Al mismo tiempo todos los ciudadanos se dedicaron en masa, para defender su libertad, a construir en torno de la villa un sólido cerco de murallas y torreones. Rápida y enérgicamente terminaron aquella labor emprendida y ejecutada con ardor increíble. Francisco, que a la sazón frisaba en los diez y siete años, amigo de los pobres y de los humildes, compartió con todos y con singular actividad fatigas y trabajos.

En el año 1202, el ejército de la república de Perugia, aliada de los señores desterrados de Asís, y las huestes de este municipio formadas por todos los ciudadanos, chocaron en el llano, en el puente de San Giovanni; Francisco, hijo de Bernardón, batalló al lado de sus compatriotas. Los de Asís fueron derrotados y Francisco fué conducido como prisionero a Perugia y allí encarcelado con otros notables.

Durante el cautiverio, que duró dos años, el joven asombró a toda hora a sus compañeros de in-



forfunio con su resignación y buen humor. Eran éstos los nobles y caballeros que permanecieron en la ciudad y se adhirieron a la sublevación del pueblo. Se le encerró con ellos por considerársele noble por sus hábitos, ya que no de raza.

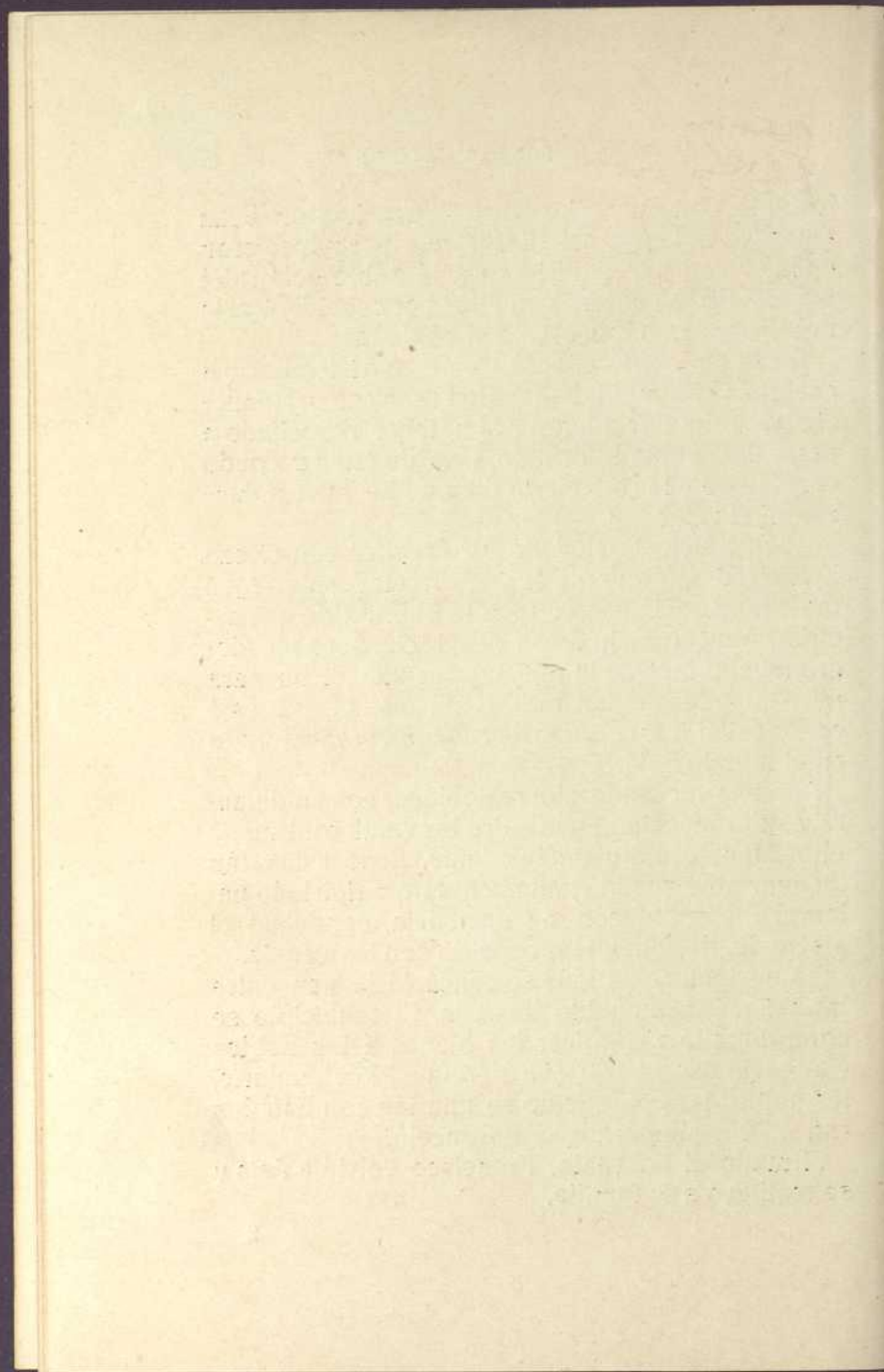
Todos aquellos señores vivían entristecidos y a cual más se lamentaban. Sólo Francisco permanecía naturalmente alegre y al parecer regocijado a pesar del común infortunio. Uno de ellos no pudo contenerse y le riñó cierto día que se puso a danzar en el calabozo.

—¿Qué piensa usted de mí?—replicó con viveza Francisco—. Mi cuerpo está encarcelado; pero ¿qué me importa si conservo toda la libertad de mi espíritu? Me conduelo de su desgracia; pero me alegro mucho más de la mía, que es una dicha para mí. No me juzgue tan mal. Sepa que el que está como usted hoy cargado de cadenas, será adorado en el mundo entero.

Algunas veces lograba restablecer con su dulzura y su prudencia la paz entre los cautivos. Uno de ellos, muy orgulloso e insolente, llegó a ser tan insoportable que ni siquiera quería dirigirle la palabra. Francisco, con su paciencia, conquistó el afecto del discolo y le reconcilió con los demás.

En noviembre de 1203 se concertó la paz entre los señores y el pueblo de Asís. El municipio se comprometió a devolver los bienes a los nobles y a indemnizarles de sus pérdidas. Por su parte, los nobles juraron que no se aliarían con Estados extranjeros sin permiso del Concejo.

Firmado el convenio, Francisco volvió a Asís y se restituyó a su familia.





II

La conversión.—Primeras etapas.



EN la triste cárcel de Perusa, los nobles compañeros de Francisco, para distraer sus penas, solían referir sus proezas de antaño, insignes gestas, torneos, justas, cabalgadas, contiendas amorosas y otros cul-

tos festejos habituales entonces en el mundo. Algunos, sin duda, había atravesado los Alpes, visto los esplendores imperiales de Augsburgo y de Colonia y los regios esplendores de Francia, "del sin igual Paris".

El hijo del mercader trashumante hubo también de cantarles y repetirles, de decir y rededir las coplas, romanzas, alboradas, serventesios, baladas, estrofas, canciones de gesta y letrillas

de teatro, aprendidas en el hogar familiar.

La admiración de Francisco a los encantos de la caballería y a los que podían seguir la carrera de paladines errantes, defensores de los oprimidos y de los dolientes, protectores de los humildes y de los pobres, henchía cada vez más su alma.

Cuando el hijo de Bernardón, libre ya de cadenas, halló en Asís a sus antiguos camaradas, todo fué el principio fiestas y nuevas diversiones.

De día y de noche resonaban en calles y plazas gritos de alegría, canciones báquicas, guerreras y amorosas, acentos de violas, laúdes y oboes, que la inquieta y danzarina banda, capitaneada por Francisco, su protector y tesorero, esparcía por las más altas casas.

Bernardón y Pica se sonreían entonces de las prodigalidades y locuras de su hijo.

Veían con cierto orgullo que se destacase sobre nobles y señores por la seducción de sus modales y las generosidades de su bolsa.

Pero Francisco resistió poco aquella vida. Una grave enfermedad le postró en el lecho y a poco sucumbe. La convalecencia fué penosa. Cuando al cabo de semanas y meses pudo salir de su cuarto, apoyado en un bastón, muy débil y vacilante, se sintió transformado. Después de las primeras alegrías: la de poder recorrer los diversos cuartos de la casa, la de bajar al almacén, la de ver nuevamente a personas y cosas, quiso, para reanudar del todo su vida, ver de nuevo las maravillas de la creación divina.

Se encaminó, pues, hacia determinada puerta de

la muralla, se sentó allí y empezó a contemplar. Corría el mes de septiembre, apacible estación en la verde Umbría. Francisco lo miró todo con nueva curiosidad, y, sin embargo, aquella belleza de la campiña, la amenidad de los viñedos, aquel panorama de tan deliciosas vistas, no logró cautivarle; pasmóse de los cambios súbitos en él operados; propende a ver como locos a cuantos sólo admiran tales cosas. Desde este día empieza a humillarse y a despreciar cuanto admiró y amó en otro tiempo.

Sin embargo, el antiguo hombre no puede morir en un día. Aún no rotas del todo realmente las cadenas de las vanidades, Francisco forcejea por zafarse de la mano de Dios, por olvidar el paternal aviso recibido, y, como la fortuna le sonríe, sólo piensa a toda hora en las cosas de la tierra. Sueña con realizar por la gloria de este bajo mundo las mayores hazañas.

Por esta época el conde Gentile, uno de los más ricos señores de Asís, se preparaba a reunirse en Apulia con el famoso condotiero francés Gauthier de Brienne, que había tomado las armas en pro del papa Inocencio contra el joven emperador Federico. Realzaba el fausto de su vida acicalándose con preciosas y resplandecientes armaduras, acompañado siempre de numeroso séquito de guerreros, muy henchido de vanos humos de gloria, tan codicioso de ganancias como de honores. Francisco, a pesar de la extraordinaria timidez de su alma ligera, se obsfinó en seguirle como combatiente. Se encargó soberbio equipo, queriendo, si bien era inferior por el linaje a su compatriota,

exhibirse como superior por la magnificencia y aventajarle en liberalidad, aun siendo menos rico.

Ya entregado en cuerpo y alma a la realización de este propósito y ansioso de emprender el viaje, cierta noche, el que ya le había herido con la vara de la justicia le visitó con la dulzura de su gracia, y viéndole tan ávido de gloria quiso exaltarle y atraerle mediante una visión nocturna hacia las más altas cimas de esa gloria. Le pareció ver toda su casa llena de guerreros, de sillas de montar, de broqueles, de lanzas y otros arreos. Ello le alborozaba en gran manera con pasmo silencioso, pues nunca había visto en su casa tales aprestos, sino tan sólo rimeros de telas para la venta, y como permaneciese muy maravillado y sorprendido, una voz le dijo que todas aquellas armas eran para él y para su tropa.

Otros cuentan que se le enseñaron aquellas armas resplandecientes no en un cuarto del hogar paterno, sino en la vasta sala de suntuoso palacio, cuya posesión le fué también prometida.

Sea lo que fuere, en cuanto despertó, singularmente animado y jubiloso, se apresuró a levantarse y salir, no dudando ya, con tal presagio, del gran éxito de su campaña en Apulia. Veíase ya por sus proezas armado caballero, y cuando topó en la calle con sus amigos, de tal modo los asombró con la exuberancia de su alegría, que hubieron de preguntarle los motivos.

—Es que voy a ser—les dijo—, es que seré un gran príncipe.

Aquella visión profética fué la recompensa del

magnífico acto generoso que realizó la víspera en pro de un verdadero caballero, dispuesto a correr las mismas aventuras, pero demasiado pobre para equiparse. Francisco, acordándose del esbelto centurión Martín, que en el camino de Amiéns cortó con la espada la mitad de su manto para cubrir la desnudez de un mendigo, se compadeció también de su futuro compañero de armas, pero Martín era pobre y Francisco rico. Así, deshaciéndose en favor del desgraciado de todo su equipo, le regaló las magníficas y singulares armas, que encargó y pagó a costa de oro. De nuevo espléndidamente equipado, vémosle cabalgando camino de Apulia para reunirse con Gentile y su tropa. Mas apenas llegó a Espolito se acostó y tuvo una segunda visión, medio aletargado. La aparición le preguntó adónde se encaminaba. Le respondió que su intento era llegar a Apulia y guerrear allí. La voz le preguntó con mayor viveza:

—¿Qué prefieres ser, amo o criado?

—Amo, amo—dijo Francisco—. ¿Qué quieres, pues, que haga, Señor?

Y el Señor le dijo:

—Vuelve a tu país natal, y ya sabrás por mí el significado de tu visión.

Francisco, agitado por el maravilloso sueño, ya no pudo dormir en toda la noche, pensando y rumiando su pensamiento. Levantóse al amanecer, alegre y jubiloso, y a toda prisa volvió a Asís, dispuesto ya a la obediencia y a la sumisión de su querer: es Saúl devenido Pablo en el camino de Damasco. De hoy en adelante trocará sus armas materiales en armas espirituales.

Esperando que la voluntad de Dios se le revele, y mientras aguarda los consejos para su salud, asombra a los amigos con los destellos de su alegría y sin cesar repite que llegará a ser, que será un noble, un muy noble príncipe.

Y reanuda banquetes, conciertos, alboradas, serenatas y demás locuras.

Ahora bien; sus camaradas de holgorio, conocedores de su vanidad y liberalidades, y sabiendo que a costa suya correrá todo el gasto, le otorgan el título de podestá, de rey de aquellos festines.

Le obedecen para hartarse mejor y fingen que son sus criados para devorar sin medida. Francisco no quiere parecer avaro. A pesar de sus santos pensamientos, fiel a la cortesía, acepta el honor. Encarga suntuoso banquete de muchos y exquisitos manjares y de él salen los convidados, repletos a más no poder, y ebrios, a escandalizar con canturías todas las plazas de la ciudad. Francisco les acompaña al principio blandiendo como jefe un junquillo, pero poco a poco se separa y queda rezagado. Disgustado y mohino escucha en el fondo de su alma cantos celestes. Y le pareció, según contó más tarde, que Dios de pronto le visitó en aquel momento con tal dulzura, que no supo hablar ni pudo moverse, ni diera señales de vida aunque le azotasen o acribillasen a estocadas.

Cuando sus compañeros volvieron la vista atrás y viéronle tan a su zaga, a pesar de la distancia, quedaron aterrados del trueque de su aspecto. Columbraron otro hombre, y volviendo sobre sus pasos, no pudieron menos de exclamar al acercarse:



—¿Pero piensas acaso en abandonarnos? ¿O piensas tal vez en casarte?

—Sí—respondió con viveza—. Sí. Y la mujer con que deseo ardientemente casarme es la más bella, la más noble, la más rica vista hasta ahora.

Y todos se burlaron de él, pues si bien le escucharon, no comprendieron ni podían comprender que aquella esposa enviada por Dios no era otra sino la verdadera religión, la Señora Pobreza, la más bella, la más noble, la más rica de todas las esposas. Así la misteriosa voluntad de Dios guía poco a poco a Francisco, sin percatarse el Santo, a la verdadera ciencia.

Desde entonces se aplicó a humillarse y empezó a despreciar las vanidades del mundo que tanto había amado.

Su piedad y amor a los miserables se exaltó aún más. Jamás negaba la limosna ni en su casa ni en la calle. Cuando topaba con un pobre, si no tenía dinero a mano, dábale siempre algo: su capa, su sombrero o su cinturón. A veces, para que algún pordiosero no se fuera con las manos vacías, decía que se esperase, y retirándose a lugar apartado, se quitaba la camisa y suplicaba luego al pobre que la aceptase por amor de Dios. Así tendía a semejarse al Señor, no en realidad aún, pero sí de todo corazón. En secreto, enviaba también a los sacerdotes espléndidos tejidos para sus iglesias. Cuando, ausente su padre, comía con su madre sólo, cubría la mesa de trozos de pan como si estuviera invitada toda una familia, y cuando la bondadosa Pica le preguntaba la razón, decía: "Esto para los pobres." "Pero ¿dónde están?" "En mi

corazón." Y la buena madre, que le quería más que a los demás hijos, le permitía muchas cosas, que le asombraban, pero le afligían menos que otras de antaño. Lo que hasta entonces más le había contristado era que el apego de Francisco a sus camaradas de francachelas le impelia a abandonar de pronto la mesa al oírlos, para reunirse con ellos, sin acabar la comida, dejando allí a su padre y a su madre pasmados de la precipitada fuga.

Por esta época realizó su primer viaje a Roma con peregrinos que acudían allí en romería, pues quiso ya adiestrarse en la pobreza. Desde luego, en cuanto entró en la Basilica de San Pedro y se arrodilló ante la tumba del Principe de los Apóstoles quedó sorprendido y escandalizado de la avaricia de los visitantes, que dejaban allí tan parvas limosnas. Cogió entonces de su bolsa un primado de escudos y los echó a la tumba por entre los barrotes de la verja. Las monedas, al caer, sonaron con tal estruendo, que todos los presentes se asombraron de la esplendidez de la ofrenda. Y al salir, como viera en el atrio numerosos mendigos, siempre abundantes en Roma, pidió a uno de ellos los harapos, dióle su magnífico traje y se colocó entre los pordioseros en los peldaños de la escalera. Y allí pidió con ellos limosna por amor de Dios y la pidió en francés, pues gustaba de platicar en esta lengua aunque la hablaba bastante mal. Sin embargo, volvió a vestir su traje antes de marcharse, y si no su cuerpo, su alma estaba ya cambiada. Ya en su casa, hurtándose poco a poco al tumulto del mundo y al tráfico de los negocios,

se afaná por ir trocando su hombre interior en un nuevo Cristo.

Había en Asís, entre los compañeros de su edad, un hombre que le era más caro que los demás, y al cual, a consecuencia de prolongada familiaridad y recíproco y profundo afecto, sentíase inclinado a confiar todos sus secretos. Frecuentemente iba a buscarle y le llevaba a sitios solitarios, propicios a las confidencias, prometiéndole compartir con él el magnífico y precioso tesoro que había descubierto. Este amigo saltaba de gozo al oír tan bellas palabras y le seguía complacido. Casi siempre se encaminaban a una gruta sita a extramuros de la ciudad, hablando del mentado tesoro.

El hombre de Dios, santo ya por el pensamiento, entraba en ella y su compañero le esperaba fuera. Quería aquél que nadie supiera lo que hacía. Allí, henchido de nuevo y singular espíritu, preguntaba en secreto al Padre Celeste por sus intenciones. Suplicaba directamente al Dios eterno y sincero que le guiase en el nuevo camino y le enseñase a hacer su voluntad. Y sufría intenso dolor. Cruzaba por su mente una serie de pensamientos divinos y su obsesión le trastornaba cruelmente. A pesar de derretirse en la llama del fuego divino, no revelaba por fuera el ardor condensado de su alma. Se arrepentía de haber pecado tanto, de haber ofendido tan gravemente a Su Divina Majestad. Ya no le atraía el mal pasado, ni el presente; sin embargo, no se consideraba aún seguro de no descarriarse en el porvenir.

Cuando salía de la gruta, estaba tan cambiado, tan abrumado de angustias, que su amigo creía

ver un hombre muy distinto de aquel que había entrado.

Un día, que invocó con más ardor la misericordia divina, Dios, por fin, le dijo lo que había de hacer: "Has de despreciar y odiar cuanto has amado y deseado en el mundo. Cuando empieces a hacerlo, lo que te pareció dulce y suave se te convertirá en amargo e insufrible y en lo que te pareció antes penoso y repugnante hallarás grandes dulzuras e infinitas suavidades." Fué tal su alborozo, que, no pudiendo contener su alegría, dejó ya traslucir algo, a su pesar, en los oídos de las gentes.

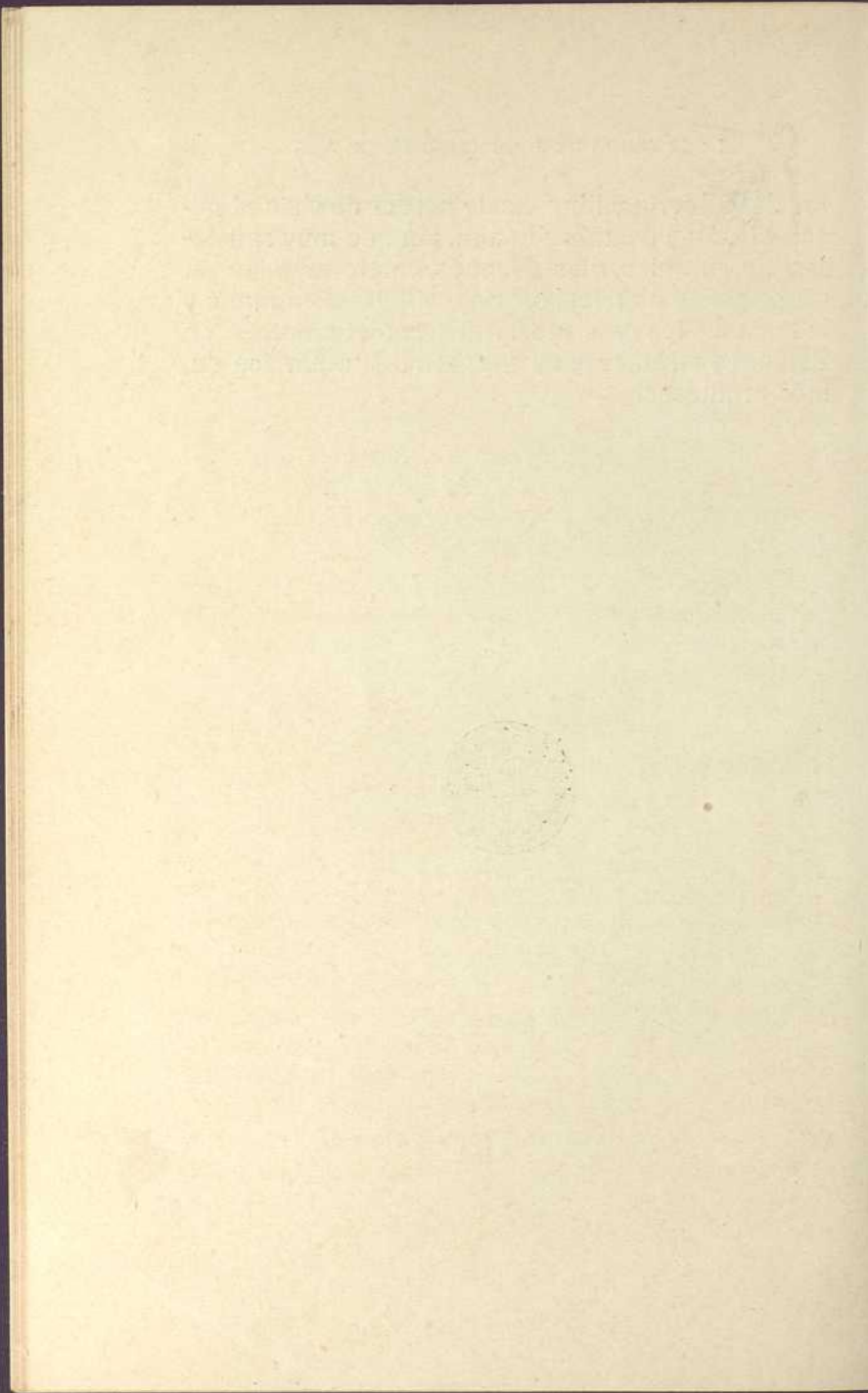
Sin embargo, aunque al irresistible impulso de esta inspiración de amor no pudiera ya callarse, se expresaba aún con palabras enigmáticas. Como hablaba a su mejor amigo del oculto tesoro, así se esforzaba por hablar a los demás por medio de figuras. Decía que desistió de pelear en Apulia para realizar en su propio país grandes gestas. Repetía, además, a cuantos insistían en preguntarle si quería tomar estado: "Sí; voy a casarme con la mujer más bella y más noble de cuantas han existido, que aventajará a todas en gracia y sabiduría."

A los pocos días, cabalgando por la calzada de Asís, topó con un leproso. Era la miseria humana que le causaba más horror. Sin embargo, a pesar de su profunda aversión, no queriendo ser infiel a los juramentos prestados, se impuso el deber de apearse del caballo y acercarse al enfermo.

Y como el desgraciado le tendiera la mano, cogiósele, depositó en ella la limosna y se la besó. Y en seguida, montando de nuevo, lanzó al caballo a galope de un lado a otro a través de la vasta llanu-

ra, descubierta y libre hasta perder de vista al miserable. Muy asombrado aún, aunque muy satisfecho de sí, quiso, días después, cerciorarse de su victoria. Fué a la leprosería y allí besó la mano y la boca de los enfermos. Allí trocó el amargor en dulzura y virilmente se preparó a cumplir las demás promesas.







III

La conversión.—Últimas etapas.



LEGARON los tiempos prescritos en que el servidor del Supremo había de entregarse enteramente a la bienaventurada impetuosidad de su alma. No más demoras. Todas las calamidades mortales habían caído so-

bre el mundo encarnizadas, y a poco que el médico tardase acabarían con su vida. Francisco, ya sinceramente cambiado, paseaba un día por los alrededores de la iglesia de San Damián, casi destruída y de todos abandonada, cuando impelido por la gracia entró para rezar. Prosternóse suplicante y devoto ante un gran Crucifijo, y de pronto se sintió arrobado [en raro éxtasis y muy otro que al entrar. Entonces, icosa extrañal, la imagen

de Cristo desplegó los pintados labios y le habló.

—Francisco — dijole llamándole por su nombre—, repara mi casa; ¿no ves que se desmorona por todas partes?

Estupefacto, Francisco tiembla largo rato y como fuera de sí balbucea la respuesta: está dispuesto a obedecer; recogerá todas sus fuerzas para someterse.

Desde entonces, el amor del Crucificado penetró hasta las honduras de su alma. Desde entonces quedaron impresas en su corazón, ya que no en la carne, las venerables llagas de la Pasión.

Al salir de la iglesia vió sentado en un banco al sacerdote, y buscando en los bolsillos sacó y le dió un puñado de monedas:

—Tome usted, señor, y compre aceite para que noche y día arda la lámpara ante el Crucifijo. Cuando haya gastado ya esta cantidad le daré cuanto se necesite.

En efecto; pocos días después cogió, con objeto de venderlo, un fardo de hermosos tejidos de color carmesí; montó a caballo y se dirigió a galope a la ciudad de Foliño. Allí vendió pronto y bien al menudeo, según su costumbre, la mercancía, y hasta vendió (¡buen mercader!) el caballo en que fuera. Libre ya de toda carga, regresó rumiando en piadosos pensamientos lo que haría con tanto dinero. Le abrumaba este peso aun por el espacio de una hora, y despreciando como polvo vil el provecho que pudiera obtener de tal riqueza, impaciente ya de deshacerse de ellas, se desvió del camino de Asís y apresuradamente corrió hacia San Damían.



Al ver de nuevo las ruinas y escombros de la iglesia se sintió muy conmovido. Entró con respeto, oró, y cuando divisó al pobre sacerdote corrió a besarle devotamente la mano y le ofreció todo el dinero que llevaba, explicándole minuciosamente sus deseos. El sacerdote, estupefacto, pasmado de tan rápida conversión, apenas daba crédito a lo que oía. Tomando a broma la dádiva, se negó a aceptarla de pronto. ¿No había visto la vida escandalosa que hasta la víspera de aquel suceso había llevado Francisco con parientes y amigos, sobrepujando a todos en locuras?

Pero Francisco insistió, esforzándose en probar su sinceridad, apremiando, rogando y suplicando al sacerdote que al menos le permitiese seguir a su lado para servir al Señor. Al fin accedió a ello el sacerdote; pero por temor a los padres continuó negándose a aceptar el dinero. Entonces Francisco, verdadero despreciador de las riquezas, tiró la bolsa al borde de una ventana como si fuese puñado de polvo. En vez de oro quería poseer la sabiduría, y más bien que plata, adquirir prudencia.

Como siguiese en la iglesia, Bernardón, su padre, se apresuró a indagar por todas partes de la ciudad y sus alrededores para saber qué había sido de su hijo.

En cuanto supo dónde se hallaba, profundamente dolorido y turbado por tan súbito cambio, reunió a amigos y vecinos y con ellos se dirigió apresuradamente a la iglesia en que se albergaba el siervo de Dios.

Cuando Francisco, por el rumor de sus amena-

zas, los presintió ya cerca, [abandonólos a su cólera y fué a encerrarse en una cueva que se había hecho.

Era ésta una mazmorra subterránea que él solo conocía; en ella permaneció un mes escondido. De vez en cuando le llevaban algunos alimentos, que comía en la obscuridad.

Rezaba sin descanso, inundado de un torrente de lágrimas, suplicando a Dios que le librase de aquellas persecuciones a fin de realizar sus deseos con la gracia y bondad del Todopoderoso.

Aunque vivía en aquel tenebroso cubil, sentíase inundado de indecible alegría nunca experimentada, y tan fuerte que, enardecido, decidió valerosamente dejar la mazmorra y ofrecerse sin más tardanza como blanco a las maldiciones de sus perseguidores.

Pensado y hecho. Se levanta y sale veloz, impaciente y alegre, prefiriendo luchar por el Señor, escudado en la fe y con las grandes armas de la esperanza. Dirigese a Asís, acusándose de inercia y cobardía.

Cuantos le habían conocido, al verle en la ciudad y comparar el pasado con el presente, gozaron en reprenderle y mofarse de él sin compasión. Le gritaban:

—¡El loco, el loco!

Y en las calles le arrojaban piedras y lodo. Como le veían tan trocado de aspecto, tan pálido y enflaquecido, tan extenuado por las maceraciones, atribuían todos sus actos a la inanición y a la demencia. Pero más vale paciencia que arrogancia. El siervo de Dios, sordo a todas las injurias, im-

perturbable y animoso, sólo pedía a Dios que perdonase a todos.

—La humillación—ha dicho un sabio—reconforta a las almas generosas.

Como el rumor y los relatos de la aventura corrían por plazas y calles y resonaban por todas partes los ecos de estos insultos, pronto llegaron a oídos del padre de Francisco. En cuanto Bernardón oyó el nombre de su hijo y supo que a él se refería la mofa de sus conciudadanos, se irguió de un salto, no para correr en su ayuda, sino para abrumarlo. Sin moderación, sin filubeos, como lobo que echa la zarpa al cordero, cae sobre él, comiéndoselo con brutales ojos, lo agarra con impudente grosería y a rastras se lo lleva a casa. Aquí, echando a un lado la ternura, lo encierra durante muchos días en lugar tenebroso, y dispuesto a someterlo a su voluntad le prodiga, tras las palabras, golpes y grilletes. Pero Francisco, como nunca terco y fiel a sus planes e invencible al peso de las cadenas y a la injuria de las palabras, mantiene incólume su paciencia.

En esto Bernardón, por urgentes asuntos de su negocio, se ausenta de casa. Deja encadenado en su encierro al siervo de Dios. Monna Pica, al verse sola y disconforme con la grosería de su marido, intenta a su vez someter a su hijo con dulces palabras. Nada logra; pero la piedad se sobrepone en las entrañas maternas: rompe sus cadenas, le devuelve la libertad y consiente que se vaya.

En seguida Francisco, para dar gracias a Dios, vuelve al paraje donde antes se ocultara; pero ahora más intrépido, con el espíritu tranquilizado con

la prueba de los insultos, se pasea por doquier andando a paso de triunfo.

Pronto vuelve el padre, y al no ver a su prisionero amontona pecados sobre pecados, pues se encoleriza con su mujer y la golpea. Después, rugiente y vociferando, corre hacia el paraje donde cree escondido a su hijo para arrojarlo al menos del país si no logra recuperarlo. El temor de Dios da confianza al valor. En cuanto Francisco divisó a su padre carnal, se fué a él tranquilo y alegre, diciéndole que por nada de este mundo se avendría a sus golpes y cadenas, pues estaba dispuesto a sufrir alegremente todos los males por amor de Cristo.

Bernardón, viendo que no podía recuperar a su hijo, quiso al menos recobrar el dinero gastado por el siervo de Dios en alimentar a los pobres y restaurar la iglesia. Se fué corriendo al palacio del Concejo y pidió a los cónsules que ordenasen la restitución de este dinero robado a su caja. Los cónsules, al verle tan agitado, por mediación del heraldo, intimaron a Francisco que compareciese ante su presencia. Pero Francisco respondió que siendo, gracias a Dios, libre y siervo únicamente del Todopoderoso, para nada dependía de los cónsules.

Estos no quisieron emplear la fuerza y se limitaron a decir al padre:

—Puesto que está al servicio de Dios, ya no depende de nuestro poder.

Entonces Bernardón trasladó la queja al obispo, el cual, discreto y sabio, invitó a Francisco en los términos usuales a que se presentase para defenderse.

—Muy gustoso iré ante la presencia de monseñor el obispo—dijo Francisco al mensajero—, pues él es el Padre y el Señor espiritual.

Se presentó, pues, ante el obispo, y éste lo acogió con alegría, diciéndole:

—Tu padre está muy enfurecido y escandalizado. Si quieres servir a Dios, devuélvele el dinero que retienes; quizás sea una riqueza mal adquirida. Dios no quiere que la gastes restaurando iglesias por los pecados de tu padre. La cólera de éste se amansará si recupera lo que le pertenece. Confía, pues, en Dios; hijo mío, condúcese como hombre; nada temas, que Dios te ayudará y suministrará abundantemente todo lo preciso para sus obras.

Reconfortado con estas palabras, el siervo de Dios se levantó jubiloso y fué presuroso a buscar el dinero.

—Monseñor—dijo al traerlo—, no sólo devolveré muy gustoso el dinero a mi padre, sino también todas mis ropas.

Y al instante, en medio de la sala episcopal, ante el prelado, ante su padre y ante la numerosa concurrencia, se quita la ropa, la echa al suelo y el dinero encima, y, completamente desnudo, se lanza a la calle.

—Oídme todos—exclama—y sabed. Hasta hoy he llamado a Pedro Bernardón mi padre, pero como quiero servir a Dios, le devuelvo el dinero que tanto le preocupa. Le devuelvo además toda esta ropa que ha pagado, pues quiero decir: "Padre Nuestro que estás en los Cielos" y ya no más "Mi padre Bernardón".

Vióse entonces que Francisco, bajo el brillante ropaje, llevaba un cilicio pegado a la carne.

El padre, inflamado a la vez de furor y de pena, recogió el dinero y las ropas, pero al llevárselo todo a su casa, los festigos de aquella escena se indignaron al ver que no dejaba ropa alguna y, realmente conmovidos, empezaron a apiadarse de Francisco. El obispo, cuidadosamente atento a aquella entereza de espíritu, muy maravillado de aquel fervor, acogió al joven entre sus brazos y lo cubrió con su manteo. Claramente había visto en todo ello una inspiración divina y reconocía en cuanto viera algún gran misterio.

Corrían los días invernales: un jardinero del obispo, a ruegos de su amo, dió a Francisco un manto viejo. El joven, casi desnudo aún, pero libre de cadenas y pasiones mundanas, se apresuró, tranquilo y libre, a salir de la ciudad, y a pesar del frío se internó en parajes solitarios, para oír en silencio las secretas alocuciones de lo alto. Como anduviese a través del bosque cantando a gritos en francés alabanzas del Señor, he aquí que unos bandoleros salieron de la espesura y cayeron sobre él, preguntándole con la mayor grosería:

—¿Quién eres?

El siervo de Dios, lleno de confianza, respondió con acento profético:

—Soy el heraldo de un gran Rey.

Pero golpeándole le arrojaron a una zanja llena de nieve y le dijeron:

—Quédate ahí, pobre palurdo, heraldo de Dios.

Y a continuación se alejaron. Francisco, forcejeando y bregando, pudo al fin separar la nieve. En-

tonces saltó de la zanja, y exultante de alegría, se puso a cantar con voz aún más ruidosa, a través del sonoro bosque, las alabanzas del Señor.

Pronto dió con las puertas de un monasterio, donde llamó pidiendo limosna como un mendigo. Se le recibió mal, se le menospreció y trató como si realmente lo fuese. Durante muchos días, sin más abrigo que una mala camisa, ayudó a los quehaceres de la cocina, sin lograr por ello aplacar el hambre. No se le dispensó piedad alguna. Ni siquiera pudo conseguir cualquier traje usado. Forzado por la necesidad y sin ira, reanudó su viaje. Se dirigió a Gubbio. Aquí un antiguo amigo que le reconoció, lo acogió bien y pudo al fin Francisco cubrir sus carnes con una simple túnica como un pobrecito de Cristo. Antes de volver a San Damián, por amor a todas las humildades, se detuvo en una leprosería y sirvió a los enfermos en nombre de Dios. Lavaba los pies a todos, limpiaba sus úlceras, enjugaba el pus de sus llagas, lavaba su podredumbre y hasta los besaba con la sorprendente devoción de un futuro médico del Evangelio.

Fortalecido así en la humildad cristiana, Francisco se acordó de la orden recibida de labios del Crucifijo: "Reparar la iglesia de San Damián."

Volvió, pues, a Asís para obtener mendigando recursos con que cumplir el divino mandato. Empezó cantando las alabanzas de Dios, como un hombre ebrio de espíritu santo por las calles y los arrabales. Terminado el canto, pedía piedras para la restauración de la susodicha iglesia:

—El que me dé una piedra tendrá un premio; el

que me dé dos tendrá dos, y el que me dé tres ofenderá tres.

Decía eso y otras cosas en términos muy sencillos, con todo el fervor de su alma. Escogido por Dios como simple y como inocente, no se avenía de ningún modo a las doctas palabras de la sabiduría humana; quería ser sencillo en todo. Muchos se burlaban de él teniéndole por loco; otros, movidos a compasión, se ponían a llorar, viéndole tan pronto liberado de todas las lascivias y vanidades mundanas, transportado por tal ebriedad de amor divino.

¡Cuántos trabajos para acabar su obra!

Largo y difícil sería decirlo. El, tan delicado, tan mimado en casa de su padre, ahora lleva sobre las espaldas las piedras, multiplicándose penas y fatigas para servir mejor a Dios.

El buen sacerdote, compadecido de su labor, aunque también muy pobre, procura que no le falte buen alimento.

Sabía cuán regaladamente había vivido en el mundo, cuánto gustaba, según su propia confesión, de pasteles y golosinas hasta el punto de rechazar otros manjares; pero Francisco, advirtiéndole un día lo que su patrón hacía por él, habló así para sus adentros:

—¿Francisco, hallarías donde fueras otro sacerdote tan bueno y tan humano? ¿Es ésta la vida de desheredado que quisiste escoger? Es menester que vivas como verdadero pobre, yendo de puerta en puerta con una escudilla en la mano para recoger cualesquiera alimentos por amor del que nació pobre, vivió muy pobre y fué siempre pobre hasta



el fin de su pasión, y por último fué sepultado en sepulcro ajeno.

Algunos días después, en cuanto se levantó, cogió una escudilla y se fué por la ciudad mendigando de puerta en puerta. Como le echasen toda suerte de viandas en la escudilla, los que le conocieron tan aficionado a la buena comida se asombraban de verle tan prodigiosamente transformado. Al llevarse a la boca aquellos restos no pudo evitar el desagrado, pues no tenía el hábito de comer, ni siquiera de ver, aquellas cosas.

Acabó, no obstante, por vencerse, y se puso a comer, pareciéndole que nunca se deleitó tanto saboreando los mejores pasteles. Desde entonces suplicó al buen cura que, en adelante no le preparase comida ni mandase que se la trajesen.

Entretanto su padre, viéndole caído en tales extremos, no pudo calmar su dolor, pues siempre le había querido sobremanera. Se avergonzaba y se quejaba al saber o al ver que su hijo andaba tan pálido y enflaquecido y medio muerto por tanta miseria y frío, y le maldecía cuantas veces le encontraba. Por fin, el siervo de Dios, para avezarse a las maldiciones paternas, adoptó como padre a un tal Alberto, pobre, muy miserable y despreciado de todos, y le dijo:

—Ven conmigo y compartirás las limosnas que recibo, y cuando veas que mi padre me maldice, yo te diré: “¡Bendíceme, padre mío!” Y tú me bendecirás y me besarás como padre.

Así el siervo de Dios, bendecido por aquel pobre, decía a su padre:

—¿No crees que Dios pueda darme un padre que me bendiga a pesar de tu maldición?

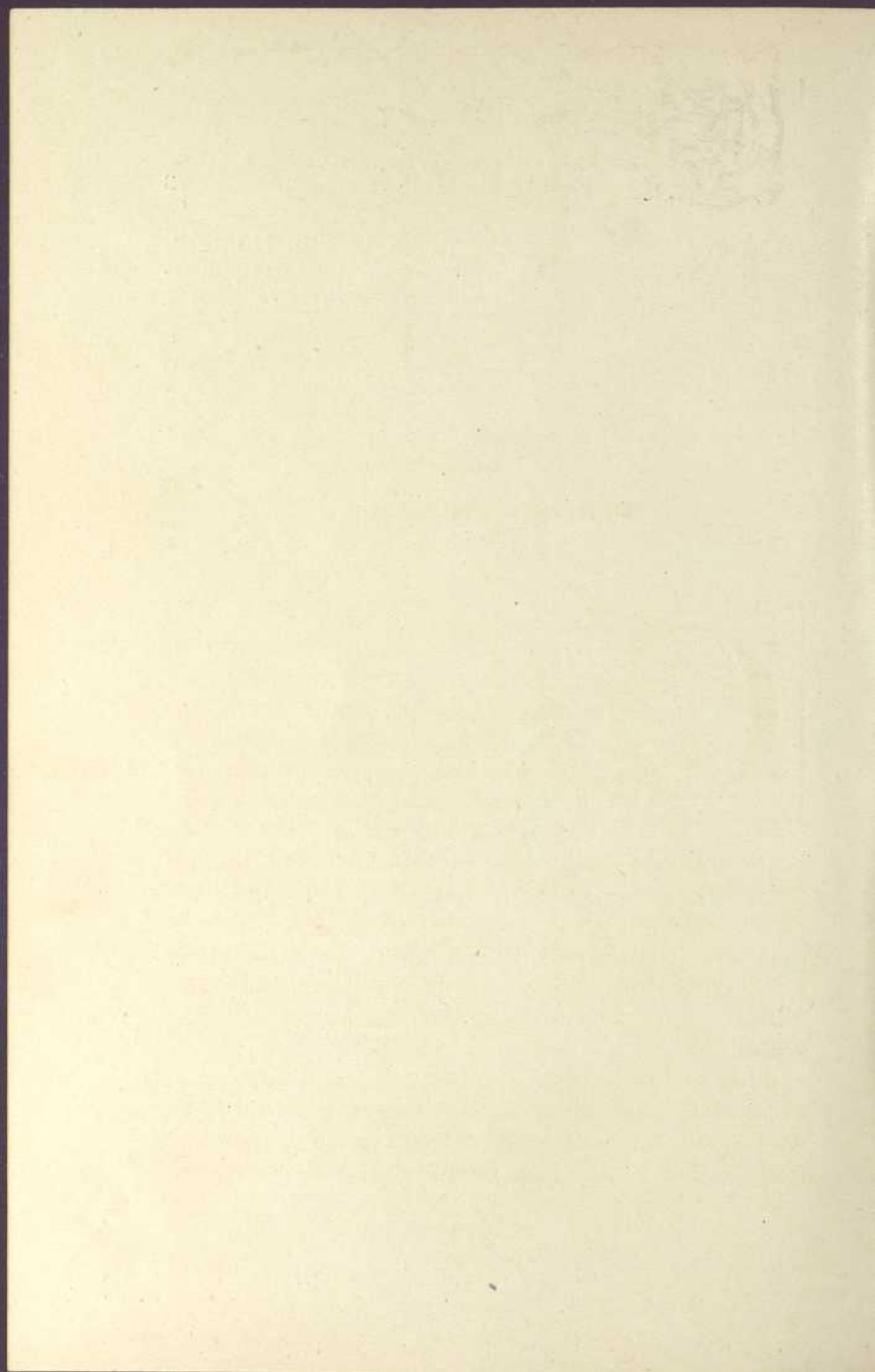
Por otra parte, muchos de los que se habían burlado de él, al verle soportar pacientemente tantos desprecios, insultos y befas, se sentían invadidos de asombro y quedaron pensativos. Una mañana de crudo invierno, yendo a la limosna mal cubierto de miserables andrajos, pasó cerca de él su propio hermano carnal y dijo irónicamente a uno de sus paisanos: "Dile a Francisco que te venda al menos una onza de su sudor." El siervo de Dios, al oír esto, henchido de sana alegría, replicó en francés con viveza: "Ese sudor lo venderé caro al Señor."

Afareado sin descanso en la reconstrucción de la iglesia y deseoso de que sin cesar estuviesen las lámparas encendidas, algunas veces mendigaba aceite por toda la ciudad.

Al pasar por una casa en que estaban reunidos varios músicos que conocía, al verlos se avergonzó de pedirles limosna y pasó de largo. Pero recapacitó en seguida y vió que había pecado. Y volvió apresuradamente a la casa donde se estaba tocando, y en alta voz se acusó ante todos de haberse avergonzado de mendigar por ellos. Y entrando resueltamente y con el corazón fervoroso en la sala, les pidió en francés, por amor de Dios, aceite para las lámparas de la iglesia. Y cuando trabajaba con los demás obreros en la reconstrucción llamaba en alta voz, henchida el alma de alegría, a cuantos pasaban cerca, gritándoles en francés: "Venid, venid y ayudadme a levantar la obra de esta iglesia."

Como hemos dicho, la iglesia de San Damián, construída en tiempos antiguos, se hallaba ruinososa: en poco tiempo, y con la ayuda del Todopoderoso, la reparó cuidadosamente. En este feliz y sagrado paraje fundará, siete años después, el santo hombre la gloriosa religión y la muy santa orden de Pobres Damas y Santas Virgenes.







IV

Primeros discípulos.



UANDO Francisco terminó la reconstrucción de la iglesia de San Damián, tomó el hábito monástico, bastón, zapatos y por cinturón una correa de cuero. En seguida se trasladó a un lugar contiguo a Asís, donde emprendió la tarea de reconstruir otra iglesia deteriorada, casi enteramente destruída. Y no cesó hasta verla perfectamente restaurada. De allí bajó al paraje llamado la Porciúncula, en el cual se elevó en tiempos antiguos una capilla de la Virgen María, madre de Dios, capilla a la sazón solitaria y mal conservada.

Cuando el Santo la vió tan ruinosa, conmovido de piedad (pues amaba ardientemente a la madre de todas las bondades), hizo allí prolongadas estancias. No le bastaba llevar el hábito monacal,

bastón, zapatos y cinturón. Un día, en el evangelio leído en la citada iglesia, se narraba cómo Cristo había enviado a sus discípulos a predicar, y Francisco, después de la misa, fué a rogar al oficiante que le explicase aquellas palabras.

El sacerdote le explicó que los discípulos de Cristo no debían poseer oro, plata ni moneda, que no debían llevar para el viaje bolsa, pan, bastón ni calzado, que debían tener sólo una túnica, contentándose con predicar el reinado de Dios y la penitencia.

—He aquí lo que buscaba — exclamó Francisco —, he aquí lo que quiero, lo que deseo hacer con todas las fuerzas de mi corazón.

Y el santo varón, plebérico de gozo, se apresura a cumplir tan saludables consejos; sin más tardanza, ejecuta lo que acaba de saber. Se quita los zapatos, deja el bastón, conserva sólo una túnica y substituye la correa con un cordón.

Entonces empieza con ardoroso júbilo a predicar a todos la penitencia, edificando a los oyentes con la sencillez de la frase y la magnificencia de su alma. He aquí que es ya otro hombre con la vista puesta en el cielo y el desdén en la tierra. En todas sus pláticas, antes de recordar a los oyentes la palabra de Dios, imploraba la paz, diciendo: "Que Dios os conceda la paz." Era la paz, siempre la paz lo que anunciaba a hombres y mujeres, a oyentes y transeuntes. Y numerosos ciudadanos y hombres de bien, antes enemigos de la concordia y de la propia salud, se convirtieron sinceramente y llegaron a ser hijos de la paz y ansiosos de la salvación eterna. La verdad de la pura y sencilla

doctrina, enseñada con palabras y actos por Francisco, se manifestaba así con mayor claridad cada día.

Dos años después de su conversión, ocurrió que algunos compatriotas quisieron unirsele, contagiados de su ejemplo. El primero, Bernardo de Quintavalle, que fué a verle un día secretamente, le confió su propósito y le rogó que una noche fuese a su casa. Francisco dió por ello gracias a Dios, pues no había aún hallado compañero. Su alegría fué muy grande por ser Bernardo hombre de magnífica y edificante virtud.

Fué, pues, a su casa la noche convenida, con gran exaltación de espíritu, y pasó toda la noche hablando con él. Entre otras cosas, Bernardo le dijo:

—Si uno hubiese recibido de su amo y señor algo o mucho y después de haberlo poseído mucho tiempo no quisiera conservarlo más, ¿cuál es lo mejor que podría hacer?

Francisco le respondió que debía devolver esos bienes a aquel del cual los había recibido. Y el caballero Bernardo dijo:

—Entonces, hermano, quiero abandonar todos mis bienes temporales por el amor de Dios, que me los ha otorgado, y abandonarlos del modo que te parezca mejor.

—Bien—respondió Francisco—: mañana, muy temprano, iremos a la iglesia, y, a tenor del evangelio, sabremos lo que Dios ordena a sus discípulos.

Se levantaron al amanecer y se encaminaron con un tercero, llamado Pedro, que deseaba tam-

bién ser hermano, a la iglesia de San Nicolás, contigua a la plaza de Asís. Entraron a rezar, pero como eran muy sencillos no supieron de pronto dar con las palabras del evangelio referentes a la renunciación del mundo. Suplicaron a Dios que se dignase revelarles su voluntad al primer pique del volumen. Terminada la oración, Francisco cogió el libro y lo abrió, dobladas las rodillas ante el altar. El consejo de Dios apareció en la página abierta:

—Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tengas y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo.

Francisco, ante el hallazgo, se alegró sobremedera y dió gracias a Dios; pero como rendía culto a la Trinidad, quiso cerciorarse con tres testimonios. Abrió, pues, el libro por segunda y por tercera vez.

Al segundo pique, leyó estas palabras: "No llevarás en viaje bastón, alforja, pan, dinero ni dos túnicas." Y al tercero: "El que quiera venir a mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y sígame. Porque el que por mí pierde su vida, la hallará. ¿Qué le servirá a un hombre conquistar el mundo entero, si pierde su alma?"

El bienaventurado Francisco, habiendo hallado en cada consulta la aprobación de sus designios y deseos tres veces revelada y mantenida, dijo a Bernardo y Pedro:

—Hermanos, he aquí nuestra vida y nuestra regla y la de cuantos quieran incorporarse a nuestra Comunidad. Id y haced lo que habéis oído.

En seguida se fué Bernardo, que era hombre

muy rico, vendió cuanto poseía y distribuyó entre los pobres todo el dinero reunido.

Pedro también, a tenor de sus medios, acató el precepto divino. Cuando vieronse pobres, ambos tomaron el hábito adoptado por Francisco, y que substituyó al sayal de eremita, y desde aquel momento vivieron con él, según los preceptos del santo Evangelio indicados por Dios.

Cuando el señor Bernardo estaba distribuyendo su caudal entre los pobres en presencia de Francisco, corrió hacia ellos un sacerdote llamado Silvestre, al cual comprara Francisco piedras para restaurar la iglesia de San Damián. El cura, avaro y codicioso, viendo aquel despilfarro, exclamó:

—Francisco, Francisco, y tan mal como me pagaste las piedras que te vendi.

Francisco, al oír tan injusta queja, se acercó a Bernardo y, metiendo la mano en el faldón de su capa, donde el caballero guardaba el dinero, la sacó repleta de monedas que arrojó al quejumbroso pedigüeño. Luego repitió la operación y le tiró otro puñado.

—Ea, señor cura — le dijo —, ¿tiene usted ya bastante?

Y el sacerdote le respondió:

—Sí, bastante.

Y cogiendo todo el dinero se encaminó jubiloso a su casa.

Pero días después, el mismo Silvestre se puso a reflexionar por inspiración divina sobre lo acontecido y sobre el acto de Francisco, y le dijo:

—¿No soy realmente un miserable al codiciar y mendigar; siendo tan viejo; los bienes temporales,

cuando este pobre hombre los desprecia y abandona por el amor de Dios?

A la noche siguiente vió en sueños una cruz gigantesca cuyo vértice tocaba los cielos. El pie estaba incrustado en la boca de Francisco y los brazos se extendían de un extremo del mundo al otro. Así el sacerdote, al despertar, reconoció que Francisco era el amigo y siervo de Dios, y su incipiente religión se extendería por todos los ámbitos del mundo. Desde aquel día empezó a temer a Dios, a hacer penitencia en su casa, y, en fin, al poco tiempo entró en la Orden que se formaba, en la cual vivió piadosamente.

El siervo de Dios, asociado a los dos hermanos susodichos, no tenía lugar donde refugiarse con ellos. Se trasladó primero a los aledaños de la pobre iglesia abandonada de Santa María de la Porciúncula. Allí construyeron una casita donde podían morar de vez en cuando. Poco después se les agregó otro hombre de Asís llamado Egidio, que muy respetuosa y devotamente, de rodillas suplicó a Francisco que lo acogiese en su compañía. El siervo de Dios, viéndole tan creyente y piadoso, lo admitió de buen grado. Así, el bienaventurado padre Francisco, cada vez más animado con las gracias y consuelos del Espíritu Santo, prodigó su solícitud en adiestrar a sus nuevos hijos en las nuevas reglas y en las nuevas virtudes, la Santa Pobreza y la Santa Sencillez, enseñándoles a caminar por esta vía con paso firme.

Un día, sorprendido de los beneficios que el Señor vertía sobre él y deseoso de obtener consejos acerca de los progresos futuros, se internó en un

paraje solitario donde solía rezar. Y como repitíese frecuentemente estas palabras: "¡Señor, Señor, sed propicio al pecador!", indecible y suavísima alegría se difundió gradualmente hasta el fondo de su alma. Empezó desfalleciendo; pero luego, dominando las emociones y la turbación provocadas por el temor del pecado, sintió, con la certeza del completo perdón, renacer su confianza y la dicha de descansar. En seguida le pareció que le transportaban a lo alto, envuelto enteramente en un ambiente de luz, en el cual se dilataba su espíritu y desde donde percibía y examinaba claramente la inmensidad de las cosas futuras. El suave éxtasis cesó al amanecer; pero ya parecía otro hombre renovado y cambiado su espíritu. Apenas regresó, dijo alegremente a sus hermanos:

—¡Confortémonos en Dios! No nos entristezcamos porque seamos aún pocos. No nos asuste mi sencillez y la vuestra. Dios ciertamente me ha revelado que os hará crecer y multiplicaros inconmensurablemente y extenderos hasta los confines del mundo. Para vuestro gobierno he de deciros lo que he visto, aunque más me gustaría callarlo; pero la caridad me incita a referiroslo. He visto muchedumbres inmensas de hombres que venían a nosotros y querían asociarse con nosotros según los usos de nuestra santa Comunidad y la regla de nuestra bienaventurada religión. Ya resuena y repercute en mis oídos el estruendo de los que van y vienen para acatar los mandatos divinos. He visto los caminos rebosantes de muchedumbres que hablan todas las lenguas, convergentes en nuestro país. Llegan los franceses; corren los es-

pañoles, acuden teutones e ingleses, y la inmensa multitud de naciones diversas se apresura a seguirlos.

Al oír estas palabras, los hermanos se llenan de sana alegría, y el Santo les dice:

—Para que demos fielmente gracias a Dios nuestro Señor por todos sus beneficios, y para que sepáis cómo hemos de conducirnos con los hermanos presentes y futuros, conoced la verdad de vuestros futuros adelantos. Saborearemos en los comienzos de nuestra comunidad frutos de exquisita suavidad y dulzura. Mas luego se nos ofrecerán algunos muy amargos, que no podrán alimentarnos, pues, a pesar de sus gustosas apariencias, serán demasiado acerbos para poder ser digeridos. En verdad, como os he dicho, Dios hará de nosotros una gran raza; pero al fin nos ocurrirá lo que le acontece al pescador. Cuando echa la red en el mar o en el lago y captura abundante pesca, la arroja toda al fondo de la barca; pero en la imposibilidad de llevársela toda por su abundancia, escoge y pone en las cubas los peces más grandes y mejores y tira los demás por la borda.

Así este día descendió sobre Francisco el espíritu de profecía.

Días después, reunidos los cuatro compañeros con la alegría del Espíritu Santo, acordaron, para mayor utilidad, separarse así: Francisco, con el hermano Egidio, se fué a la marca de Ancona y los otros se encaminaron a otra región. Y a través de ferias y mercados exultaban en Dios. Y el santo varón, cantando las alabanzas divinas en alta y clara voz y en francés, bendecía y glorificaba por

doquiera la bondad del Todopoderoso. Iban alegres, como si hubieran hallado los mayores tesoros en el banquete evangélico de Nuestra Señora la Pobreza, por cuyo amor, generosa y deliberadamente, abandonaban cual si fuesen basura todos los bienes terrenales.

Aunque el siervo de Dios no dirigía aún realmente pláticas a las muchedumbres, no cesaba, al pasar por ciudades y castillos, de inculcar a todos la paz, el amor y el temor de Dios y la penitencia de los pecados. El hermano Egidio exhortaba a los oyentes que atendiesen a aquellas palabras porque eran para todos el mayor bien. Y los oyentes solían decir: "¿Quiénes son éstos y qué nos cuentan?" Porque el amor de Dios se había en casi todas partes apagado y casi perdido o reputado por locura el camino de la penitencia. Las seducciones de la carne, las liviandades mundanas, el orgullo en la vida habían tomado tal vuelo, que el mundo entero parecía invadido por las tres pestes.

Las opiniones se dividían acerca de estos hombres evangélicos. Unos los tenían por locos o borrachos; otros, por el contrario, aseguraban que tal lenguaje no era fruto de la locura. Algunos decían al verlos: "O son amigos de Dios que aspiran a la suprema perfección o locos desesperados que comen poco y mal, que andan con los pies desnudos y mal cubiertos con sórdidos harapos."

Sin embargo, a pesar de la zozobra que el ejemplo de la Santa Compañía sembraba en algunos, nadie aún se había decidido a seguirlos. Las jóvenes, al verlos, huían espantadas, temerosas de su-

cumbir a alguna crisis de enfermedad o de demencia. Y cuando terminaron de recorrer esta provincia, volvieron al lugar mencionado de Santa María.

A los pocos días de su regreso se presentaron otros tres ciudadanos de Asís: Sabbatino, Morico y Giovanni di Capello, suplicando a Francisco que los admitiese como hermanos. Los recibió con humildad y benevolencia. Ahora bien: cuando mendigaban limosnas por la ciudad, muy pocos se las daban. Les reprendían y reprochaban el hecho de haber abandonado sus bienes para comerse los de los demás al condenarse a la indigencia y al hambre. Sus padres, madres y parientes los perseguían y los demás se mofaban, teniéndolos por locos y estúpidos, pues nunca se había visto hasta entonces a nadie abandonar sus negocios para mendigar así de puerta en puerta.

Guido, el obispo de la ciudad de Asís, al cual acudía frecuentemente el siervo de Dios en demanda de consejo, y que siempre le acogía con benevolencia, le dijo un día: "Realmente, me parece muy austera y dura la vida que lleváis de completa renunciación a todo bien." Y Francisco le respondió: "Señor, si poseyéramos algún bien, necesitaríamos armas para defenderlo, pues los bienes provocan todas las riñas y contiendas y han destruído de mil maneras el amor a Dios y el amor al prójimo. Por ello no queremos poseer en este mundo bien alguno temporal."

Esta respuesta del siervo de Dios complació mucho al obispo. Francisco de tal modo desdeñó siempre todos los bienes transitorios, que, en sus reglas, lo primero que recomendaba a los herma-

nos era la pobreza. En una de esas reglas subraya así el asco del dinero:

"Procurémos los que lo hemos abandonado todo no perder el reino de los cielos por cosa tan baladí. Doquiera topemos con el dinero, no hagamos de él más caso que del polvo hollado por nuestros pies."

Entonces, el bienaventurado Francisco, henchido de gracia del Espíritu Santo, convocó a los seis hermanos y les anunció lo que había de acontecer: "Considerémos, mis muy queridos hermanos, que la misericordia de Dios nos otorgó la vocación, menos para nuestra propia salvación que para la salvación del mayor número de gentes. Vayamos, pues, a través del mundo exhortando más con el ejemplo que con la palabra a que hagan los hombres penitencia por sus pecados y recuerden los mandamientos de Dios. No temáis parecer pueriles e ignorantes. Publicad con firmeza y sencillez vuestro arrepentimiento y confiad en Dios, vencedor del mundo (su espíritu habla en vosotros y por vosotros) para incitar a todos a la conversión y a la obediencia. Daréis con hombres confiados, dulces y benévolos que os acogerán y oirán con alegría, y con muchísimos más desconfiados, orgullosos y blasfemos que os reprobarán y resistirán. Decidíos en vuestro corazón a sufrirlo todo con paciencia y humildad." Los hermanos, al oír estas palabras, quedaron aterrados; pero el Santo agregó: "No temáis, pues dentro de poco vendrán numerosos señores y nobles a unirse a vosotros y predicarán a reyes, a príncipes y a toda clase de pueblos. Y muchos se convertirán al Señor, que

hará crecer y multiplicar su familia en todo el universo."

Dicho esto y habiéndoles bendecido, los siervos de Dios se fueron discretamente, dóciles a sus consejos. Cuando en sus andanzas daban con alguna iglesia o alguna cruz se prosternaban para adorarla y decían con fervor: "Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos por todas estas iglesias existentes en la tierra, pues con la Santa Cruz has redimido al mundo." Doquiera hallaban una iglesia y una cruz, decían dar con la morada de Dios.

Cuantos los veían quedaban casi siempre asombrados de su hábito y de sus costumbres, tan diferentes a las de los demás, que parecían hombres salvajes. Donde entraban, fuese en la ciudad, en castillo, casa o alquería, anunciaban la paz e incitaban a todos a temer y a amar al Creador del Cielo y de la Tierra y a guardar sus mandamientos. Algunos los escuchaban de buen grado; otros, por el contrario, se mofaban. Los más los abrumaban a preguntas y decían: "¿Quiénes sois?". Otros les preguntaban qué orden era la suya. Gran trabajo les costaba contestar a tantas preguntas. Con mucha sencillez respondían, sin embargo, que eran humildes penitentes, oriundos de la ciudad de Asis, y que su orden no era aún una religión.

Muchos los denunciaban como bribones y locos y se negaban a recibirlos en sus casas, recelando que fuesen ladrones. Así, en muchos sitios, después de mil insultos, no hallaban otro cobijo que los pórticos de las iglesias y de las casas.

Unos les tiraban lodo; otros ponían dados en sus manos invitándoles a jugar una partida; quién los

LA LEYENDA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS



seguía, y cogiendo a uno por la capucha se lo echaba a la espalda entre risas.

Además sufrían innumerables calamidades: hambre, sed, frío y desnudez. Pero fieles a los consejos del padre, no se confurbaban, ni se entristecían, ni se quejaban.



1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890





El Papa Inocencio III.



FRANCISCO, viendo aumentar de día en día el número de sus discípulos, escribió para él y sus hermanos presentes y futuros muy sencillamente y en pocas palabras una regla o norma de vida. Empleó con preferencia

los propios términos del Santo Evangelio, cuya perfección únicamente estimulaba sus deseos, y agregó muy poco, lo preciso para las prácticas de la santa Comunidad. Comprendía la regla en conjunto veinte artículos muy cortos.

He aquí los nombres de los doce primeros hermanos menores, perfectos imitadores y secuaces de Cristo, observadores literales del puro Evangelio, con los cuales, como sobre sólidos sillares, se fundó la Orden:

En primer lugar, el bienaventurado Francisco,

jefe y fundador de la Orden y primer ministro.

El primero que le siguió, dos años después de su conversión, fué Fray Bernardo de Quintavalle; el tercero, Fray Pedro; el cuarto, Fray Gil; el quinto, Fray Sabbatino; el sexto, Fray Morico; el séptimo, Fray Juan da Capello; el octavo, Fray Felipe Lungo, primer visitador de las Mujeres pobres; el noveno, Fray Juan de San Constancio; el décimo, Fray Bárbaro; el oncenno, Fray Bernardo de la Viti, y el duodécimo, Fray Agnolo di Tancredo.

Francisco solía entonces reunirse con ellos en un paraje contiguo a Asís, llamado Rivo Torto. Había allí una especie de cobertizo abandonado, a cuya sombra vivían aquellos valientes despreciadores de los suntuosos edificios y en el cual se resguardaban de borrascas y chubascos. "Porque—decía el Santo—se sube más pronto al cielo desde una choza que desde un palacio." Allí, como hijos y hermanos, conversaban con el bienaventurado padre, viviendo en tal miseria y penuria, que carecían de pan las más de las veces, satisfechos sólo con las sobras que recogían acá y acullá mendigando por las terrazas de Asís. Era tan angosto el refugio, que no podían sentarse o tenderse todos a la vez.

Sin embargo, no se oía ningún murmullo, ninguna queja. La tranquilidad del corazón, la plenitud espiritual, les daba paciencia. Cada día, o más bien cada minuto, San Francisco hacía minucioso examen de sí y de los suyos, no tolerando en ellos cosa malsana y desterrando de la Comunidad toda molicie. Muy rígido en punto a disciplina, se observaba constantemente con extrema vigilancia. Si

alguna tentación de la carne, como suele ocurrir, le asaltaba y era invierno, se metía en alguna zanja llena de nieve y allí permanecía hasta que el ardor de la carne se extinguiese, y los demás, fervorosamente, imitaban este ejemplo de mortificación.

Por aquel tiempo, el emperador Othon pasó por Asís, con gran pompa y estruendo, camino de Roma, donde había de recibir la corona del Imperio. Aunque la cabaña de los hermanos estaba contigua a la carretera por la que desfiló el cortejo, el muy santo padre no quiso salir a verlo. Prohibió a los demás que se asomasen, excepto a uno solo, al cual ordenó que se presentase al emperador y le anunciase con entereza que su gloria duraría poco. Así el glorioso santo, viviendo en sí y caminando por la vasta extensión de su alma, en la que iba preparando para Dios digno habitáculo, tapiaba sus oídos a los clamores de fuera. No podía turbar ni interrumpir voz alguna la gran empresa que meditaba. Ya vivía en él la austeridad apostólica. Podía, pues, rehusar lisonjas a príncipes y reyes.

Para que la angostura del refugio no turbase el silencio de las almas, escribió los nombres de los hermanos en los soportes del cobertizo, y así todos, al ir a rezar o dormir, sabían su sitio.

Francisco, viendo crecer el número y los méritos de los hermanos, dijo a sus once compañeros: —Ya veis, hermanos, cuán misericordiosamente Dios aumenta nuestra Comunidad. Acudamos, pues, a la Iglesia romana, nuestra madre, y comuniquemos [al Santo Padre lo que Dios ha hecho

por nosotros para acabar con su beneplácito lo que hemos empezado.

Estas palabras complacieron a los hermanos y partieron todos juntos a visitar la Curia. Francisco les dijo:

— Nombremos a uno guía y tengámosle por vicario de Jesucristo. Donde mande parar y descansar, descansemos; donde ordene que nos alberguemos, nos albergaremos.

Así se fueron, alegres y repitiendo las palabras evangélicas, atentos a hablar tan sólo de la gloria de Dios y del bien del alma, y muy frecuentemente se entregaban al rezo. Y el Señor les depa-
raba albergue en todas partes y subvenía a todas sus necesidades.

Estaba a la sazón en Roma Guido, el venerable obispo de Asís, que honraba a los hermanos con singular afecto. En cuanto hallaron alojamiento fueron a verle, y el obispo los recibió en el acto, muy conturbado al principio, pues ignoraba la causa de tal viaje. Temió que quisieran abandonar su patria, en la que Dios había empezado a operar por ellos tantas maravillas, orgulloso de tener en su obispado a aquellos hombres cuya vida y costumbres le inspiraban tan felices presentimientos. Sin embargo, en cuanto los oyó y se percató de sus propósitos se alegró sobremanera y les ofreció consejos y apoyo. Ahora bien, el mencionado obispo era íntimo amigo del cardenal monseñor Giovanni de San Pablo, obispo de la Sabina, hombre henchido de gracia divina y muy devoto de todo siervo de Dios. Al conocer por el obispo la vida de Francisco y de sus hermanos, el cardenal quiso

ver al hombre de Dios y a sus compañeros. En cuanto supo que habían llegado a Roma, ordenó que los buscasen y los recibió con gran deferencia y afecto. En los pocos días que los albergó en su casa, de tal modo le edificaron con palabras y ejemplos, que viendo realmente resplandecer en ellos las virtudes que tanto le habían ponderado, se encomendó a sus plegarias y les incitó a que le mirasen como uno de los suyos. Y habiendo preguntado a Francisco los motivos de su viaje y conocidos todos sus proyectos e intenciones, le ofreció que le presentaría a la Corte.

El susodicho cardenal fué a la Corte y dijo a Su Santidad el Papa Inocencio III:

—He hallado un hombre muy perfecto que quiere vivir según las reglas del Santo Evangelio; en todo observa la perfección evangélica. Creo que Dios quiere reformar por su mediación en todo el mundo a los fieles de la Santa Iglesia.

Su Santidad el Papa al oír estas palabras se maravilló sobremanera y ordenó al cardenal que trajese a Francisco.

Al día siguiente el siervo de Dios fué presentado por el cardenal al Sumo Pontífice, al cual expuso todo su pensamiento. El Pontífice, hombre de carácter muy reservado, acogió la demanda del Santo en la forma ritual, y después de dirigirle algunas advertencias y palabras de aliento, le bendijo, así como a sus compañeros, diciéndoles:

—Id con Dios, hermanos, y como Dios se digné inspiraros, exhortad a todos a la penitencia. Y cuando el Todopoderoso aumente vuestro número y vuestra gracia, volved a venir, que os concedere-

mos aún más y os confiaremos con más decisión mayores intereses.

Luego, queriendo saber si las concesiones otorgadas por él y las futuras concordaban con la voluntad divina, antes de despedirles agregó estas palabras:

—Mis queridos hijos: vuestra norma de vida nos parece muy dura y áspera, bien que seáis, así os creemos y no hay que dudarle, muy fervorosos. Sin embargo, hemos de pensar en los que os puedan seguir. ¿No les parecerá esta austeridad de vida demasiado fuerte?

Y viendo la constancia de su fe y el áncora de su esperanza tan fuertemente agarrada a Cristo, que de ningún modo se aventan a desistir de su fervor, dijo a Francisco:

—Ve, hijo mío, y ruega a Dios que te revele si lo que pides lo acoge su voluntad. Nos, entonces, cuando conozcamos esta voluntad, accederemos a tus deseos.

En verdad, en verdad, Dios acompañaba a Francisco en todas sus andanzas. Pocos días antes vió en nocturno ensueño que andaba por un camino en cuya meta se erguía un árbol de prodigioso empuje, árbol fuerte y magnífico, de corpulencia y altura extraordinarias. Y le pareció que se acercaba a él y se detenía bajo su sombra, y que de pronto él, el pobrecito, crecía y crecía hasta tocar la cima del árbol, y cogiendo la copa con la mano la inclinó hasta el suelo sin trabajo alguno.

¡Ea! ¿No es eso lo que le ocurrió cuando el Papa Inocencio, el árbol más alto y sublime, tan benévolamente se inclinó a su ruego y voluntad?



Cuando el bienaventurado Francisco, visto ya su Santidad, se puso, siguiendo el consejo del Pontífice, a rezar, Dios le habló nuevamente en espíritu y por figuras, y le dijo:

—Habitaba en un desierto una mujer muy pobre y muy bella. Un gran rey, al verla tan hermosa, quiso unirse a ella para engendrar hermosos hijos. Celebrado y consumado el casamiento, nacieron de ambos numerosos hijos, y cuando fueron mayores la madre les dijo:

—Hijos míos, no os avergoncéis, pues sois hijos del rey; id, pues, a su corte, que él os dará cuanto necesitéis.

Fuéronse, pues, al rey, y el monarca, al ver su belleza y el parecido de sus rostros con el suyo, les dijo:

—¿De quién sois hijos?

Respondieron que de una pobre mujer habitante en el desierto.

El rey los abrazó con alegría y les dijo:

—Tranquilizaos, pues sois hijos míos, y si siento a mi mesa a tantos extraños, es más justo que os sienta a vosotros, que sois hijos legítimos míos.

Y el rey ordenó que todos los hijos que hubo de la susodicha mujer fueran mantenidos en la corte. Y el bienaventurado Francisco, absorto en la oración, comprendió que era él aquella pobre mujer.

Terminada su plegaria, se presentó de nuevo al Santo Padre y le contó detalladamente el ejemplo que Dios le había revelado y dijo:

—¡Oh Monseñor!, yo soy esa pobre mujer que Dios hizo bella y amó misericordiosamente, que-

riendo engendrar en ella legítimos hijos. Ahora bien: el rey me ha dicho que alimentaría a todos los hijos habidos de mí, pues si nutre a los extraños, debe, con mayor razón, sustentar a sus hijos. Si Dios da a los pecadores los bienes temporales, pues su amor tiende a alimentar a todos sus hijos, ¿cuánto mejor no lo hará con los hombres del Santo Evangelio, mucho más merecedores de estas dádivas?

Al oír estas palabras, Su Santidad el Papa quedó tanto más asombrado cuanto que antes de la llegada de Francisco había visto en sueños que la iglesia de San Juan de Letrán, a punto de desmoronarse, era sostenida por la espalda de un pobre religioso menospreciado. Y al despertar, estupefacto y tembloroso, se preguntó, como hombre discreto y cauto, la significación de aquel ensueño.

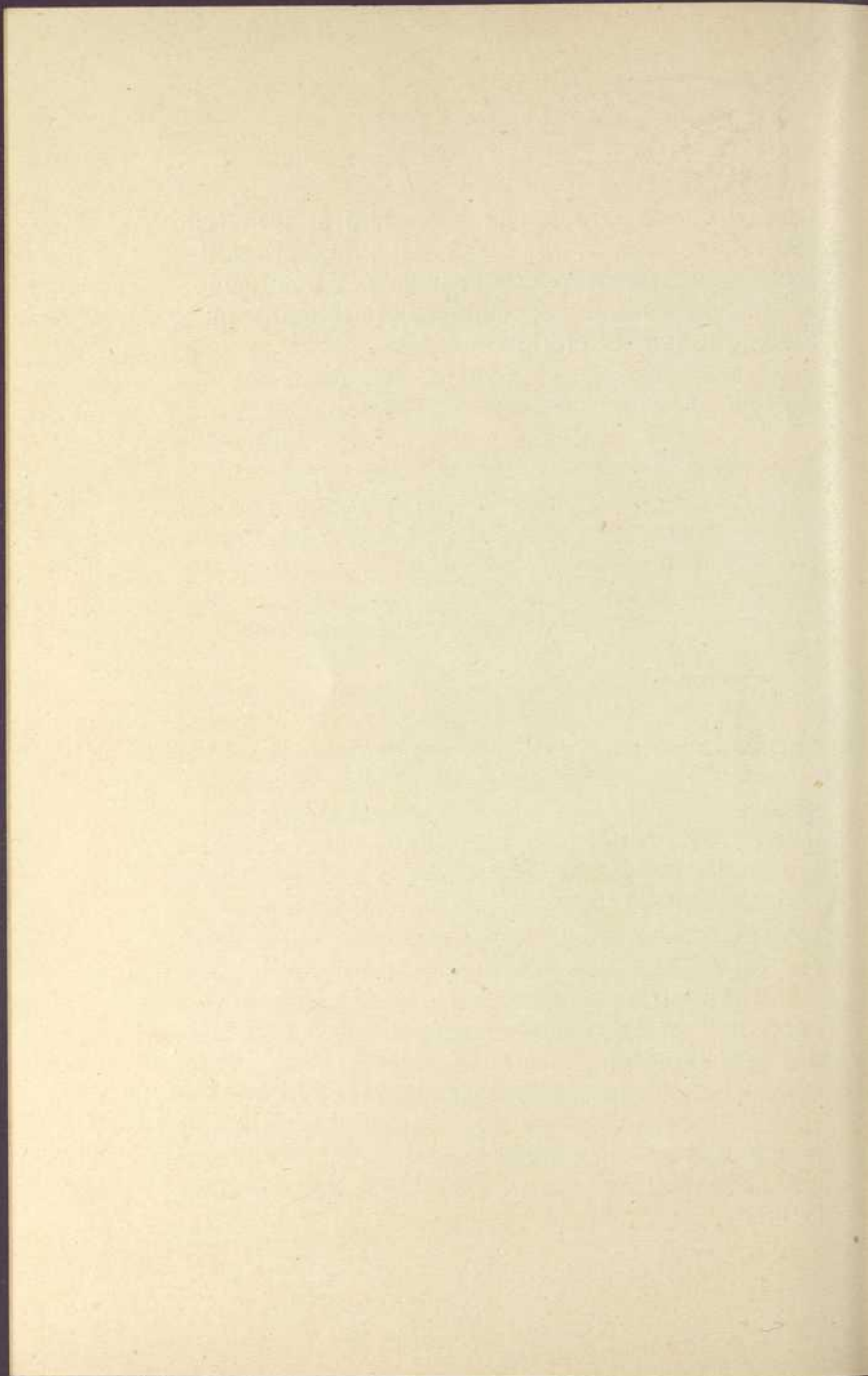
Días después, cuando Francisco volvió a visitarle para pedirle que aprobase su regla escrita con escuetas palabras del Evangelio, el Papa, viéndole tan arduosamente decidido a servir a Dios y comprendiendo su visión por el ejemplo dado por el siervo del Todopoderoso, se dijo: "Realmente este hombre es el Religioso y el Santo que exaltará y sostendrá la Iglesia de Dios."

Y, abrazándole, aprobó su regla; concedió licencia a él y a sus hermanos para predicar en todas partes la penitencia, con la condición de que los predicadores obtuviesen su permiso. Todo ello fué inmediatamente aprobado en consistorio.

Tras estos acuerdos, Francisco dió gracias a Dios, y doblando humilde y devotamente las rodi-

llas, prometió obediencia y respeto al Pontífice. Los demás padres, por orden del Papa, prometieron a su vez obediencia a Francisco. Y bendecidos por el Sumo Pontífice, recibieron la tonsura, pues todos querían ser clérigos.







VI

Regreso de Roma.



F RANCISCO, con sus hermanos, muy satisfecho de los dones y favores concedidos por semejante padre y señor, dió gracias a Dios Todopoderoso, que exalta a los humildes y consuela a los afligidos. En seguida mar-

chó con ellos a visitar el Santuario de San Pedro. Terminado el rezo, salieron juntos de Roma y emprendieron el camino de Espoleto.

Durante la marcha comentaron la bondadosa acogida que les dispensó el vicario de Cristo, padre y señor de todas las naciones cristianas. ¿Cómo acatarían sus advertencias y ejecutarían sus mandamientos? ¿Cómo observarían sinceramente y mantendrían irrevocablemente la regla que se habían impuesto? ¿Cómo progresarían ante la paz del Señor en santa piedad? ¿Cómo, en fin,

podrían servir de ejemplo al prójimo sus vidas y costumbres por los adelantos en las santas virtudes?

Mientras los nuevos discípulos de Cristo discutían con acierto de este modo, el sol ascendía y pasaban las horas. Habían llegado a un paraje desierto, agotadas las fuerzas y muertos de hambre. Nada tenían para comer y estaban lejos de toda vivienda humana. He aquí que de pronto, por intercesión divina, se les acercó corriendo un hombre que les dió un pan y desapareció. Como no le conocían, quedaron sus espíritus asombrados y mutuamente se exhortaban a confiar más piadosamente en la misericordia divina. Tomaron, pues, aquel alimento y se sintieron muy confortados y a poco llegaron a un hermoso paraje confíguo a la ciudad de Orta. Allí se detuvieron cerca de quince días.

Algunos iban a la ciudad durante el día para hallar lo preciso para la vida. Traían a sus hermanos lo poco que recogían de puerta en puerta y juntos se lo comían con acciones de gracias y alegría en el corazón. Si sobraba algo lo escondían en tumbas que en los siglos antiguos guardaban esqueletos, para alimentarse más tarde. Era aquél un lugar desierto y abandonado, cuyo acceso pocos o quizá nadie conocía.

Mucho se alegraban de no ver y de no poseer nada que halagase su vanidad o su carne. Así empezaron entonces realmente su trato con la Santa Pobreza. Muy satisfechos de carecer de cuanto es mundano, se disponían a abstenerse de ello en todas partes, como allí lo practicaban. Libres de todo

cuidado terrestre, deleitándose sólo en el consuelo de las cosas divinas, resguardados de todas las tentaciones, conmociones e inquietudes, allí afianzaron su resolución de no hurtarse jamás a las caricias de la noble Señora.

Sin embargo, temerosos de que el encanto de aquel retiro debilitase el vigor de sus almas y el hábito de tan cara permanencia les infiltrase alguna idea de propiedad, abandonaron aquella mansión, y guiados por el bienaventurado Francisco, entraron con él en el valle de Espoleto. Por el camino discutieron, ansiosos de justicia, si debían inmiscuirse entre los hombres o bien confinarse en lugares solitarios. Francisco, que desconfiaba siempre de sus propias facultades, preparado con la santa oración, decidió que era forzoso no vivir para sí, sino como el que murió por todos, y se reconocía enviado por Dios para conquistar todas las almas que el diablo se esforzaba en arrebatarse.

El valeroso soldado de Cristo dióse entonces a recorrer ciudades y castillos anunciando el reino de Dios, no en los términos razonadores de la ciencia humana, sino con claridad y vigor espiritual, predicando la paz, enseñando la penitencia y la remisión de los pecados. En todas las cosas de la fe obraba en virtud de la autoridad apostólica que se le había concedido, sin recurrir jamás a lisonjas y seductoras zalamerías. No halagaba los vicios de nadie, sino que les aplicaba el cauterio, ni toleraba las costumbres de los pecadores, sino que arremetía contra ellas, reprendiéndolas severamente.

Como él se había inculcado experimentalmente las convicciones que quería comunicar con la pa-

labra a los demás, proclamaba con la mayor confianza la verdad, para que incluso los más letrados, los hombres más relevantes en gloria y dignidad, admirasen su lenguaje y ante su vista quedasen embargados de saludable inquietud. Y corrían tras él los hombres y le seguían las mujeres y los clérigos se apresuraban y los religiosos aceleraban el paso para ver y oír al Santo de Dios. Y todos creían ver a un hombre de otras edades. Personas de uno y otro sexo, cualesquiera que fuesen sus años, corrían a ver las maravillas que de nuevo operaba Dios en el mundo por mediación de su siervo. Realmente parecía entonces que por la presencia del Santo o al solo rumor de su nombre, una nueva luz bajase del cielo a la tierra, ahuyentando las ásperas tinieblas en que toda la comarca estaba tan sumida que casi nadie sabía dó poner la planta.

Francisco, pues, resplandecía como estrella que de pronto surge en las negruras de la noche o como rayo de luz que hiende las tinieblas. En poco tiempo la faz de la provincia cambió, apareciendo más sonriente y jovial, perdidas todas las impurezas de antaño. Desaparecieron las antiguas arideces; ya en los baldíos se colectan de pronto mieses sazonadas; hasta en la inculta viña brotan yemas y engendra, tras floraciones de suavidad abundantes, frutos de honra y probidad.

Por doquiera resuenan acciones de gracias e himnos de alabanza de tal modo, que muchos, dando la espalda a las inquietudes del siglo, supieron conocerse por la vida y las doctrinas del bienaventurado padre Francisco. Plebeyos, pobres y

villanos, clérigos y laicos se le unen ansiosos de pelear bajo su disciplina. Y el santo de Dios, como fecundante arroyo de gracia celeste, rebotante de lluvias de caridad, hace brotar en todos los corazones flores encantadoras de dulces virtudes. ¿No es acaso el excelente artífice por el cual se renovará para ambos sexos la Iglesia de Cristo y triunfará la triple milicia de los futuros elegidos? Para ello indica a cada uno la norma de vida y muestra a todos el camino verdadero de la salvación.

Acampaba a la sazón con sus hermanos en el sobradillo de Rivo Torto, dando ejemplo de las virtuosas prácticas ordenadas por su regla de humildad, caridad, obediencia, pobreza, confianza, actividad, paciencia, meditación, maceración de la carne, desprecio de sí mismo, paz y concordancia.

Todos los hermanos durante el día trabajaban, ya en el campo con los gañanes, ya en cualquier taller de la ciudad. Francisco quería que se dedicasen a algún oficio manual. Decía que a los remisos, a los que no se dedicasen asidua y humildemente a alguna labor, el Señor, con su soplo, los reduciría a la nada. Ningún perezoso se presentaba ante el Santo sin llevarse huellas de su diente mordaz. A fin de dar ejemplo de perfección, trabajaba él mismo con sus manos sin consentir que se desperdiciase un ápice del precioso don del tiempo, y decía:

—Quiero que todos mis hermanos trabajen y se ocupen humildemente en útiles tareas para que pesen menos sobre el prójimo, y el corazón y la lengua no divaguen en la ociosidad. Los que no sepan hacer nada que aprendan un oficio. Y lo que

se gane—agregó—no se lo guarden los trabajadores, sino que lo entreguen al guardián o gerente de la Comunidad.

Había un hermano que rezaba poco y no trabajaba y no se avenía a ir a la limosna, y, sin embargo, comía con excelente apetito. Francisco, al reparar en ello, vió que era un hombre carnal, y le dijo:

—Vete, y sigue tu camino, hermano zángano, que quieres comer del trabajo de tus hermanos y permanecer ocioso en la obra de Dios como abeja perezosa y estéril que nada acarrea, que no trabaja y se come el pan de las abejas laboriosas.

Por entonces ocurrió que, a media noche, estando todos dormidos, exclamó un hermano a gritos:

—Me muero, me muero.

Despertaron estupefactos y sobresaltados todos los demás. Y Francisco se levantó y dijo:

—Arriba, arriba, hermanos; encended luces.

Y encendida la luz, dijo:

—¿Quién ha gritado “me muero”?

Y el hermano respondió:

—Yo.

Francisco le dijo:

—¿Qué te ocurre, hermano? ¿De qué mueres?

—De hambre—contestó el hermano.

Entonces Francisco mandó poner la mesa, y como hombre caritativo y delicado, para que el hermano no se avergonzase por comer solo, comió con él y ordenó que los demás hermanos comiesen también. Este hermano, y algunos otros recientemente convertidos, solían torturar su cuerpo más de lo debido. Así, Francisco, hecha la colación, le dijo:

—Hermanos míos, en verdad os digo que cada uno debe atender a su naturaleza. Algunos de vosotros pueden sustentarse con menos alimento que otros, pero quiero que el que necesite más no se vea obligado a imitarlos. Cada uno, según su naturaleza, dé al cuerpo lo que éste necesite para seguir al espíritu. Como hemos de evitar los excesos de comida, tan perjudiciales al cuerpo como para el alma, hemos de guardarnos igualmente de excesivas abstinencias, pues el Señor pide que se tenga caridad, pero que no se llegue al propio sacrificio.

Ciertamente los primeros hermanos y otros que los siguieron durante mucho tiempo, torturaron el cuerpo excesivamente con abstinencias de comida y bebida, con vigilijs, con foscos hábitos y con ruda labor manual. Sobre la carne llevaban cinturones con púas, duras corazas y cilicios. Pero el Santo Padre, viendo que podían lisiarse y algunos estaban ya heridos, prohibió que nadie llevase sobre la carne otra cosa que la túnica.

En otra ocasión, en que el bienaventurado Francisco se hallaba cerca del susodicho paraje, dió con un hermano religioso de una antigua orden, enfermo y muy débil. A la sazón los hermanos, sanos o enfermos, con gran alegría tenían su pobreza por la mayor riqueza. No sólo rechazaban a los médicos en sus enfermedades, sino que pedían, y comían y bebían muy gustosos, lo que más les repugnaba. Pero Francisco, apiadado del anciano enfermo, se dijo:

—Me parece que a este hermano le sentaría muy bien desayunarse con uvas maduras.

Y lo hizo como lo pensó. Se levantó muy de mañana, llamó secretamente al hermano y le llevó a un viñedo contiguo, y de una cepa cogió un racimo y se puso a comer también para que el hermano no se avergonzase de comer solo. Y el hermano curó con este régimen, y todos bendijeron al Señor.

Ocurrió durante su permanencia en Riva Torto que un campesino, llevando del ronzal a un asno, se acercó a la casucha, morada del siervo de Dios y de los suyos, y para que no se le rechazase, estimuló al asno a que entrase, gritándole:

—Entra, entra, y traeremos la felicidad a este sitio.

Francisco, al oír aquellas palabras, se sintió muy lastimado, adivinando el pensamiento del palurdo. Este, en efecto, creyó que los hermanos se instalarían y arraigarían allí, y para ello ensancharían la casa y agregarían obras y más obras.

Francisco, al punto, salió del cobertizo y lo abandonó impelido por las palabras del palurdo. Se trasladó a otro paraje contiguo, al llamado la Porciúncula, en el cual antaño reparara, como hemos dicho, la iglesia de Santa María. No quería propiedad alguna, para poseerlo todo mejor en Dios.



VII

Instalación en Nuestra Señora de la Porciúncula.



VIENDO Francisco que el Señor multiplicaba por su voluntad el número de los hermanos, les dijo:

—Mis muy queridos hermanos, veo hijos míos, que Dios quiere multiplicaros. Me parece, pues,

útil y religioso lograr del obispo o de los canónigos de San Rufino o del abad de San Benito alguna iglesia en la que los hermanos puedan rezar las horas, y configua una casita muy humilde, hecha de ramas y madera, en la que los hermanos puedan descansar, trabajar, atender a sus necesidades, pues este paraje no es adecuado ni suficiente. Y si alguno de los nuestros muere, no será decoroso enterrarlo aquí o en una iglesia de clérigos seculares.

Este discurso complació a todos los hermanos.

Francisco, pues, se dirigió al obispo de Asis y le habló en los mismos términos, pero el obispo le dijo:

—Hermano, no tengo a mano iglesia alguna que darte.

Y los canónigos contestaron lo mismo. Entonces se dirigió al abad de San Benito, residente en Mont-Subiaco, y le expuso su demanda. El abad, compadecido, celebró consejo con los monjes, y por inspiración de la bondad divina, concedió al bienaventurado Francisco y a sus hermanos la iglesia de Santa María de la Porciúncula, la más pequeña y pobre de cuantas iglesias poseían. Y el abad dijo a Francisco:

—Hemos atendido, hermano, tu demanda, y si el Señor acrece vuestra Congregación, queremos que este lugar sea la iglesia matriz de todas las demás.

Estas palabras complacieron a Francisco y a sus hermanos. El Santo se alegró mucho de la concesión de aquel paraje por el nombre que llevaba la iglesia, de la Madre de Dios, y por ser tan pequeña y tan pobre, que se llamaba desde remotos tiempos la Porciúncula, y agregó:

—El Señor ha querido que no se ofreciese otra iglesia a los hermanos menores ni que los primeros hermanos hayan tenido que construir una iglesia nueva.

Aunque era tan pobre esta iglesia y estaba tan deteriorada, el pueblo de Asís y de toda la comarca sentía hacia ella gran devoción.

Así, desde que los hermanos se instalaron en ella, el Señor acreció su número todos los días, y el perfume de su fama se propagó de modo prodigioso.

gioso por todo el valle de Espoleto y por muchas partes del mundo. Desde antiguo se llamó esta iglesia de Santa María de los Angeles, porque, según se decía, oíase allí frecuentemente el canto de los ángeles.

Aunque el abad y sus monjes le habían concedido sin reserva alguna aquel edificio, Francisco, como señor circunspecto y avisado, quiso fundar su Casa, esto es, su Religión, en la piedra sillar de la absoluta pobreza. Por ello, todos los años, enviaba al abad y a sus monjes una jarra llena de los peces llamados gobios, en prueba de humildad y de pobreza para que los frailes no poseyesen como propio fundo alguno ni morasen en paraje que fuese propiedad de algún señor, y no fuesen así derecho a vender nada. Cuando los hermanos llevaban anualmente a los monjes aquellos pececillos, solían agregar una vasija de aceite. Por otra parte, Francisco afirmaba frecuentemente a sus compañeros que Dios le había revelado que de todas las iglesias del mundo era aquélla la preferida más tiernamente por la Santísima Virgen. Por ello, desde entonces, sintió hacia aquella iglesia el mayor respeto y devoción; y en el umbral de la muerte consignó en su testamento que todos los hermanos compartiesen este afecto.

Por entonces los hermanos le pidieron que les enseñase a rezar, pues en su sencillez, desconocían aun los oficios eclesiásticos, y les contestó:

—Cuando recéis, decid el *Pater noster* y el *Adoramus te, Christe*. Te adoramos, oh Cristo, en todas las iglesias del universo y te bendecimos, porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Y los hermanos, piadosos discípulos del maestro, se apresuraron a obedecer, pues procuraban cumplir escrupulosamente, no sólo lo que Francisco les enseñaba con consejos fraternales o bien con órdenes de padre, sino hasta lo que pensaba o meditaba, si acaso podían adivinarlo. Pues solía decirles:

—La verdadera obediencia no ha de ser sugerida, sino voluntaria; no impuesta, sino deseada. Esto es, si el hermano antes de oír la voz del superior ha conocido su voluntad, debe plegarse a obedecerle y comportarse de modo que la adivine a la menor señal.

Por ello, al ver de cerca o de lejos cualquier iglesia, se ponían de cara y prosternados de hinojos y con la cabeza baja adoraban al Todopoderoso, diciendo: "Te adoramos, oh Cristo, en todas las iglesias, como nos ha enseñado nuestro santo padre." Y cada vez que columbraban una cruz o la figura de la cruz en el suelo, en un muro o en los árboles o bien en cualquiera encrucijada, hacían lo mismo.

Eran aún, por entonces, poco numerosos, y Francisco iba por todos los pueblos e iglesias de los alrededores de Asís predicando a los hombres que hiciesen penitencia. Llevaba consigo una escoba para limpiar los santuarios mal cuidados, pues se lamentaba mucho cuando no los veía tan aseados como quería. Por ello, terminado su sermón, reunía a todos los sacerdotes presentes en lugar apartado, para que no le oyesen los seglares, y les exhortaba por la salvación de su alma a que fuesen celosos en la buena conservación de las

iglesias, de los altares y de todos los utensilios empleados en la celebración de los divinos misterios.

Un día entró en una de esas iglesias y empezó humildemente a barrerla y limpiarla, cuando el rumor de su presencia se extendió rápidamente por la aldea. Los hombres de bien le veían y oían siempre con el mayor gusto. Estaba arando a la sazón en su tierra un campesino llamado Juan, cuya sencillez era admirable. En cuanto supo que estaba allí Francisco, se fué corriendo a buscarle y le halló en la iglesia ocupado en barrer humilde y piadosamente, y le dijo:

—Hermano, dame la escoba, que voy a ayudarte. Y cogiéndole la escoba, terminó la limpieza. Después se sentaron, y Juan dijo a Francisco:

—Hermano, ha mucho tiempo que quería consagrarme al servicio de Dios, sobre todo desde que oí hablar de ti y de tus hermanos, pero no sabía cómo ir a tí. Puesto que plugo a Dios que te viera, voy a hacer todo lo que te plazca.

Entonces Francisco, regocijándose en Dios, le dijo:

—Hermano, si quieres pertenecer a nuestra Comunidad, es menester que te desposeas, sin escándalo, de cuanto tengas y lo des a los pobres, según el consejo del Santo Evangelio. Esto han hecho todos los hermanos que han podido hacerlo.

Juan, oídas estas palabras, se fué al campo, donde había dejado sus bueyes. Los desunció y trajo uno a Francisco y le dijo:

—Hermano, muchos años ha que sirvo a mi padre y a todos los de mi casa. Aun siendo esta par-

te de mi herencia muy pequeña, quiero que aceptes este toro y se lo des a los pobres como mejor te parezca.

Ahora bien: los padres y hermanos de Juan, que eran también muy sencillos, viendo que quería abandonarlos, se pusieron a llorar tan fuertemente y a lanzar tan ruidosamente gritos de dolor, que el bienaventurado Francisco se apiadó. La familia aquella era numerosa e indigente. Francisco, entonces, les dijo:

—Preparad comida para todos y comeremos juntos. No os aflijáis, que voy a devolveros la alegría.

En seguida trajeron la comida y comieron muy alegres.

Después de comer, Francisco les dijo:

—Vuestro hijo quiere servir a Dios, y por ello no debéis entristeceros, sino más bien alegraros. Constituirá ello para vosotros no sólo ante Dios, sino ante el mundo, altísimo honor, y será de mucho provecho para vuestras almas y vuestros cuerpos. Dios será glorificado en vuestra carne y todos nuestros hermanos serán hermanos e hijos vuestros. Como Juan es una criatura de Dios (y servir a Dios es ser rey) no puedo ni debo devolvéroslo: pero para que os consoléis, quiero que se desposee de este buey y os lo dé, como pobres que sois.

Y todos se consolaron con las palabras de San Francisco, muy alegres por recuperar el buey.

Agradaba mucho a Francisco tener y que los demás tuviesen esta santa y pura sencillez. Así concedió sin más fardanza el hábito religioso a aquel aldeano y se lo llevó como compañero. Ahora bien: era tal el candor del campesino, que se creía obli-

gado a hacer cuanto hacía Francisco. Cuando el bienaventurado Francisco se ponía a rezar en la iglesia o en otra parte, Juan le observaba y acoplaba todos sus movimientos y gestos a los del Santo. Si Francisco doblaba las rodillas o levantaba las manos al cielo, o bien si escupía o suspiraba, Juan hacía lo mismo.

En cuanto Francisco reparó en ello, le reprendió por todas estas tonterías. A lo cual respondió el palurdo:

—Hermano, he de imitarte en todo porque he he prometido hacer cuanto hagas.

Francisco a la vez se asombró y regocijó al ver tanta inocencia y sencillez. El bienaventurado Francisco dijo en cierta ocasión:

—La religión y la vida de los hermanos menores ha de ser la del ínfimo rebaño que el Hijo de Dios pidió a su padre celeste en los últimos momentos, diciendo: "Padre, quisiera que me formas y dieses en esta última hora una grey nueva muy humilde y muy diferente, por la humildad y la pobreza, de cuantas le han precedido, grey muy satisfecha con no tener otra cosa que a mí." El Padre al oírlo dijo al Hijo: "Hijo mío, lo que pides es un hecho ya."

Y Francisco agregó que Dios le había dicho y revelado que los hermanos se llamarían *menores* por ser la grey, pobre y humilde, que el Hijo de Dios había pedido a su Padre, la muchedumbre de la que dijo el propio Hijo de Dios en el Evangelio: "No temas, pobre rebaño, pues plugo a mi padre daros un reino." Y además: "Lo que hagáis a un hermano menor, me lo hacéis a mí."

En cuanto Francisco supo por revelación que su religión había de llamarse Orden de los Hermanos Menores, la inscribió así en la primera regla que llevó a Su Santidad el Papa Inocencio III. También le reveló Dios el saludo que los hermanos habían de dirigirse y consignó en su testamento: "Dios me ha revelado que os habéis de saludar, diciendo: ¡Que el Señor te dé la paz!"

Así en los primeros años de la Orden, cuando iba por los caminos con uno de los doce hermanos, saludaba a los transeuntes, hombres y mujeres, y a cuantos hallaba en los campos, con estas palabras: "Que Dios os conceda la paz." Pero como no habían oído nunca tal saludo de labios religiosos, quedaban atónitos. Y algunos respondían indignados: "¿Qué querrá éste con tal saludo?"

Y avergonzado un hermano dijo a Francisco:

—Permítame que dirija otro saludo.

Pero Francisco le dijo:

—Perdónales lo que dicen, pues ignoran lo que viene de Dios. Mas no te sonrojes, pues nobles y príncipes de este mundo se inclinarán respetuosos ante ti y ante los demás hermanos precisamente por este saludo. ¿No es grandioso que Dios haya querido formar un nuevo rebañito muy particular y distinto de cuantos le precedieron, por sus actos y palabras, muy satisfecho con imitar su fortaleza y su dulzura infinita y que considere glorioso recoger el desprecio de los hombres de este siglo?



VIII

**Conversión de Santa Clara. El apostolado
en Italia.**



LARA, la admirable mujer, Clara de nombre y por sus virtudes, nacida en Asís y, por tanto, co-terránea de San Francisco, reunida con él más tarde en los cielos, provenía de una raza muy ilustre. Su padre era caballero y su familia, en las dos ramas, militar. Su casa, opulenta; y la riqueza, copiosa para aquel tiempo y aquella comarca. Su madre, llamada Ortolana (hortelana o jardinera), que dió a luz esta fructuosa planta en el jardín de la Iglesia, fué también muy fértil en frutos excelentes. ¿Qué más se ha de decir? Por el fruto se conoce el árbol, y el árbol se recomienda por su fruto. Clarita, desde su tierna infancia, brilló de seguida entre las sombras del siglo con el esplendor de sus costumbres. En cuanto empezó a sentir los dardos del santo amor,

juzgó despreciables las apariencias de las flores mundanas. Bajo el ropaje precioso y delicado escondía un cilicio, por fuera florido para el mundo, por dentro para Cristo.

Cuando sus padres quisieron casarla noblemente no lo consintió y difirió con cautas excusas sus bodas terrenales, dispuesta a consagrar a Dios su virginidad.

Al enterarse de las alabanzas prodigadas a Francisco, al hombre nuevo que alumbraba con nuevas virtudes el camino de perfección abandonado en el mundo, deseó verle y oírle. También él, embelesado con la fama de tan graciosa joven, ansió verla y hablarla para arrancar, si fuera posible, la noble presa al mundo perverso. La visitó, pues, y ella le visitó también aún con mayor frecuencia. Abreviaban el tiempo de las entrevistas para que nadie se enterase de sus piadosas pláticas ni el rumor público los calumniase. Acompañada tan sólo de una amiga, su confidente, la joven salía del hogar paterno y acudía a oír al siervo de Dios, cuyas palabras le parecían urentes y las acciones sobrehumanas. El padre Francisco le inculcaba con encendidas palabras el desprecio del mundo, le demostraba la esterilidad de las esperanzas terrestres y la vanidad de las vulgares ambiciones. Le deslizaba al oído la dulzura de las bodas con Cristo, que le permitirían guardar el diamante de su virginidad para el bienaventurado esposo, que por amor se hizo hombre.

Días antes de la solemne fiesta del Domingo de Ramos la joven fué a preguntar con corazón fervoroso al siervo de Dios qué haría respecto de su con-

versión y cómo lo haría. El padre Francisco le ordenó que el día de la fiesta fuese ricamente vestida y ataviada a blandir las palmas con la muchedumbre y que de noche saliese de su palacio para trocar su alegría mundana en duelo y compasión por el sacrificio de Cristo. Al domingo siguiente la joven, radiante de lujo, entró en la iglesia, circuida de nobles señoras. ¡Y he aquí un digno presagio! Como Clara, por discreción, permaneciese inmóvil en su sitio, el obispo bajó los peldaños del altar, se acercó a ella y puso en sus manos la palma. Fiel a los consejos del Santo y a su propio deseo, la doncella se escapó de su palacio a la noche siguiente con honesta compañía. No quiso salir por la puerta ordinaria y hubo de abrir con sus propias manos y con milagrosa fuerza una poterna obstruída con tablones y pesados pedruscos. Huyó pues, abandonando casa, ciudad y familia, y se fué corriendo a Santa María de la Porciúncula, donde los hermanos que velaban en el atrio la acogieron con antorchas. Allí, desechando todas las corrupciones de Babilonia, notificó al mundo su divorcio con él. Allí cortaron manos fraternales su hermosa cabellera y se despojó de sus atavíos. En cuanto recibió ante el altar las insignias de la penitencia junto al lecho de la Virgen María, en cuanto la humilde sierva se desposó con Cristo, Francisco la llevó a la iglesia de San Pablo hasta que hallase nueva morada.

Entretanto la noticia llegó a oídos de sus padres, que con el corazón desgarrado condenaron el acto y los propósitos de la virgen. En tropel corrieron a la iglesia e intentaron sacarla de allí. Apelaron a

todo: a bárbaros reproches, a emponzoñados consejos, a promesas, caricias y amenazas para incitarle a renunciar a tal villanía, impropia de su raza y nunca vista en la comarca. En vano. La doncella, agarrada a los paños del altar, descubrió la rapada cabeza y declaró que en adelante nada le arrancaría al servicio de Dios. Su valor aumenta a medida que crece el furor de los suyos y contra la violencia redobla el amor sus esfuerzos. Durante los prolongados días de ataques y de insultos, su corazón no desmaya ni cede su fe. Al fin, sus padres, con la cabeza baja, se resignaron a la paz. Pocos días después, la joven pasó a la iglesia de San Miguel de Pavía y de allí a la de San Damián, donde se enclaustró para toda la vida.

Francisco, enardecido de amor divino, rumiaba a toda hora grandes empresas, y siguiendo gozoso el camino trillado por Dios, procuraba a toda costa lograr la suprema perfección. Al sexto año de su conversión, ansioso del santo martirio, quiso cruzar el mar para predicar la fe a los Sarracenos y a otros infieles en las regiones de Siria. Se embarcó, pues, en un navío que partía para esta comarca, pero se levantaron vientos contrarios y vióse el Santo arrojado con los demás pasajeros a las costas de Esclavonia. Allí, frustradas sus esperanzas, al cabo de algún tiempo suplicó a unos marineros, dispuestos a volver a Ancona, que le llevasen en su navío, pues en todo el año no habría barco quizás que lo trasladase a Siria. Los marineros se negaron tercamente porque el Santo no podía pagar el pasaje por carecer de dinero. Pero confiado en la bondad de Dios, se introdujo secre-



tamente con un compañero en el navío. Apenas acabaron de agazaparse, un hombre se presentó providencialmente a la vista de todos. Llevaba consigo copiosos víveres, y llamando a un marinero temeroso de Dios, le dijo:

—Toma esto y sírvelo lealmente a los dos pobres ocultos en la bodega del barco.

Así lo hizo. Y he aquí que a consecuencia de un largo temporal los remeros agofaron las fuerzas y los víveres y no quedaron otras provisiones que las del pobre Francisco, las cuales, multiplicadas por la gracia divina, bastaron ampliamente para las necesidades de todos durante los muchos días que aun duró la navegación. Y los marineros, viendo que habían escapado a los peligros del mar por el siervo de Dios, Francisco, dieron gracias al Señor Todopoderoso, que se manifiesta siempre admirable y amoroso con sus siervos.

Francisco, en cuanto desembarca, recorre la tierra; la ara con la reja de su palabra, siembra en ella el grano de vida, y como frutos bendecidos ve que numerosos ciudadanos, buenos y capaces, clérigos y laicos, huyen del mundo, escapan del diablo por la gracia y voluntad del Todopoderoso y le siguen en sus actos y en sus pensamientos.

Sin embargo, no se entibia su ardiente ansia del martirio. Al cabo de algún tiempo se dirige a Marruecos para predicar el Evangelio de Cristo al Miramamolín y a sus secuaces. De tal modo le embarga este deseo, que en ocasiones deja atrás a su compañero y vuela como ebrio hacia su fin. Pero el bondadoso Dios se dignó piadosamente acordarse de sus compañeros y de tantos otros.

Cuando Francisco puso el pie en España, Cristo se le apareció, y para que no fuese el Santo más lejos le envió una enfermedad que le obligó al siervo de Dios a volver sobre sus pasos.

Poco después regresó a la iglesia de Santa María de la Porciúncula y vió que se le unían bondadosamente algunos letrados y señores principales. Como era muy noble y rico de fe, los recibió honorable y dignamente, tratando piadosamente a cada uno de modo adecuado. Porque es menester decir que el Santo tenía una extraordinaria facultad de trato social y guardaba prudentemente en las relaciones con todos las consideraciones debidas a la dignidad de cada clase.

Si bien quería que sus hijos viviesen en paz con todos los hombres y se empequeñeciesen ante todos, les enseñó, sin embargo, que extremasen su humildad y su dulzura con los clérigos. El les daba el ejemplo y les decía:

—Se nos ha enviado en ayuda de los sacerdotes para salvar las almas; hemos, pues, de suplir lo que les falte. Cada uno recibirá su recompensa, no en atención a su clase y autoridad, sino según su mérito y su obra. Sabed, hermanos míos, que la cosecha de almas es la más grata a Dios, y se logra mejor con la concordia que con la guerra. Si los propios sacerdotes impiden a veces la salvación de los pueblos, Dios será el vengador y les dará el condigno premio en su hora. Someteos, pues, a los prelados y no surja por vosotros nunca la cizaña. Si sois hombres de paz, atraeréis a la vez a los pueblos y a los clérigos, lo cual Dios juzgará más provechoso que si atraéis sólo a los pue-

blos con gran escándalo de los sacerdotes. Cubrid, pues—repetía—, sus debilidades, suplid sus numerosos defectos, y cuando ya lo hayáis hecho, sed más humildes todavía.

En cierta ocasión Francisco llegó a Imola, ciudad de la Romaña, y se presentó al obispo para pedirle licencia para predicar. A lo cual el obispo respondió:

—Hermano, ya predico yo a mi pueblo, y esto basta.

Francisco bajó la cabeza y muy humildemente se despidió y salió; pero no había aún transcurrido una hora cuando se presentó por segunda vez.

—¿Qué quieres, hermano? ¿Qué pides aún?—preguntó el obispo.

Y Francisco replicó:

—Cuando un padre expulsa a su hijo por una puerta, no está mal que el hijo entre por otra.

El obispo, vencido por tanta humildad, le abrazó jubilosamente y le dijo:

—Tú y tus hermanos podéis predicar cuanto queráis en mi obispado: os autorizo; bien lo merece vuestra santa humildad.

En ocasión en que monseñor Hugo, obispo de Ostia, desempeñaba las funciones de legado de la Sede Apostólica en Toscana, como frecuentemente acontecía, Francisco, que tenía aún pocos hermanos en Francia y quería visitarla, se detuvo en Florencia, donde a la sazón moraba el obispo. No existía aún entre los dos gran familiaridad; pero la reputación de sus santas vidas los unía ya con lazos mutuos de caridad y de afecto. Francisco, en cuanto entraba en una ciudad o en una comarca,

solía inmediatamente visitar a los prelados y a los sacerdotes. Habiéndose enterado, pues, de la estancia de tan gran prelado, se presentó muy respetuosamente a su clemencia. El señor obispo lo acogió con afable sencillez, como acogía siempre a todos los representantes de la santa religión. Y como en todo momento ansiaba subvenir a las necesidades de los pobres y atender a sus asuntos, le preguntó con interés la causa de su viaje, y en seguida comprendió benévola mente sus intenciones. Al verle tan desdeñoso de las cosas terrestres y tan inflamado del espíritu que Jesús esparció por el mundo, sintió su alma íntimamente unida a la del Santo, y como éste le pidiera piadosamente licencia para predicar, agradecido le ofreció su apoyo en todo y para todo. Le incitó, sin embargo, a desistir del viaje y a dedicarse con esmero al cuidado y guarda de aquellos que el Señor le había confiado. Y cuando el bienaventurado Francisco le dijo que quería evangelizar a Francia, le prohibió que fuese, diciéndole:

—Hermano, no quiero que vayas allende los montes; hay allí muchos prelados que se opondrán fácilmente a todo beneficio que tus religiosos logren de la corte romana. Por el contrario, yo y los demás cardenales, amantes de esta religión, la protegeremos y apoyaremos mejor si continúa en el ámbito de esta provincia.

Y el bienaventurado Francisco le dijo:

—Señor, es vergonzoso para mí que mientras envío a hermanos míos a lejanas comarcas, permanezca en este país sin participar de las tribulaciones que han de soportar por el Señor.

Y el obispo le respondió a guisa de reproche:

—¿Por qué, pues, envías tan lejos a tus hermanos a que mueran de hambre y sufran otros muchos infortunios?

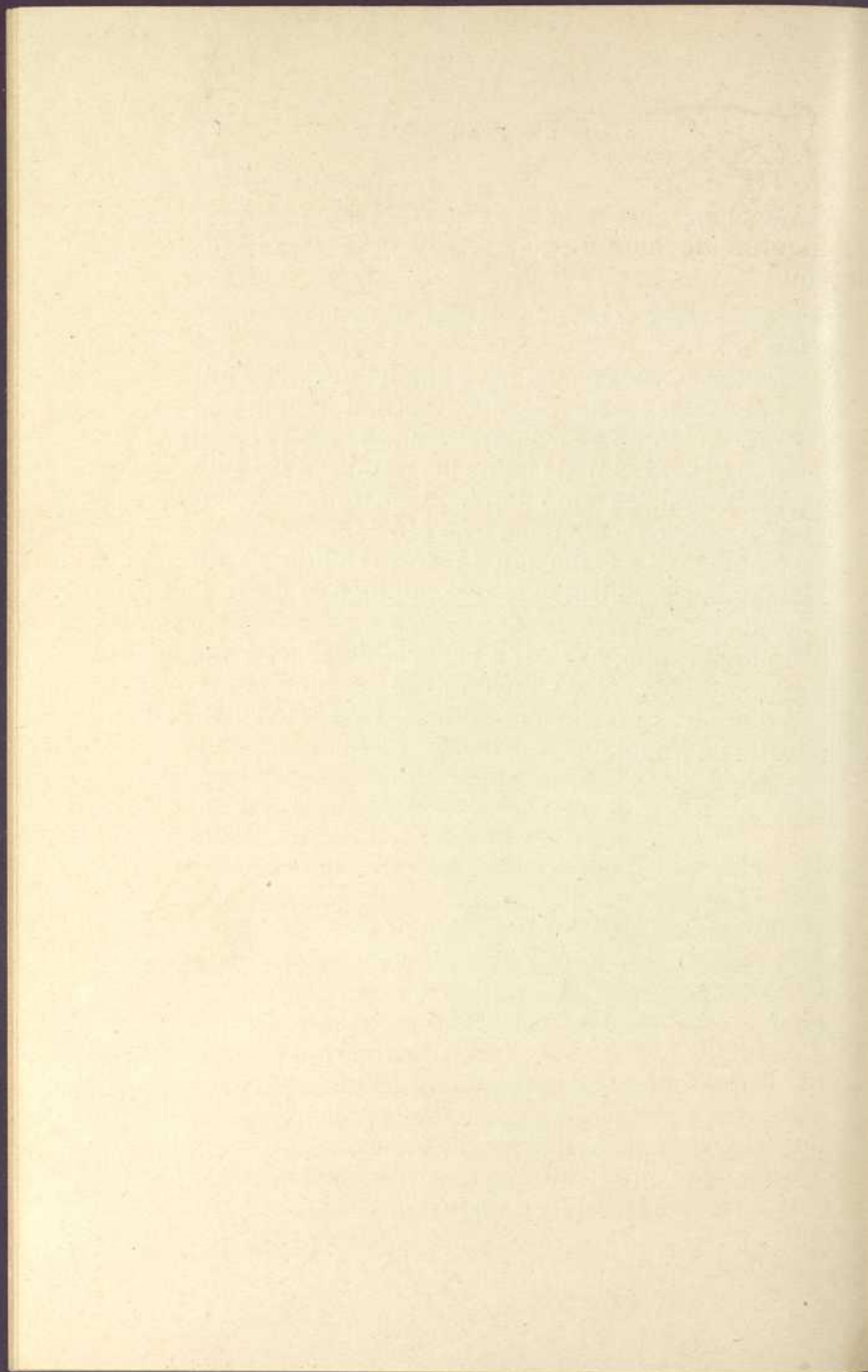
Pero Francisco le replicó con gran viveza y espíritu profético:

—Señor, ¿creéis acaso que Dios ha enviado sólo hermanos para este país? En verdad le digo que Dios ha escogido y enviado hermanos para el provecho y la salvación de todos los hombres. No sólo en tierra de fieles, sino también en la de infieles, serán acogidos y conquistarán almas.

El obispo de Ostia quedó sorprendido al oír estas palabras, afirmando que también él decía la verdad.

No le permitió, pues, ir a Francia. Pero el bienaventurado Francisco envió allí al hermano Pacífico con otros muchos religiosos. El santo volvió al valle de Espoleto.







IX



Retrato físico y moral de San Francisco.



H! ¡Qué grande nos parece—dice Tomás de Celano—, qué magnífico, qué glorioso en la inocencia de su vida, en la sencillez de su lenguaje, en la pureza de su corazón, en su tierno amor a Dios, en su caridad

con las criaturas, en su fervorosa y sumisa obediencia, en su aspecto evangélico! Sus modales eran bondadosos, su índole apacible, sus palabras afables; como consejero muy complaciente, fiel siempre a sus promesas, previsor en la idea, resuelto en la acción, muy indulgente en todo.

Noble de inteligencia, tierno de alma, sano y claro de espíritu, ya en el éxtasis de la contemplación, ya en el ejercicio asiduo de la elocuencia, ardoroso y ferviente en todas las cosas.

Constante en sus propósitos, firme en la virtud,

perseverante en la bondad, en todo y siempre el mismo.

Pronto a perdonar, tardo en airarse, sin freno la imaginación, la memoria opulenta, sutil en la disputa, circunspecto en la conclusión, severo consigo, compasivo con los demás, siempre discreto.

Era hombre muy elocuente, alegre de aspecto, de rostro amable, tan desprovisto de grosería como de insolencia. De estatura mediana o más bien bajo, la cabeza ordinaria y redonda, el rostro algo alargado y prominente, la frente estrecha y plana, los ojos medianos, negros y francos, el pelo castaño, las cejas rectas, la nariz regular, recta y fina, las orejas erguidas pero pequeñas, las sienes aplastadas, la lengua flexible urente y afilada, la voz vehemente y dulce, clara y sonora, dientes apretados, iguales y blancos; los labios delgados y finos, la barba negra y rala, el cuello largo y delgado, las espaldas rectas, los brazos cortos, las manos pequeñas, los dedos alargados, las uñas salientes, las piernas esbeltas, los pies pequeños, la piel delicada y el cuerpo escaso de carnes. El ropaje basto, el sueño corto, la mano generosa y siempre abierta. Y como era muy humilde, practicaba la mansedumbre con los hombres, adaptándose útilmente al modo de ser de cada uno. El más santo de los santos, casi parecía un pecador más entre los pecadores.

Aunque muy dispuesto a salir del mundo como de un lugar de destierro y peregrinación, gozaba sin embargo el feliz viajero de todo lo que en él hallaba, pues doquiera veía un campo de lucha

contra los Príncipes de las finieblas y el más claro espejo de la belleza divina.

En toda obra admira al artifice. Toda creación le transporta al Creador. Arrobadado ante todas las obras de las manos divinas, cual si fuesen espectáculos de perenne gozo, aprehende la causa y la razón vivificantes. Entre estas bellezas, discierne las más hermosas, pero tiene por buenas a todas y a voces le repiten: "Lo más bello, lo más bueno, lo mejor, es el que nos ha hecho." Todas le sirven de escalera para subir hasta el trono del Bien-Amado.

Nunca apaga vela, farol ni lámpara alguna, pues no quiere extinguir con sus manos una luz, que puede ser un llamamiento de la luz divina.

Anda respetuosamente sobre las piedras pensando en aquel que se llama Pedro. Y cuando ha de decir el versículo "Me edificaste sobre la piedra", agrega para hablar con mayor respeto: "Me erigiste sobre la huella de tus pies."

Cuando sus hermanos cortan ramas, les prohíbe que mutilen todo el árbol para no matar en él la esperanza de multiplicarlas de nuevo. Ordena al jardinero que no amojone con zanjas el jardín para que al año siguiente el verdor de los árboles y la sonrisa de las flores canten sin cortapisas al Padre admirable de todas las cosas. Quiere que en la huerta se destine un jardinillo a plantas de aromas flores, que recuerden a cuantos las vean la suavidad de los perfumes eternos. Separa del camino a los gusanillos para que sus pies no los chafen. Llama hermanos a todos los animales, si bien prefiere a los más apacibles.

Yendo una vez por el valle de Espoleto, llegó a un sitio cerca de Bevagna, en que se habían aglomerado numerosos pajarillos. En cuanto los vió Francisco, como hombre de piadoso fervor, henchido de gran amor, de piedad y de dulzura, aun respecto de seres inferiores e irracionales, corrió hacia ellos, dejando allí a sus camaradas. Ya una vez cerca, al ver que le esperaban, los saludó según su costumbre, y maravillado de que no echasen a volar, como suelen hacer, alborozado y sorprendido les suplicó humildemente que oyesen la palabra de Dios. Y les dijo entre otras cosas:

Pájaros, hermanos míos, debéis bendecir y amar siempre a vuestro Creador, pues os da plumaje con que cubriros, alas para volar y cuanto os es preciso. Dios realmente os ha ennoblecido dándoos por morada el puro espacio. El os protege y os prodiga el sustento, sin que os molestéis en sembrar ni cosechar.

Mientras hablaba, los pajarillos diéronse a saltar cada cual a su modo, a estirar el cuello, a batir las alas, a abrir el pico y a mirarle. Y él iba y venía entre ellos rozando con la túnica sus cuerpos y cabezitas. En fin, los bendijo, y haciendo la señal de la cruz, les concedió licencia para emprender el vuelo. Luego el bienaventurado padre reanudó la marcha con sus compañeros alborozado y dando gracias al Señor, que acaban, suplican y veneran todas las criaturas.

Como había llegado a ser inocente, más por gracia que por su índole, desde aquel día empezó a echarse en cara su descuido por no haber predicado antes a los pájaros, que tan respetuosamente

escuchan la palabra de Dios. Así, desde entonces, exhortó a las aves, a los reptiles, a todo animal y aun a los objetos invisibles a que alabasen y amasen al Creador, conociendo por experiencia la docilidad de todos los seres.

En cierta ocasión llegó al castillo de Alviano para predicar la Divina Palabra, y al efecto subió a un montículo para que todos le vieran y empezó suplicando el silencio. Todos callaron y prestaron atención, excepto un numeroso tropel de golondrinas chillonas y parleras que alborotaban en torno de sus nidos. Como no dejaban oír la voz de Francisco, éste se dirigió a aquellas parlanchinas diciendo:

—Golondrinas, hermanas mías, es hora de que hable yo también, pues vosotras ya habéis hablado bastante. Oíd, pues, la palabra de Dios y permaneced quietas y calladas hasta que termine mi sermón.

Los pajarillos, con gran asombro de todos los asistentes, callaron de pronto y ya no se movieron hasta la terminación de la plática. Todos visto el prodigio, llenos de admiración, se fueron diciendo:

—Realmente este hombre es un Santo y devoto del Todopoderoso.

Y antes se acercaron apiñados para tocar con sus manos el sayal del Santo, alabando y bendiciendo a Dios.

Hallándose en cierta ocasión en un paraje contiguo al castillo de Greccio, un hermano le trajo vivo un lebrato cogido por el cuello. Al verlo el bienaventurado padre, compadecido, le dijo:

—Lebrato, hermano mío, ven a mí. ¿Por qué te has dejado coger?

Apenas soltaron al animal, se lanzó hacia Francisco y se refugió en su seno, donde se agazapó como en seguro asilo. El Santo le dejó reposar allí breves momentos y luego le tranquilizó maternalmente y lo soltó para que volviera libre a su bosque. Pero el animalito cuantas veces lo dejaron en el suelo otras tantas volvió a los brazos del Santo; hubo de ordenar éste al hermano que lo llevase hasta el contiguo bosque. Lo mismo ocurrió con un conejo de monte en una isla del lago de Perusa y con un pescado cogido en el lago de Reaturo que le presentaron. El santo devolvió el pez a las aguas, y cada vez que subía a la barca para cruzar la laguna, el pez salía a jugar en torno de la barquilla.

—Los que vivimos con el bienaventurado Francisco y escribimos esto, afirmamos que le oímos decir muchas veces: “Si hablase con el emperador, le inspiraría y suplicaría que dictase una ley especial para que nadie cogiese, matase ni hiciese daño a nuestras hermanas las alondras. Asimismo debiera ordenarse a los magistrados de las ciudades y a los dueños de castillos y granjas que destaquen unos cuantos hombres para echar trigo y otros granos por caminos y veredas, para sustento de nuestras hermanas las alondras y demás pajarillos. Por lo menos, en fiesta tan solemne como el día de Navidad, debieran, en honor del hijo de Dios acostado por la bienaventurada Virgen en el pesebre entre el buey y el asno, todos cuantos posean un asno y un buey, darles esa noche mejor pienso, así como al día siguiente los ricos debieran hartar generosamente a los pobres.”

En cierta ocasión, estando Francisco sentado a la mesa con su compañero, dos pájaros, macho y hembra, yendo en busca de alimento para sus hijuelos, se acercaron y empezaron a picotear migas de la mesa a su placer. El Santo se alborozó, los acarició según su costumbre y les dió viveres aquella temporada. Y un día el padre y la madre llevaron sus hijuelos a los frailes, hijuelos alimentados casi a expensas de los religiosos, y una vez los dejaron, ya no parecieron más. Los polluelos se familiarizaron con los frailes, se ponían en sus manos, y vivieron en la casa como familia más que como huéspedes. Huían de los seculares y parecían hijos del propio Santo. Francisco, al reparar en ello, se admiró e invitó a los hermanos a alborozarse:

—Ved, ved lo que han hecho nuestros hermanos los pardillos como si estuviesen dotados de razón. Nos han dicho: "Aquí tenéis, hermanos, a los hijitos alimentados con migas de vuestra mesa. Disponed de ellos como os plazca. Nosotros vamos a buscar otros lares." Los pajarillos, desde entonces, vivieron con los frailes y compartieron su mesa, hasta que la avaricia vino a perturbar la paz. En efecto, el pájaro más grandullón dióse a perseguir a los más pequeños, y cuando ya se había hartado, por avaricia, no los dejaba acercarse a la comida. "Ved—dijo el Santo—lo que hace ese avaro. Se ha hartado de comer y aun fiene celo de sus hermanos. Morirá de mala manera."

El castigo fué inmediato. El verdugo de sus hermanitos subió a un vaso lleno de agua para beber, y de pronto se tumbó el vaso y lo ahogó, y no

hubo gato ni ningún otro animal que se atreviese a tocar al bicho maldecido.

Sería muy prolijo y hasta imposible enumerar y recoger cuanto hizo el glorioso padre Francisco mientras vivió en su ropaje mortal. ¿Quién podría expresar la gran ternura que le transportaba por cuanto viene de Dios? ¿Quién sería capaz de referir los goces de su encanto al contemplar la sabiduría, el poder y bondad del Creador respecto de sus criaturas? ¡De qué maravilloso e inefable gozo se henchía al ver el sol y la luna, al contemplar las estrellas y el firmamento! ¡Oh piedad ingenua! ¡Oh santa sencillez! Ardía de amor hasta por los gusanillos, por lo que dijo Cristo: "Soy gusano de tierra y no hombre." Y los recogía del suelo, si topaba con alguno en su camino, y lo llevaba a sitio seguro, para impedir que los chafasen los pies de los transeuntes. ¿Qué diremos respecto de otros bichos? En invierno mandaba que llevasen miel y vino a las abejas para que no muriesen de frío; gustaba de alabar la utilidad de sus trabajos y el valor de su inteligencia. Dedicaba días enteros a ensalzarlas y a alabar a otros animales.

Como los tres mancebos hebreos que en la antigüedad incitaban, envueltos en las llamas ardientes del horno, a todos los elementos a alabar y a glorificar al Creador del universo, así este hombre henchido de espíritu divino sin cesar glorificaba, ensalzaba y bendecía al Creador y Rector de todas las cosas en todos los seres y elementos.

Es indecible la alegría que rebosaba su alma cuando veía la gracia y abigarrada pompa de las flores y cuando percibía la suavidad de sus aro-

mas. Este espectáculo remontaba su visión a la belleza de aquella flor surgida del árbol de Jessé, acariciada por las brisas primaverales, que con su perfume resucitó a millares de muertos. Y siempre que a sus ojos se ofrecía el espectáculo de numerosas flores reunidas, las predicaba, incitándolas a alabar al Señor, como si fueran seres vivientes y razonables. Y asimismo se dirigía a las mieses y a los viñedos, a todas las galas de los campos, a las linfas de las fuentes, al follaje de los jardines, a la tierra y al fuego, al aire y al viento, exhortándolos, con pura candidez, al amor y al culto de Dios.

En una palabra, llamaba hermanos a todos los seres y elementos, y discernía de modo exquisito, que él conocía, con la perspicacia de su corazón, cuanto hay recóndito en ellos, como hombre evadido de la tierra y ya libre en la gloria del Hijo de Dios.

Conmovíale también la inteligencia del hombre. En cuanto oía pronunciar tu santo nombre, ¡oh Señor!, rebosaba alegría y se henchía de tan casto deleite, que parecía otro hombre y de otras edades. Doquiera hallaba un papel escrito, sacro o profano, en el camino, en casa o sobre las losas, recogíalo con el mayor respeto y lo ponía en lugar seguro, sagrado u honesto, por si en él figuraba el nombre de Dios o algo que a Dios se refiriese. Y como en cierta ocasión le preguntasen algunos hermanos por qué recogía tan cuidadosamente todos los escritos, aun los paganos, que no contenían el nombre de Dios, replicó:

—Hijos míos, porque encierran letras que for-

man el glorioso nombre. Además, lo que haya de bueno en ellos no pertenece al presente, ni sólo a algunos hombres, sino exclusivamente a Dios, de donde procede todo bien.

Y lo que es no menos admirable: cuando dictaba una carta, ya de felicitación, ya de exhortación, no toleraba que se borrara ni una palabra, ni aun una sílaba sobrante o inadecuada.





X

El Papa Honorio III.



El siervo de Dios Francisco era experto, no en buscar para sí, sino en agenciar para los demás cuanto contribuyese a su salvación. Por su parte, sólo anhelaba embeberse y vivir en Cristo. Su gran preocupación era li-

berfarse de todas las cosas de este mundo para que el contagio del polvo de la tierra no turbase, ni siquiera una hora, la serenidad de su alma. Sordo al tumulto exterior, dábase enteramente a Dios, reconcentrando para ello con todas sus fuerzas las emociones de sus sentidos y los resortes de su alma. Anidaba en las grutas de las rocas y escogía por morada la caverna de las maceraciones. Sentíase feliz visitando los refugios de los célibes, y en ellos permanecía casi siempre como anonadado en los padecimientos

del Señor. Por ello elegía con frecuencia los parajes solitarios para reconcentrar todo su espíritu en Dios. Y, sin embargo, huía al punto de la soledad en cuanto se le presentaba la coyuntura de mezclarse en los negocios humanos y de trabajar con ardor en la salvación de los demás. Acogíase a la plegaria como a seguro asilo, no a la de un instante, huera y presuntuosa, sino a la plegaria larga y fervorosa en la paz de la humildad.

Si empezaba el rezo por la tarde, acabábalo al amanecer. En marcha, sentado, comiendo y bebiendo, continuaba su oración. De noche acudía a las iglesias abandonadas y a los parajes solitarios: allí, con la protección divina, vencía todo género de terrores y de angustias.

Realmente era extraordinariamente constante, y sólo pensaba en las cosas del Señor. Cuando predicaba, y ello ocurría con frecuencia, ante millares de hombres, estaba tan tranquilo como si conversase con sus más íntimos compañeros. Parecíale un sólo oyente la más numerosa concurrencia, y predicaba con el mismo celo a un solo hombre que a una muchedumbre. La lucidez de su espíritu de antemano le tranquilizaba respecto de la firmeza de su palabra, y sin prepararse, comunicaba a todos cosas nuevas y maravillosas.

Si no le venía a la memoria el discurso meditado y no sabía qué decir a la concurrencia, sin rubor confesaba públicamente que había rumiado muchas cosas, de las que casi nada recordaba: pero al punto improvisaba tan elocuente discurso, que las almas de los oyentes quedaban prendadas de admiración. Y a veces, no sabiendo qué decir

se limitaba a hacer un gesto o a bendecir al pueblo, que se marchaba con sólo eso profundamente edificado.

Por entonces murió el venerable cardenal monseñor Juan de San Pablo, asiduo consejero y protector de Francisco, que enalteció siempre ante los demás cardenales la vida y hechos del Santo y de sus hermanos, incitándoles a amar al siervo de Dios y a sus colegas; tanto, que algunos purpurados quisieron tener cerca de ellos algunos religiosos de la Orden, no para confiarles algún servicio, sino simplemente por el ambiente de santidad que consigo traían.

Fallecido Juan de San Pablo, Dios inspiró a otro cardenal llamado Hugolino, a la sazón obispo de Ostia, la idea de amar, proteger y apoyar al bienaventurado Francisco y a sus hermanos. Y realmente se portó con ellos tan acendradamente cual si hubiese sido el padre de todos, aún con más amor y ternura que naturalmente siente el padre carnal por sus hijos. Sabedor de ello el siervo de Dios acudió a él con sus hermanos. Los recibió jubiloso y les dijo:

—Os brindo mi apoyo, consejo y ayuda en todo, doquiera y como os plazca.

Entonces el bienaventurado Francisco, dadas gracias a Dios, dijo al señor cardenal:

—Monseñor, quiero teneros por padre y defensor de nuestra Orden, y quiero que todos los hermanos os encomienden todos los días en sus oraciones.

En seguida Francisco le rogó que se dignase asistir por Pentecostés al Capítulo de la Orden, lo

cual monseñor aceptó en seguida benévolamente, y desde entonces acudió todos los años a las susodichas asambleas. Todos los frailes salían procesionalmente a su encuentro cuando iba al Capítulo. En cuanto los veía, bajaba del caballo, y con ellos se dirigía a pie a la iglesia de Santa María de la Porciúncula. Y en ella celebraba la Misa, y el siervo de Dios, el bienaventurado Francisco, cantaba el Evangelio.

A los once años de la fundación de la Orden, el número de los hermanos había tanto aumentado, que hubo necesidad de elegir ministros y hermanos que fuesen a todas las partes del mundo en que se observa y practica la religión cristiana. En algunos sitios se les recibía, pero no se les consentía habitar. En otros se les rechazaba porque los tenían por infieles. Y aunque el Papa Inocencio III había aprobado la Orden y la regla, como no lo había consignado por escrito, los hermanos hubieron de soportar de clérigos y seglares mil y mil tribulaciones. De diversas provincias viéronse obligados a huir tan necesitados y afligidos, saqueados y golpeados por bandoleros, que volvieron al lado del bienaventurado Francisco llenos de pena y amargura.

Eso les ocurrió allende los montes, en Alemania, en Hungría y en otras numerosas comarcas.

Francisco hubo de acudir a Roma para abogar por su Orden. Ardía en deseos de hablar con el nuevo Papa Honorio y los venerables cardenales. Al saberlo monseñor Hugolino, el glorioso obispo de Ostia, que veneraba y quería singularmente al siervo de Dios, se alegró y consternó al mismo

tiempo, pues por una parte admiraba el calor del santo, y por otra tenía presentes su candor y sencillez. Sin embargo, confiando en la misericordia del Todopoderoso, lo presentó al Papa y a los venerables cardenales. Ahora bien: Francisco, ya en presencia de tan elevadas personalidades, en cuanto le concedieron licencia y la bendición, empezó a hablar intrépidamente. Puso tal calor en sus palabras y tal desbordamiento de alegría, que mientras brotaban de sus labios movía los pies saltando, danzando casi, no como gracia, sino como abrasado por el fuego del amor divino, y así, en vez de provocar risas, arrancó a los presentes gemidos de dolor. Muchos, conmovidos, admiraron la gracia de Dios y el brío de aquel hombre, mientras que el venerable obispo de Ostia, roído de inquietud, pedía a Dios con toda el alma que no se menospreciase la sencillez de su bienaventurado siervo, cuya gloria y honor recaerían sobre él convertido en padre de la nueva familia.

En efecto, Francisco había quedado ligado a él como un hijo único a su padre y a su madre, y reposaba y dormía tranquilo en el regazo de la clemencia del cardenal. Realmente el obispo de Ostia desempeñaba la función y la tarea de verdadero pastor, aunque dejaba este título al Santo. ¡Oh, cuántos, sobre todo al principio, se valieron de ardides para ahogar en flor el nuevo plantel religioso! ¡Cuántos discurrieron no poco para agostar el selecto viñedo plantado recientemente por la mano benigna del Señor! ¡Cuántos trataron de robar los primeros frutos puros y sabrosos! Pero todos cayeron abatidos y anonadados por la espada

del buen padre y venerable superior. Era éste, en efecto, torrente de elocuencia, muro de la Iglesia, defensor de la verdad, amigo de los humildes. ¡Bendito sea el día venerable en que el siervo de Dios se confió a tan respetable maestro!

Merced, pues, a monseñor Hugolino, cardenal de Ostia, el Papa aprobó, suspendiendo la bula, la nueva regla dictada por Nuestro Señor y redactada por el bienaventurado Francisco. Por esta regla se prolongaba la duración del Capítulo para ahorrar fatigas a los hermanos, que moraban en lejanas regiones. Francisco, además, pidió al Papa Honorio que le concediese un como padre de su Orden y el nombramiento recayese en el cardenal de Ostia, al cual recurriesen los hermanos en sus necesidades.

Una visión, que tuvo al parecer, le indujo a solicitar la designación del cardenal y a encomendar la Orden a la Iglesia Romana. Vió, en efecto, una gallinita negra con patas emplumadas como las de las palomas domésticas, madre de tantos polluelos que no podía cobijarlos bajo las alas y por ello vagaban dispersos a la ventura y sin defensa por los alrededores. En cuanto despertó del sueño, el siervo de Dios púsose a rumiar la visión. El Espíritu Santo le inspiró que era él la gallinita y se dijo: "Soy yo, en efecto, esa gallina pequeña y negra, que ha de ser sencilla como la paloma y ha de volar en alas del puro amor al cielo, con pies emplumados de alegría." Levantóse y predicó que había sido inspirado únicamente por la unción del Espíritu Santo. Y terminada la predicación, encomendó su Orden al Papa y a todos los cardena-

les. Con esta predicación, el Papa y los cardenales se consolaron y alborozaron, y sus corazones se sintieron tiernamente conmovidos de amor por la nueva religión.

En seguida, el bienaventurado Francisco dijo al Santo Padre:

—Señor, me conmueven los desvelos y constantes fatigas que habéis de sufrir por la guarda de la Iglesia de Dios y me abruma los cuidados e inquietudes que tomáis por nosotros, pobres hermanos menores. Y cuando tantos nobles, tantos ricos y tantos religiosos no pueden llegar hasta Su Santidad, qué temor y confusión no hemos de abrigar nosotros, más pobres e inquietados que los demás religiosos, no sólo al llegar a vuestro lado, sino al permanecer cerca de vuestra morada y con la esperanza de llamar al tabernáculo de las virtudes cristianas! Suplico, pues, humilde y devotamente a Su Santidad que se digne concedernos como padre a monseñor de Ostia, para que los hermanos recurran a él en caso de necesidad, salvando siempre el respeto debido a vuestra preeminencia.

La petición agradó al Papa. Y accediendo a los deseos del bienaventurado Francisco, instituyó a monseñor de Ostia dignísimo protector de la Orden. Monseñor, aceptado el mandato del Pontífice, puso en seguida manos, a guisa de verdadero protector, en defensa de la Orden. Escribió a muchos obispos que habían perseguido a los hermanos, que cesasen en su hostilidad y les apoyasen y aconsejasen en su predicación y al instalarse en sus provincias, pues eran buenos y santos religio-

sos aprobados por la autoridad de la Sede Apostólica. En los mismos términos enviaron también cartas a muchos cardenales.

En la reunión del siguiente Capítulo, el bienaventurado Francisco autorizó a sus ministros para recibir hermanos en la Orden y los envió a las susodichas provincias con cartas de los cardenales y con la regla acrecida con la bula apostólica. Todos los prelados, al ver los testimonios aducidos por los hermanos, les autorizaron generosamente a construir conventos y a habitar y predicar en sus provincias.

Cuando monseñor de Ostia fué a Santa María de la Porciúncula a asistir al Capítulo, quiso ver el dormitorio de los hermanos, acompañado de muchos clérigos y caballeros.

Al ver que los hermanos se acostaban en tierra sobre un poco de paja y ramas espinosas, se echó a llorar ante todos, exclamando:

—¡Así duermen los hermanos, cuando nosotros, miserables, tenemos tantas cosas superfluas! ¿Qué será de nosotros?

El y los demás salieron de allí verdaderamente edificados. El bienaventurado Francisco, viendo el afecto sincero de monseñor de Ostia a los hermanos, le prodigó por su parte intenso cariño. Y como por revelación previsor de la Providencia sabía que sería mañana Soberano Pontífice, se lo anunciaba en cuantas cartas le escribía, llamándole Padre de todo el mundo y poniendo en la dirección: "Al muy venerable en Dios, Padre del mundo entero."

Estando Francisco en Santa María de la Por-

ciúncula, una noche Dios le reveló que debía dirigirse a Su Santidad Honorio, a la sazón en Perugia, para pedirle que otorgase una indulgencia a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, restaurada por sus manos. A la mañana siguiente se levantó y llamó a su compañero el hermano Maseo de Miragnano y con él fué a ver al Papa Honorio, al cual dijo:

—Santo Padre, acabo de reparar nuevamente y de arreglar una iglesia en honor de la Virgen gloriosa. Vengo a suplicar a Su Santidad que le concedáis una indulgencia; es preciso, para enriquecerla, que extendáis sobre ella vuestra mano protectora.

Y el Santo Padre le respondió:

—Dime, ante todo, cuántos años de perdón y qué indulgencias quieres que conceda a esa iglesia.

Francisco respondió:

—Santo Padre, plegue a Vuestra Santidad no conceder años, sino almas—y agregó—: Santo Padre, quiero, con el beneplácito de Vuestra Santidad, que todo el que entre en esta iglesia confesado, contrito y absuelto por un sacerdote, se redima en el cielo y en la tierra de toda culpa y castigo y desde el día de su bautismo hasta el punto y hora de su entrada en la susodicha iglesia.

El Papa respondió:

—Mucho pide Francisco: la Santa Sede no suele otorgar tales indulgencias.

Pero Francisco repuso:

—Señor, lo que pido no sale de mi cabeza; procede de Aquel que me ha enviado, esto es, de Nuestro Señor Jesucristo.

Entonces el Papa le respondió, diciendo tres veces:

Plácenos que tengas esta indulgencia.

Pero los cardenales allí presentes, asombrados, dijeron:

— Considerad, señor, que si le concedéis esta indulgencia perderéis las indulgencias de allende el mar.

Y el Papa respondió:

— Ya le hemos concedido esta indulgencia y no podemos ni debemos retirarla ni invalidar lo que hemos hecho. Modifiquémosla, sin embargo, y reduzcámosla así: no se concede más que para un solo día.

Entonces llamó a Francisco y le dijo:

— He aquí lo otorgado: desde hoy concedemos que todo el que entre en la susodicha iglesia contrito y bien confesado, quede absuelto de toda falta y castigo. Y queremos que este privilegio sea valedero todos los años y a perpetuidad, durante un día natural desde las primeras vísperas hasta las vísperas del día siguiente.

Entonces el bienaventurado Francisco inclinó la cabeza y salió; pero el Papa, viendo que se iba, le llamó y le dijo:

— ¡Oh!, simple como el más simple, ¿dónde vas? ¿Qué pruebas te llevas de esta indulgencia?

Y el bienaventurado Francisco respondió:

— Santo Padre, me basta vuestra palabra. Si la obra es de Dios, Dios mismo la manifestará completamente.

Poco después, fallecido el Papa Honorio III, fué elegido Soberano Pontífice monseñor de Ostia,

con el nombre de Gregorio IX. Fué hasta el fin de su vida el principal bienhechor y protector de los hermanos y de los demás religiosos, pero sobre todo de los pobres de Cristo, lo cual hace suponer con fundamento que fué a su vez admitido en la asamblea de los santos.

En la ciudad de Roma coincidieron en cierta ocasión las dos espléndidas lumbreras del mundo, Francisco y Domingo, y un día, en presencia de monseñor de Ostia, que fué luego Gran Pontífice, se explayaron los dos hablando de Dios con palabras de miel.

Monseñor dijo al final:

—En la Iglesia primitiva, pastores y prelados eran pobres y los hombres vivían enardecidos de caridad, no de codicia. ¿Por qué, pues, no hemos de nombrar a hermanos nuestros obispos y prelados, que aventajen a todos en saber y ejemplaridad?

Hubo entonces entre los dos santos humilde y piadosa lucha al contestar; no lucha presuntuosa, sino de deferencia, pues cada uno quería que el otro hablase el primero. Por fin venció la humildad de Francisco, que fué el primero en no contestar, y venció también Domingo, pues fué el primero en obedecer, pero dando humilde respuesta.

Domingo, pues, contestó:

—Señor, mis hermanos se avendrán gustosos a ser prelados, si así lo desean; pero en cuanto de mí dependa no consentiré jamás que ambicionen el brillo de esas dignidades.

A su vez, el bienaventurado Francisco se inclinó y dijo:

— Señor, mis hermanos se llaman menores y no han de pretender ser mayores. Su vocación les enseña a permanecer abajo y a seguir las huellas de la humildad de Cristo para ser al fin elevados, más que los demás, en la visión de los santos. Si queréis que den sus frutos en la Iglesia de Dios, mantenedles, conservadles en el estado de su vocación, y si quieren subir a las cimas, arrojadles violentamente al llano. No permitáis nunca que asciendan a la prelación.

Tal fué la contestación del Santo, que edificó mucho a monseñor de Ostia y le impulsó a dar no pocas gracias a Dios.

Salieron juntos y en el camino Domingo suplicó a Francisco que se dignase darle el cordón que le ceñía. Francisco, por humildad, se opuso a lo que por caridad pedía Domingo. Triunfó, no obstante, la devoción del peticionario, y Domingo, logrado con caritativa violencia el cordón de Francisco, se lo ceñió bajo la túnica y desde entonces lo llevó siempre ceñido.

Al despedirse se apretaron las manos y se encomendaron muy afablemente a sus mutuas oraciones. Y Santo Domingo dijo a San Francisco:

— Quisiera, hermano Francisco, que tu religión y la mía fuesen una sola y viviésemos del mismo modo en la Iglesia.

En fin, cuando se separaron, Domingo dijo a los muchos que le rodeaban:

— En verdad os digo que todos los religiosos debían imitar a este santo hombre: ¡tan grande y perfecta es su santidad!

**Predicación en Egipto.**

ED aquí lo que Santiago de Vitry, obispo de San Juan de Acre, en carta dirigida a sus religiosos, parientes y amigos de Lorena, después de la toma de Damietta por los cruzados, cuenta de Francisco:

“Rezad, rezad sin descanso por el ejército de Jesucristo para que la viña se propague por la tierra prometida, se restauren las iglesias, se expela a los infieles, la fe se exalte y se levanten de nuevo los muros de Jerusalén, destruidos por nuestros enemigos. Nuestros compañeros y amigos Juan de Dinant, nuestro chantre Juan de Chambrai y el senescal de nuestra iglesia, Henri, os saludan.

„Habéis de saber que el señor Renier, prior de San Miguel, ha ingresado en la religión de los hermanos menores. Esta Orden se propaga mucho

por todo el mundo, pues imita claramente las formas de la Iglesia primitiva y en todo la vida de los apóstoles. El fundador de la Orden se llama Francisco; es tan amable que todos se apresuran a visitarle. Apenas llegó a nuestro ejército, inflamado de celo y de fe, no temió en pasar al ejército enemigo. Durante muchos días predicó la palabra divina a los sarracenos, aunque con escaso provecho; pero el Sultán le pidió secretamente que suplicase a Dios para lograr que él, rey de Egipto, abrazase, según la inspiración divina, la religión que pluguiese al Todopoderoso. En la misma Orden han entrado nuestro sacerdote Colin el Inglés y otros dos compañeros nuestros, Miguel y micer Mathieu, al cual había confiado el cuidado de nuestra Santa Iglesia. Hube de retener al chantre y a Enrique, entre otros. Por mi parte, extenuado y enfermo del corazón, sólo ansío acabar mis días tranquilamente en paz. Os remitimos dos niños arrancados al incendio de Babilonia, algunos tejidos de seda y varias cartas. Dad a leer las cartas al abad de Villars y a nuestros amigos. Pasadlo bien."

Nuestro padre Francisco, impelido por el amor de Dios y el anhelo de martirio, cruzó el mar con doce hermanos muy piadosos, con el intento de llegar hasta el Sultán por el camino más recto. Llegados al país de los infieles, vieron que hombres feroces estaban apostados en todos los caminos de modo que ningún cristiano que se aventurase por ellos podía escapar a la muerte; Dios quiso, sin embargo, que los hermanos no sucumbieran. Cogidos y cruelmente golpeados, y carga-

dos con pesadas argollas, fueron presentados al Sultán. Francisco, ya en presencia de éste, inspirado por el Espíritu Santo, empezó a predicar la fe católica; y tan divinamente la predicó, que se ofreció a defenderla con la prueba del fuego.

El Sultán sintió hacia él gran respeto, tanto por la firmeza de la fe como por el desprecio del mundo que el Santo manifestaba, pues necesitado de todo, nada quería aceptar, sediento y ansioso de martirio. Desde aquel momento el Sultán le oyó complacido y le rogó que viniese a verle con frecuencia. Le permitió además muy generosamente, así como a sus compañeros, que fuesen sin cortapisas por donde quisieren y predicasen con entera libertad en todo el Imperio. Y les dió cierto sello como pasaporte, que impediría todo ultraje a sus personas.

Logrado este permiso de libertad, Francisco envió parejas de hermanos por las diversas regiones paganas. Y él en persona, con un solo compañero, se dirigió a una de esas comarcas.

Ocurrió, pues, en este viaje que apenas llegado a un mesón, donde forzosamente hubo de detenerse para descansar, vió a una mujer de muy bella presencia, pero de alma muy vil, que le propuso el acto deshonesto. A lo cual respondió Francisco:

—Si quieres que te obedezca, has de obedecerme tú también.

—Acepto lo que dices—respondió la mujer.

—Pues bien—replicó Francisco—; ven conmigo y te enseñaré el lecho más hermoso que existe...

Y con ella fué a un aposento donde llameaba

gran fogata. Ya allí, fervorosa y apresuradamente se desnudó y se arrojó desnudo a la hoguera, cual si fuese mullido lecho, y exclamó, llamando a la mujer:

—Desnúdate y apresúrate a gozar de esta cama resplandeciente, florida y maravillosa. Has de meterte en ella si te avienes a obedecerme.

Ahora bien: el fuego respetó a San Francisco. Acostóse alegremente en la fogata chisporreante envuelto en llamaradas, como sobre lecho de flores. La mujer quedó tan sorprendida al ver aquel milagro, que, huyendo del cieno del pecado y de las tinieblas del error, se convirtió a Nuestro Señor Jesucristo.

Viendo que, a pesar de todo, era escasa en Oriente la cosecha de frutos por él ambicionados, el bienaventurado Francisco, por orden divina, llamó y reunió a sus hermanos para volver al país de los fieles. Visitó al Sultán y le comunicó su designio. El Sultán le dijo:

—Hermano Francisco, de buen grado me convertiría a la fe de Cristo, pero no me atrevo, pues si mis sarracenos se enteran nos matarían en seguida a mí, a ti y a tus compañeros. Como te quedan aún por realizar muchas obras útiles y a mí no pocas para la salvación de mi alma, no me avengo por ahora a precipitar tu muerte y la mía. Indícame sólo, pues, el modo de salvarme, pues estoy dispuesto a obedecerte en todo.

Entonces Francisco le dijo:

—Señor, voy ciertamente a marcharme, pero de vuelta en mi país, cuando suba al cielo llamado por Dios, te enviaré a dos hermanos míos que te

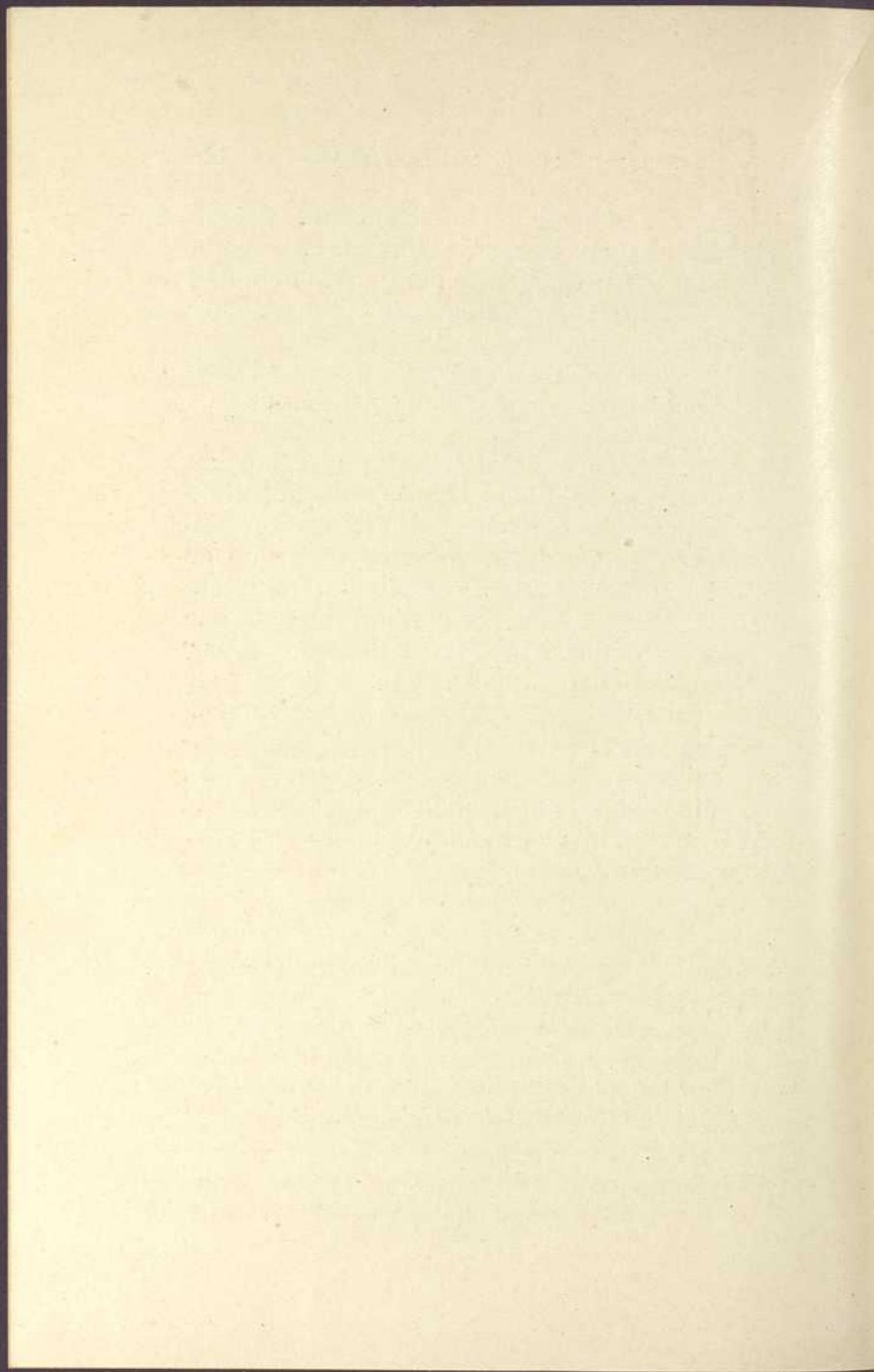
bauticen, y con el bautismo te salven, como así me lo ha revelado mi Señor Jesucristo. Entretanto húrtafe a las preocupaciones del mundo para que la gracia de Dios, cuando llegue, te halle preparado en la fe y la devoción.

El Sultán se avino a ello gozoso y obedeció lealmente. Francisco despidióse de él y volvió al país de los fieles.

Años después cayó el Sultán enfermo, y, creyente en la promesa del Santo, ya entonces adscripto a la morada de los bienaventurados, apostó vigilantes en la entrada de las puertas para que en cuanto viesen dos hermanos con hábito franciscano se los llevasen a toda prisa. Ahora bien: aparecióse a la sazón San Francisco a dos hermanos y les ordenó que sin tardanza se presentasen ante el Sultán y le ofreciesen segura salvación, como el Santo le había prometido. ¡Santa misión piadosamente realizada por ellos! Cruzaron, pues, el mar, y apenas los vieron los vigilantes los llevaron al Sultán. En cuanto el Sultán los vió alborozóse mucho y les dijo:

—Ahora veo claramente que es Dios el que me envía sus siervos. Ha cumplido la promesa que me hizo por labios de Francisco para que me salve, dándoos feliz travesía.

Recibió de manos de los frailecicos el libro de la fe y el bautismo; regenerado de sus miserias, a su vez voló a gozar eternamente de Dios, salvado por los méritos del muy santo padre Francisco.





XII

La tercera regla. La crisis de la Orden.



FRANCISCO el bienaventurado compuso tres reglas: la aprobada por el Papa Inocencio sin sello de bula; otra más breve, perdida durante la ausencia del Santo, y en fin, la aprobada con una bula por el Papa Ho-

norio, de la cual se extractaron otras muchas contra la voluntad de Francisco.

Después de la pérdida de la segunda regla, Francisco subió al monte Colombo (cerca de Rieti) con el hermano León de Asís y el hermano Bonizzo de Bolonia, para redactar y escribir otra regla al dictado de Dios. En esto algunos ministros se reunieron y fueron a ver al hermano Elías, vicario de Francisco, y le dijeron:

—Sabemos que Francisco va a redactar una nueva regla, y tememos que la haga demasiado dura

y no la podamos observar. Queremos, pues, que te presentes a él y le digas que nos oponemos a acatar la nueva regla. Que la redacte para él, pero no para nosotros.

El hermano Elías les respondió que no quería ir solo, y así fueron todos juntos a ver al Santo.

Ya cerca del paraje en que se hallaba Francisco, Elías le llamó. Francisco, al reparar en los susodichos ministros, preguntó a Elías:

—¿Qué quieren los sacerdotes?

Y el hermano Elías dijo:

—Se han enterado estos ministros de que vas a redactar una nueva regla, y como temen que la hagas demasiado dura, profestan y dicen que no quieren someterse a esa regla; que la redactes para tí, pero no para ellos.

Entonces Francisco volvió el rostro al Cielo, y dirigiéndose a Cristo, dijo:

—Señor, ¿no te dije que éstos no me creerían?

Y oyeron todos la voz de Cristo, que dijo desde las alturas:

—Francisco, no hay nada tuyo en la regla. Cuanto en ella está escrito viene de mí, y quiero que se observe literalmente, sin comentario, sin comentario, sin comentario. Sé lo que puede soportar la flaqueza humana y hasta qué punto quiero ser atento con ellos. Por tanto, los que no quieran observarla que salgan de la Orden.

Francisco, volviéndose a sus hermanos, les dijo:

—Ya habéis oído. ¿Queréis que os lo repita?

Y los ministros, mirándose y acusándose mutuamente, confusos y aterrados, se retiraron.

Cuando se celebró en Santa María de la Por-

ciúncula el Capítulo general, llamado de las es-
terras, y al cual asistió Francisco, muchos herma-
nos y sabios letrados se dirigieron al cardenal de
Ostia y le dijeron:

—Señor, queremos que persuada al bienaven-
turado Francisco a seguir el consejo de los her-
manos cultos y sabios y a dejarse guiar por ellos.

Y al efecto, citaron las reglas de San Benito, de
San Agustín y de San Bernardo, que enseñaron ya
a vivir regularmente. Cuando el cardenal refirió
esto al bienaventurado Francisco, a guisa de ad-
vertencia, Francisco, en vez de contestar, le cogió
de la mano y lo llevó al Capítulo de los hermanos
y habló de este modo:

—Hermanos míos, hermanos míos, Dios me ha
llamado por el camino de la sencillez y de la hu-
mildad, camino que me ha indicado y ha indicado
a los que confían en mí y quieren imitarme. No
quiero, pues, que me mentéis regla alguna de San
Benito, de San Agustín ni de San Bernardo, ni otra
norma de vida que la que Dios misericordiosa-
mente me ha señalado y dictado. Ahora bien: Dios
me ha dicho que quería ver en mí un nuevo y gran
original sencillo en este mundo, y no ha querido
llevarme por otro camino distinto de esta ciencia.
Pues bien; Dios os confundirá con todo vuestro
saber y cultura. Pero yo, confiado en el brazo jus-
ficiero de Dios, espero que os castigará y os entre-
gará de nuevo a vuestras miserias y a vuestra gran
vergüenza, queráis o no.

El cardenal, verdaderamente estupefacto, no con-
testó, y casi todos los hermanos quedaron ater-
rados.

El bienaventurado Francisco sentía mucho que se descuidase la virtud por perseguir la vanidad de la ciencia. Al ver que algunos no persistían en la vocación a que fueron inclinados al principio, decía: "Los hermanos que se dejan arrastrar por la curiosidad de la ciencia, se hallarán con las manos vacías en el día de las grandes tribulaciones. Quisiera, pues, verles fortalecidos con la virtud, para que, cuando ese día llegue, se hallen unidos con el Señor, pues ése será el día de los dolores, en que se arrojarán los libros inútiles por las ventanas y en las tinieblas."

Al expresarse así no quería indicar que le desagradase la lectura de los libros sagrados, sino que tendía a desviar a todos del vano y superfluo cuidado de aprender. Quería que los hermanos fuesen buenos, más por caridad que por sutilezas científicas. Presentía y preveía los tiempos, ya próximos, en que la ciencia presuntuosa iba a ser causa de su ruina.

En cierta ocasión un hermano novicio que sabía leer el salterio, pero sólo regularmente, y había obtenido permiso del general para poseer uno, al saber que el bienaventurado Francisco no quería que los hermanos se enamorasen de las ciencias ni ambicionasen los libros, sintió escrúpulos de conservar el citado salterio sin consentimiento del Santo. Como éste llegase un día al punto de residencia del novicio, el joven le dijo:

—Padre, mucho me consuela tener un salterio, pero, aunque el general me ha concedido licencia, no quisiera, padre, retenerlo sin vuestro conocimiento.

Francisco respondió:

—El emperador Carlomagno, Rolando y Olivier y todos los paladines y guerreros fueron potentes, en los combates y persiguieron con gran ardor a los infieles. Hasta que les sorprendió la muerte alcanzaron victorias memorables y murieron santos y mártires en el fragor de la lucha. Hoy muchos se imaginan que con sólo narrar sus actos y gestas conquistan honor y gloria en el mundo. Igualmente no pocos pretenden, sin más que contar y pregonar las obras realizadas por los santos, atribuirse su honor y su gloria. Ello equivalía a decir: "No hay que preocuparse con libros ni con la ciencia, sino por obras virtuosas, pues la ciencia engríe y la caridad edifica."

Días después, estando Francisco sentado junto a la lumbre, el mismo novicio volvió a hablarle del salterio, y el bienaventurado Francisco le dijo:

—Cuando tengas un salterio querrás un breviario. Y cuando tengas un breviario te sentarás en alto sitial, como gran prelado, y dirás a tu hermano: "Tráeme un breviario."

Y al decir esto el bienaventurado Francisco, muy exaltado, cogió un puñado de ceniza, y esparciéndola por la cabeza y restregándola por el rostro como si se lavara, exclamó:

—¡Yo un breviario! ¡Yo un breviario!

Y repitió esta frase muchas veces, frotándose con la ceniza la cabeza, y el hermano quedó henchido allí de estupor y avergonzado. Al fin, el bienaventurado Francisco le dijo:

—Hermano, yo también traté de poseer libros, pero para conocer sobre esto la voluntad de Dios

cogí el libro de los Evangelios, y pedí al Señor que al primer pique me revelase su voluntad. Y después de la súplica lo abrí, y llamaron mi atención estas palabras del santo Evangelio: "Se os ha concedido a vosotros conocer el misterio del reino de Dios, pero los demás sólo lo conocerán a través de parábolas y comparaciones." —Y agregé: —Tan- tos hay que voluntariamente se elevan hasta la Ciencia, que el bienaventurado será el que prefiera ser estéril por amor de Nuestro Señor.

Al cabo de muchos meses, estando el bienaven- turado Francisco en Santa María de la Porciún- cula, cerca de la celda que está en la parte trasera de la casa, recaente al camino, el mismo hermano volvió a hablarle del salterio. Francisco le dijo:

—Pues bien; ve y haz lo que te diga tu superior.

Al oír esto el hermano volvió sobre sus pasos y echó a andar por donde había venido. Pero Fran- cisco, que quedó allí inmóvil, se dió a reflexionar sobre lo que acababa de decir; de pronto echó a correr detrás del fraile, gritándole:

—Aguarda, aguarda, hermano.

Y cuando llegó junto a él, le dijo:

—Vuelve conmigo, hermano, e indícame el sitio donde te dije que hicieras del salterio lo que te or- denase tu superior.

Llegados al sitio, Francisco se arrodilló ante el hermano y dijo:

—*Mea culpa, mea culpa, mea culpa.* El que quiera ser hermano menor ha de tener tan sólo una tú- nica, como la regla consiente, un cordón y bragas, y sandalias únicamente en caso de urgente nece- sidad.

Y a todos los hermanos que iban a consultarle sobre esto les contestaba lo mismo. Pues repetía con frecuencia: "El hombre ha de tener la ciencia precisa para obrar. En religión, la bondad del orador se mide por los efectos de su palabra. Por la obra se conoce al obrero."

Pocos años antes de su muerte, para conservar la virtud de la santa Humildad, resignó en un Capítulo y en presencia de todos los hermanos sus funciones de superior, diciéndoles:

—Desde hoy he muerto para vosotros; pero aquí está Fray Pedro Catáneo, al cual vosotros y yo obedeceremos.

Y, prosternándose en tierra ante todos, le prometió obediencia y respeto. Todos los hermanos lloraban y el dolor arrancaba a sus pechos grandes gemidos por verse, digámoslo así, huérfanos de tal padre. De pronto el bienaventurado padre se levantó, alzó los ojos al cielo, juntó las manos y dijo:

—Señor, te encomiendo la familia que me confiaste, y que hoy por mis achaques que tú conoces, ¡oh mi dulcísimo Señor!, y por carecer de fuerzas para atenderla, recomiendo a tus ministros. Constríñelos, Señor, a que el día del juicio presenten ante ti sus cuentas por si algún hermano sucumbió por su negligencia o mal ejemplo, o bien por castigos demasiado duros.

Poco después remitió todos sus compañeros al vicario, diciendo:

—No quiero singularizarme con el privilegio de escoger libremente para mí un compañero determinado. Unanse a mí alternativamente algunos

hermanos, según les inspire Dios.—Y agregó: —Vi poco ha a un ciego sin más guía que un perrito y yo quiero ser mejor que él.

Como un hermano le preguntase por qué les privaba de su asistencia y les entregaba a manos extrañas, como si realmente no dependiesen de él, le dijo:

—Hijo mío, quiero a mis hermanos cuanto puedo. Si siguen mis huellas los amaré aún más y no serán nunca extraños para mí. Pero hay preladados que los impelen por otros derroteros, les proponen ejemplos antiguos y aprecian poco nuestras enseñanzas. A la postre, a la postre, se verá más claro, se sabrá cómo proceden y lo que hacen.

Queriendo, pues, persistir hasta su muerte en la humildad y sumisión perfectas, dijo al ministro general:

—Quiero que delegues tu poder y vigilancia sobre mí en algún compañero, al cual obedeceré como si fuese tu persona, pues deseo para la buena regla de la obediencia que siga conmigo en la vida y en la muerte.

Y desde ese día hasta el fin de su existencia le siguió a toda hora un compañero como guardián y le obedeció como si fuese el general ministro. Hasta en cierta ocasión dijo a sus compañeros:

—El Señor me concedió, entre otras, la gracia de obedecer al novicio que hoy mismo entre en religión y se me designe como guardián tan cómodamente como al más viejo y antiguo en la Orden. El subordinado ha de mirar, en efecto, al superior, no como a hombre, sino como a Dios, por cuyo amor vivirá sumiso.

A seguida dijo:

—No hay en el mundo prelado que pueda ser temido por sus inferiores como Dios me haría temer de mis hermanos si yo quisiera. Pero el Señor me ha otorgado la gracia de querer estar satisfecho de todos, como el más pequeño de la Orden.

—En efecto, bien lo vimos con nuestros propios ojos—dice el hermano León—. Cuando algún hermano no cumplía a satisfacción suya con el deber, le decía alguna de esas palabras que conturban y en seguida iba a absorberse en el rezo; al volver no quería acordarse de nada y nunca dijo: "Este no me ha satisfecho", o bien: "Aquel me ha dicho tal cosa."

Y cuanto más cercana veía la muerte, más perseveraba en su manera de ser, ansioso siempre de saber cómo podría vivir y morir humilde y pobremente y perfectamente virtuoso.

Como Francisco, el siervo del Todopoderoso, visitase con frecuencia a Santa Clara para consolarla y exhortarla, la santa mujer pidió al buen padre que un día le diese la alegría de comer en su compañía. Francisco se opuso siempre. Ocurrió que los hermanos, compadecidos del deseo de Clara, dijeron a Francisco:

—Nos parece rigor poco acorde con la divina caridad no atender el ruego de la hermana Clara, santa virgen, tan grata a Dios. Sólo pide que accedas una vez a que coma contigo; ¿no debieras otorgarle otros favores si los solicitase con esta insistencia, pues es la flor de tu obra?

El bienaventurado Francisco respondió:

—¿Os parece, pues, bien que acceda a su deseo?

—Sí, padre; pues bien merece que le concedas tal consolación.

—Puesto que ello os place—dijo Francisco—, pláceme también a mí. Pero para que sea completo el gozo quiero que la comida se haga en Santa María de los Angeles. Ha mucho tiempo que vive recluida en San Damián y le alegrará ver unos instantes el paraje de Santa María, donde fué fundada y prometida a Cristo; comeremos aquí juntos en nombre del Señor.

Fijó el día en que la bienaventurada Clara, acompañada de otra hermana, había de acudir escoltada por hermanos de Francisco. Apenas llegó en dicho día, adoró respetuosa y humildemente a la bienaventurada Virgen María, y visitó devotamente el santuario, y a la hora de comer, el humilde y divino Francisco ordenó poner la comida, según su costumbre, sobre la hierba en medio del huerto. Sentáronse, primero él y la bienaventurada Clara, con su compañera y uno de los frailes, y luego, en torno de la humilde mesa, los demás hermanos.

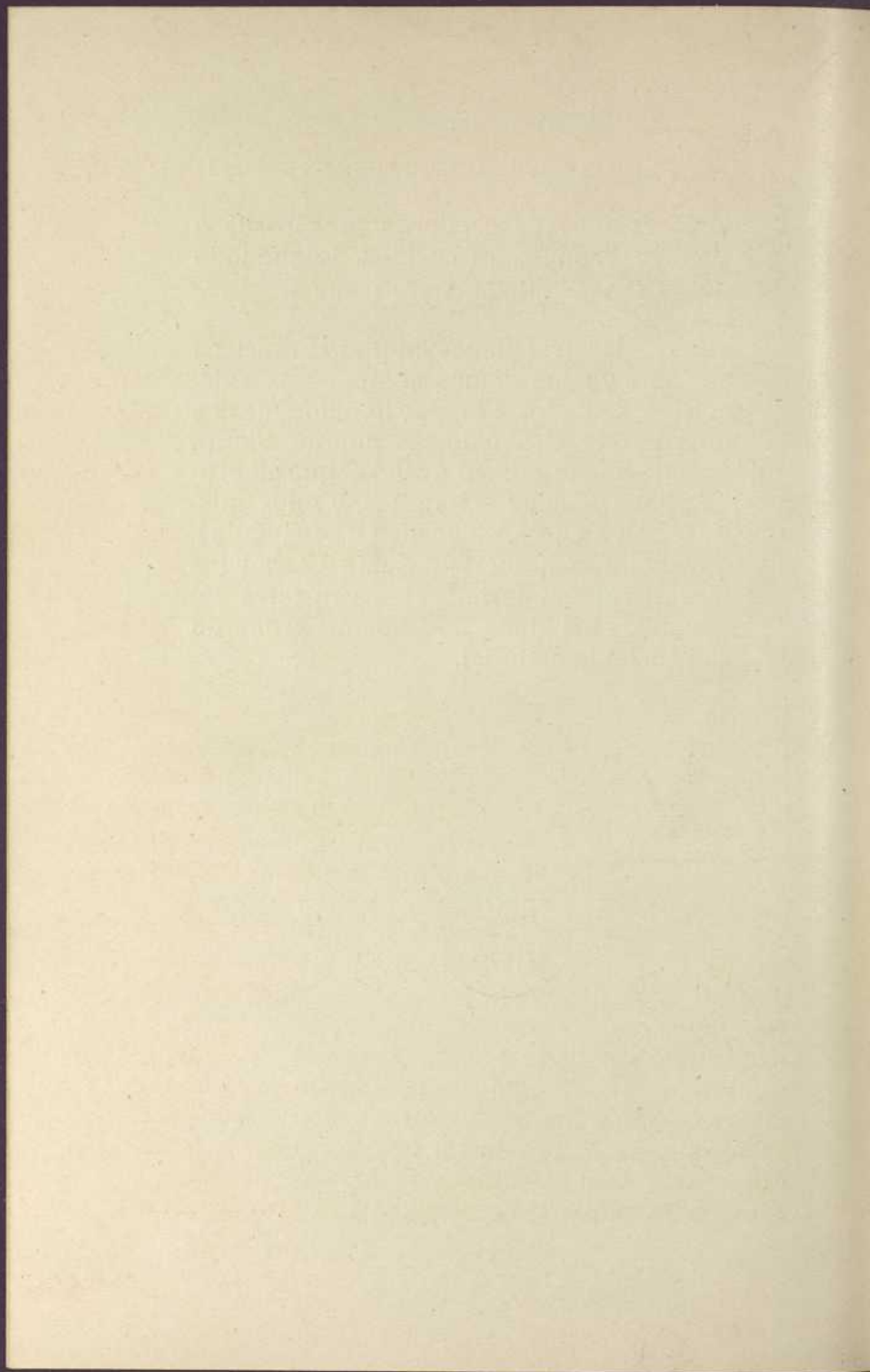
Como primer plato, Francisco se puso a hablar de Dios con tal dulzura, con tan sana y divina elevación, que el Santo, Clara y su compañera y los demás comensales del pobre banquete quedaron absortos en éxtasis bajo las oleadas de gracia con que los inundaba el Todopoderoso. Mientras estuvieron así sentados en tierra y transportados con los ojos y las manos clavados en el cielo, creyeron ver los habitantes de Asís, de Betina y de sus alrededores, que el convento y que el bosque circundante ardía por todos los costados y desaparecían envueltos en inmensa llamarada.

Los hombres de Asís corrieron presurosos a prestar socorro, aunque convencidos de que todo era ya pavesas; mas al llegar vieron que todo estaba intacto y en orden.

Entraron y hallaron al bienaventurado Francisco con Santa Clara y a los demás compañeros extasiados en Dios, sentados a la muy humilde mesa y alumbrados por la virtud de las alturas. Vieron palpablemente que era fuego divino el que alborozaba e inflamaba a aquellos santos, y ellos mismos se retiraron alegres, edificados y consolados.

El bienaventurado Francisco, Santa Clara y los demás se sintieron tan fortalecidos con tales copiosos consuelos del alma, que apenas probaron bocado del sustento material.







XIII

Las virtudes franciscanas.



VERDADERO amigo e imitador de Cristo, Francisco menospreciaba todo lo que pertenece a este mundo. Principalmente execraba la moneda e incitaba a sus hermanos con la palabra y el ejemplo a huir del dinero como si fuese el diablo. Les prescribía que diesen en su afección el mismo valor al dinero y a la mujer. Ocurrió en cierta ocasión que un seglar entró a rezar en la iglesia de la Porciúncula y depositó como ofrenda varias monedas de plata a los pies del Crucifijo. En cuanto se marchó, un hermano ingenuamente alargó la mano, cogió el dinero y lo arrojó por la ventana. El hermano, al saber que el suceso se había referido a Francisco, viéndose cogido, pidió perdón y, arrodillado, se brindó a ser flagelado. Francisco le

sermoneó y le reprobó con mucha dureza el haber focado aquel dinero. Le ordenó que fuese a cogerlo con los dientes al pie de la ventana y lo arrojase fuera del claustro y con la boca sobre el excremento de un asno. Todos los presentes quedaron aterrados y desde aquel día menospreciaron aún más el dinero comparado a la boñiga de un borrico. Así, todos los días y con nuevos ejemplos eran inducidos a despreciar el dinero.

Durante su estancia en la ermita de San Eleuterio, cerca de Rieti, como hiciese mucho frío, agregó a su túnica habitual y a la de su compañero Richer sendas pieles y así su cuerpo fué restableciéndose poco a poco. Pero días después, de vuelta del rezo, dijo alegremente a su camarada:

—Yo debo ser el modelo y el ejemplo de todos los hermanos. Aunque mi cuerpo necesita doble abrigo, he de pensar que no menos lo necesitan los demás hermanos y no lo tienen quizás ni pueden tenerlo. He de soportar, pues, pensando en ellos, la penuria que ellos sufren, para que viéndome padecer conlleven con más paciencia el sufrimiento.

¡Cuántas veces negó de este modo a su cuerpo lo que le era preciso! Nos sería imposible enumerarlas, pues cuando los hermanos empezaron a multiplicarse, su mayor afán fué enseñarles, con actos más que con palabras, lo que debían hacer o debían evitar.

Un hermano muy culto e íntimo de Francisco construyó en la ermita que moraba una celda recoleta, donde el buen padre, en sus visitas, pudiera recogerse para rezar mejor. En una de ellas, el

hermano condujo a Francisco a esta celda, pero el Santo le dijo:

—Esta celda es muy suntuosa (a pesar de que estaba hecha de madera labrada con hacha y azuela). Si quieres que permanezca aquí, revistela exterior e interiormente de guijarros y ramas de árboles.

Cuanto más pobres eran las casas y chozas, más complacido moraba en ellas. Cuando el hermano cumplió la voluntad de Francisco, se avino el Santo a prolongar su estancia en aquella celda

En cierta ocasión vino a verle un hermano cuando acababa de salir Francisco de la citada celda, y no viéndole allí, fué a buscarle y al fin lo encontró. Al verle, dijole el bienaventurado:

—¿De dónde vienes, hermano?

Y el otro le dijo:

—Vengo de tu celda.

Pero Francisco le dijo:

—¿Por qué dices *de mi celda*? Otro irá a ella y luego otro y más tarde otro, pero no yo.

Los que convivimos con él—refiere el hermano León—le oímos decir muchas veces estas palabras:

—Los zorros tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos, pero el hijo del hombre no tiene dónde reposar la cabeza.

Y agregaba:

—Cuando el Señor se fué al desierto y ayunó cuarenta días y cuarenta noches no se construyó allí cabaña ni casa, sino que moró sobre los peñascos del monte.

Por ello, a imitación del Señor, no quiso poseer

casa ni celda que pudieran llamarse suyas ni mandó nunca que se le construyeran. Si alguna vez dijo a sus hermanos "id y preparad la celda", a continuación se opuso a albergarse en ella por acatamiento del Santo Evangelio, que dice: *Nolite esse solliciti...* Así, en vísperas de su muerte, instituyó en su testamento que todas las casas y celdas de los hermanos se hiciesen de madera y barro a fin de conservar en ellas mejor la pobreza y la humildad.

Estando en Roma, de visita en el palacio del cardenal de Ostia, a poco Papa con el nombre de Gregorio, a la hora de comer salió el Santo algo retrasado a pedir limosna de puerta en puerta. Cuando volvió, el cardenal iba a sentarse a la mesa con muchos nobles y caballeros. El bienaventurado Francisco, en cuanto llegó, puso en la mesa, y en presencia de los cardenales, el condumio que había recogido y se sentó al lado del cardenal, pues el purpurado gustaba de tenerle siempre cerca. Algo molesto el cardenal al ver que el Santo recogía y depositaba en la mesa el monfón de comida mendigada, no le dijo nada, sin embargo, delante de los comensales. Francisco, apenas probó unos bocados, cogió varios trozos de los recogidos en la limosna y se los ofreció a un caballero y a varios capellanes del cardenal en nombre de Nuestro Señor. Todos ellos los aceptaron con gran alborozo levantando las capuchas, y unos los comieron y otros los guardaron por devoción al Santo, lo cual complació mucho al señor de Ostia y admiró tanta piedad, pues aquellas sobras no eran del mejor pan de trigo.

Después de la comida, el cardenal volvió a sus habitaciones con Francisco y allí, levantando los brazos, le abrazó con alegre y fervoroso abrazo, diciéndole:

—¿Por qué, hermano mío, hermano asaz ingenuo, me afrentaste hoy presentándote en mi casa, que es la casa de los hermanos, después de mendigar de puerta en puerta?

El bienaventurado le respondió:

—Pero, monseñor, ¿no es éste el mayor honor que pudiera proporcionaros? Cuando un súbdito cumple con su deber y acata las órdenes de su señor, honra a su señor. Ahora bien: he de dar ejemplo y servir de modelo a nuestros hermanos, sobre todo porque ya sé que en nuestra religión hay y habrá muchos que se avergüencen por estas humillaciones. Hay y habrá quien tenga a menos, por vergüenza o mal hábito, humillarse y rebajarse a pedir limosna y a dedicarse a trabajos serviles. Por ello es preciso que con mis actos aleccione a los hermanos de hoy y a los de mañana, para que ni en este mundo ni en el otro puedan disculparse ante Dios. Por ello, hallándome en vuestra casa, en la casa de Nuestro Señor Apostólico, en la que se nos recibe por amor de Dios y casi se nos fuerza a permanecer, no he querido avergonzarme de mendigar, y, por el contrario, quiero continuar haciéndolo para mayor honra de quien, siendo el Señor de todos, se aviene por nosotros a convertirse en siervo de todos. Quiero que mis hermanos actuales y futuros sepan que tengo más alegría en sentarme a muy humilde mesa, sin más manjares que miserables sobras recogidas de puerta en

puerta por amor de Dios, que sentarme a vuestra mesa o a la de otros señores, mesa bien dispuesta y abastecida de manjares suculentos y variados. El pan de la limosna es el pan bendito santificado por el amor de Dios.

Muy edificado el cardenal por estos y otros razonamientos del mismo jaez, dijo al bienaventurado Francisco:

—Hijo mío, haz lo que parezca bien, pues Dios realmente está contigo y tú con El.

Así era la voluntad de Francisco. Y cuanto más noble de cuna era un hermano y más alto puesto ocupara en el mundo, más se alborozaba y edificaba el Santo viéndole mendigar de puerta en puerta y realizar los trabajos serviles obligatorios para todos los hermanos.

Mandaba huir de la miel emponzoñada del trato familiar con las mujeres, trato que hace caer en el mal a todos los hombres, incluso a los santos. Temía que los frágiles sucumbiesen en seguida y los fuertes con frecuencia perdiesen sus bríos.

—Es tan difícil—decía—, a no ser hombre muy probado, escapar al contagio platicando con ellas, como andar por el fuego sin quemarse la planta de los pies.

Por su parte, daba constante ejemplo de austera virtud. Es increíble el desagrado con que veía a la mujer, que era para él casi motivo de terror o de horror. Su locuacidad importuna le desazonaba. Hablaba con ellas con voz apagada, con frases concisas y modesto continente, implorando silencio. A veces, con los ojos clavados en el Cielo, parecía buscar lo que iba a responder a estos abejo-

ros y avispones de la tierra. Aun a aquellas cuyas almas había henchido de devoción y convertido en tabernáculos de prudencia, sólo las aleccionaba con sermones admirables pero muy concisos. Cuando hablaba con una mujer, decía en alta voz, casi a gritos, lo que tenía que decirle, para que todos lo oyesen. En cierta ocasión dijo a su compañero Tomás de Celano:

—Puedo decirte, querido hermano, que en toda la tierra sólo reconocería a dos mujeres si las viera. De éstas tan sólo conozco el rostro, y de ningunas otras.

—Cosa excelente, padre mío—le dijo Tomás de Celano—, pues tal vista no puede santificar a nadie; cosa excelente, pues no puede venir de ellas ninguna luz, sino daños y pérdidas de tiempo casi siempre. Son obstáculos para los que quieren trepar por la ardua cuesta y contemplar la faz llena de gracias.

Entre todas las virtudes que amaba y quería ver en sus hermanos sobre la base de la Santa Humildad, prefería, sobre todo, la belleza y el encanto de la castidad. Para enseñar a los hermanos el recato de los ojos, solía contar el siguiente apólogo:

—Un rey mandó sucesivamente a una reina dos embajadores. De regreso, uno de ellos refirió literalmente las palabras que escuchó de labios de la reina. Los ojos del prudente legado permanecieron serenos y sin atisbo de enajenamiento. A poco volvió el segundo y apenas relató su informe en concisas palabras, empezó a describir prolijamente la belleza de la reina.

—Realmente, señor—dijo—, he visto la mujer más hermosa del mundo. ¡Feliz el que la posea!

Y el rey le dijo:

—¿Cómo, detestable servidor, osaste posar sobre mi prometida impúdica mirada? Estás delatando que quisiste proporcionarte hipócritamente un placer sospechoso.

En seguida hizo volver al primero y le dijo:

—¿Qué opinas de la reina?

—Que es el mayor tesoro—respondió—, pues me ha escuchado con benevolente paciencia.

—Cuerda es esta respuesta.

Y el rey agregó:

—¿No hay en ella acaso otras bellezas?

Y respondió el susodicho legado:

—Señor, a ti compete verlo; mi deber se constriñe a referirte sus palabras.

El rey sentenció de este modo:

—Tú que tienes ojos sigue en mi palacio, cada día más casto, y disfruta de mis beneficios. Y ese impúdico salga de mi casa y no mancille mi lecho conyugal.

Y añadía Francisco:

—¿Cómo no ha de ser femible clavar los ojos en la prometida de Cristo?

Ocurrió en cierta ocasión que Francisco, sufriendo a Bevano, muy extenuado por el ayuno, no pudo llegar al castillo. Su compañero hubo de enviar recado a cierta señora muy piadosa, pidiéndole humildemente un poco de pan y vino para el Santo. Al punto la señora, acompañada de su hija, virgen consagrada al Señor, corrió a llevar al Santo lo que éste necesitaba. Francisco, apenas for-

falecido y repuesto, consoló con palabras divinas, en cambio, a la madre y a la hija, pero sin mirar durante la plática a ninguna de las dos. Cuando se fueron, el compañero dijo a Francisco:

—¿Por qué, hermano, no miraste a esta doncella, que tan devotamente acudió a nuestro llamamiento?

Y dijo el padre:

—¿Quién no ha de temer mirar a una prometida de Cristo? Si el rostro habla cuando predicamos ya me habrá visto, pero yo no la miré.

Muchas veces nos habló de esto, y afirmó siempre que era vanidad toda conversación con una mujer, salvo en el tribunal de la confesión y, como es costumbre, para instruir muy concisamente.

Y agregaba:

—¿Qué asuntos puede tratar un padre menor con la mujer, como no sea el caso de pedir al padre religiosamente la imposición de una penitencia o consejos para mejor conducta?

A la par que crecían los méritos de Francisco, aumentaba también su discordia con la antigua serpiente. Cuanto más evidente resplandecía la victoria del Santo, más le atacaba el diablo con tentaciones pérfidas y combates violentos. Aunque el enemigo puso a prueba con frecuencia el vigor del combatiente, y nunca le vió vencido en la lucha, sin embargo, arreciaba los ataques a aquella alma siempre victoriosa. Por entonces le infligió una grave tentación espiritual. Angustiado y lleno de dolores el Santo, torturaba en vano y maceraba su carne, rezando y llorando con la mayor amargura. El tormento duró muchos años.

Pero un día, durante su rezo en Santa María de la Porciúncula, oyó de pronto, dentro de sí, una voz que le dijo:

—Francisco, si hubieras tenido la fe, como grano de mostaza, hubieras dicho a la montaña: “Transportame”, y te hubiera transportado.

Y el Santo respondió:

—¿Cuál es esa montaña que me hubiera transportado?

Y oyó de nuevo:

—La montaña es la tentación.

Entonces, hecho un mar de lágrimas, dijo:

—Así sea, Señor, como dices.

Al punto, desterradas las tentaciones, se sintió libre, y completa paz desde aquel día reinó en su espíritu.





XIV

San Francisco y los animales.



EN la época en que el venerable Francisco predicaba a los pájaros, recorriendo ciudades y castillos, se detuvo en la ciudad de Ascoli. Como reproducía, según su costumbre, la palabra divina con extremo fer-

vor, el pueblo, henchido de devoción, corría jadeante y atropellado a verle y oírle.

Por entonces recibieron de sus manos el hábito religioso treinta postulantes, clérigos unos y laicos otros. Era tal la fe en él de hombres y mujeres, y tal la devoción que todos sentían hacia el Santo, que se proclamaba feliz el que lograba tan sólo tocar el sayal de Francisco. Cuando entraba en una ciudad se alborozaba el clero, repicaban las campanas, exultaban los hombres, se congratulaban las mujeres, aplaudían los niños, y con

frecuencia cortaban ramas y corrían a danzar en torno del Santo. La depravación herética quedó confundida, la fe en la Iglesia exaltada y los herejes esquivaban la vista de los fieles vencedores. Brillaban en Francisco tales signos de santidad, que nadie osó, ni aun con palabras, protestar contra la afluencia de las muchedumbres. Unos le presentaban panes para que los bendijese, y los guardaban para curarse a su modo de diversas enfermedades. Otros cortaban trozos de su túnica, hasta dejarle casi desnudo, y lo que es más asombroso, bastaba que el santo padre tocase un objeto para que este objeto devolviese la salud a las gentes.

En una granja de los alrededores de Arezzo, una mujer encinta, al dar a luz en el término de su embarazo, venía sufriendo varios días tan agudos dolores que la dejaban muerta o sin vida. Entera- dos parientes y vecinos de que Francisco iba a pasar por la carretera, se apostaron junto a cierta ermita para esperarle. Ahora bien; aquel día siguió Francisco otro itinerario, pues iba a caballo, por sentirse débil y enfermo. En cuanto llegó a la ermita mandó a un hermano, llamado Pedro, que devolviese la caballería al que se la había presta- do caritativamente. El hermano Pedro, pues, pasó con el caballo cerca del sitio donde la pobre mu- jer se reforcía de dolor. En cuanto le vieron los al- deanos, corrieron presurosos hacia él, creyendo que era Francisco, pero, al contrastar el error, se enfristecieron sobremanera. Sin embargo, delibe- raron y trataron de saber si podían dar con algún objeto tocado por la mano del Santo. En fin, des-

pués de prolijas investigaciones y largos titubeos, optaron por las riendas que asiera el Santo y, al efecto, quitándolas de la cabalgadura, las colocaron sobre la parturienta. Al punto la mujer dió a luz alegre y felizmente.

Gioffredo, vecino de la ciudad de la Pive, hombre religioso y temeroso de Dios, como toda su familia, conservaba un cordón que el bienaventurado Francisco se había ceñido de vez en cuando. En la comarca, muchos hombres y mujeres padecían fiebres y diversas enfermedades. Gioffredo visitaba a los enfermos y dábales a beber agua en que había sumergido el cordón, o tan sólo una de sus hebras, y los dolientes al punto recuperaban la salud en el nombre de Cristo.

Todos estos milagros y otros muchos, que sería muy prolijo referir, se realizaban ausente el padre Francisco. De los operados en su presencia, por dignación de Dios nuestro Señor, sólo podemos traer a colación unos cuantos.

Un hermano sufría rara enfermedad de horrible aspecto, sin nombre conocido, que algunos atribuyen a la malignidad del diablo. Con frecuencia era presa de convulsiones: rodaba por tierra, torva la mirada y con aspecto salvaje, echando espumarajos. Contraíanse sus miembros, ya tirantes, ya recogidos, hechos ovillo, cuando no rígidos y duros, y cuando estaba tendido y fieso, de pronto, levantando los pies a la altura de la cabeza, daba un brinco cuan alto es un hombre, y luego caía al suelo. Francisco, compadecido de aquella espantosa enfermedad, se puso a orar, se santiguó y bendijo al doliente. Y el enfermo, al punto cura-

do, ya no sufrió en adelante más que muy pocos ataques.

En cierta ocasión, de paso por el obispado de Narni, llegó el padre Francisco a la ciudadela de San Jerónimo, predicando el reino de Dios, y aceptó hospitalidad de un hombre temeroso de Dios, muy renombrado en la comarca. Todos sabían que su mujer era atormentada por el demonio. El buen hombre intercedió por ella, sabiendo que San Francisco podía con sus méritos curarla; pero como el siervo de Dios sencillamente prefería ser despreciado que recibir favores mundanos con ostentaciones de santidad, se opuso tenazmente a hacer el milagro. Pero como se citaba el nombre de Dios y le abrumaban con tantas súplicas, accedió, por fin, vencido por los ruegos.

Llamó a los tres hermanos que le acompañaban, y llevándoselos sucesivamente a un rincón de la estancia, les dijo:

- Hermanos míos, roguemos a Dios por esta mujer, para que la arranque al yugo del diablo. Apostémonos en sendos rincones de la sala para impedir que el espíritu maligno se nos escape por alguna hendidura.

Terminada la plegaria, Francisco, invocando al Espíritu Santo, se acercó a la mujer, que se retorció miserablemente, lanzando horribles gritos, y le dijo:

- En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y por obediencia, te ordeno, ¡oh demonio!, que salgas del cuerpo de esta mujer, y te prohíbo que la atormentes más en adelante.

Apenas pronunciadas estas palabras, el demo-

nió saltó con tal violencia y estridente rabia, que el padre, al ver a la mujer tan pronto libertada y al demonio tan rápidamente sometido, creyóse víctima de una ilusión. Se retiró al punto ruborizado, sin caer, por designio de la Providencia, en achaque alguno de fútil vanagloria. Ahora bien; acertó a pasar en otra ocasión, acompañado del hermano Elías, por aquel paraje, y la susodicha mujer, enterada de su llegada, se apresuró a ir a verle, siguiéndole y suplicándole a voces que se dignase hablarla. El Santo esquivó toda conversación, pues recordaba bien que era aquella la mujer libertada del demonio por el poder divino. Pero la mujer, a rastras, iba besando las huellas de sus pies y dando gracias a Dios y a su siervo Francisco. Al fin, el hermano Elías consiguió por su ruego que hablase a la pobre mujer, pues se había ya aglomerado una muchedumbre, festigo de la enfermedad y de la curación de la mujer lograda por mediación del Santo.

En otra ocasión Francisco visitó, acompañado del hermano Pacífico, la iglesia de San Pedro de Bevara contigua al fuerte de Trevi, en el valle de Espoleto. Dicha iglesia estaba abandonada. Francisco dijo, pues, a Pacífico:

—Vuélvete al hospital de los leprosos; quiero permanecer aquí solo esta noche, y mañana ven muy temprano a buscarme.

Cuando quedó solo, y una vez rezó Completas y otras oraciones, quiso descansar y dormir, pero no pudo. Su espíritu empezó a temer las sugestiones del diablo; salió al punto de la iglesia y se santiguó diciendo: "En nombre de Dios Todopo-

deroso os digo, ¡oh demonios!, que hagáis contra mi cuerpo cuanto os permita mi Señor Jesucristo, que estoy dispuesto a soportarlo todo. Como mi cuerpo es mi mayor enemigo, me vengaréis así de mi peor enemigo y adversario."

A la mañana siguiente el hermano Pacifico fué a buscarle. El bienaventurado Francisco permanecía aún orando ante el altar. Pacifico le aguardó fuera del coro rezando a su vez ante un Crucifijo. Apenas empezó la plegaria, se sintió transportado al cielo (Dios sólo sabe si en cuerpo o bien libre del cuerpo). Y vió en el cielo gran número de asientos, y entre ellos uno más elevado que los demás, más glorioso y esplendente, más ornado de piedras preciosas. Y admirado de aquella magnificencia, preguntó a quién pertenecía el solio más alto, y oyó una voz que le dijo:

—Ese asiento perteneció a Lucifer, pero en su lugar se sentará el humilde Francisco.

Volvió en sí, y a poco Francisco salió y se le acercó y al verle el hermano Pacifico se arrojó rápido a sus pies, y con los brazos en cruz, y contemplándole cual si el Santo gozase ya de su solio celeste, le dijo:

—Padre, sé piadoso conmigo y ruega a Dios que se compadezca de mí y perdone mis pecados.

Y el bienaventurado Francisco le tendió la mano y le levantó, y comprendió que había tenido durante el rezo alguna visión, pues parecía completamente trocado, y le hablaba, no como a un ser de carne y hueso, sino como a un habitante y a un rey del cielo. Sin embargo, el hermano Pacifico no quiso relatar su visión al Santo, y empezó a hablar-

se en voz baja, diciéndose, entre otras cosas:

—¿Qué piensas, pues, de mí, hermano?

Francisco le oyó y respondió:

—¿Qué pienso? Que soy yo, según creo, el mayor pecador de cuantos hay en el mundo.

Y al punto, desde las alturas, se dijo al alma del hermano Pacífico:

“En esas palabras puedes reconocer la verdad de tu visión; pues así como Lucifer, por su orgullo, fué arrojado de aquel hermoso trono, así Francisco, por su humildad, merecerá ser exaltado, sentándose en él en lugar del príncipe de las tinieblas.”

Francisco, el pobrecito padre de los pobres, y hecho todo a los pobres, se contristaba al ver a otro más pobre que él. Aunque se contentaba con una túnica bastante grosera y arrugada, siempre estaba dispuesto a compartirla con los necesitados. Y para satisfacer su gran compasión, pobre aun muy rico, y socorrer a cualesquiera pobres, pedía a los ricos, cuando arreciaba el frío, que le prestasen alguna capa o cualquier abrigo, y, cuando gustosos se lo daban, decía:

—Acepto esto con tal gratitud, que es preciso renunciéis a recuperarlo jamás.

Y en seguida regalaba, alegre y satisfecho, el abrigo al primer pordiosero que veía.

No podía sufrir que se riñese a un pobre ni que se pronunciasen palabras de maldición contra cualquiera. En cierta ocasión un hermano confesó con palabras injuriosas a un mendigo que le pedía limosna, diciéndole:

—Ea, ¿no serás acaso rico y te fingirás pobre?

Frañcisco, el padre de los pobres, muy dolido de estas palabras, reprendió severamente al hermano y le ordenó que se despojase de sus vestidos delante del pobre y le pidiese perdón, besándole los pies. Solía decir:

—El que habla mal a un pobre injuria a Cristo, cuyas nobles señales lleva el pobre, pues El por nosotros se hizo pobre en este mundo.

También con mucha frecuencia, al ver a cualquier pobre cargar con haces o cualquier otro peso, para ayudarle tomaba la carga sobre sus espaldas, con tener muy poca fuerza.

Rebosaba caridad, no sólo hacia los hombres abrumados por la desgracia, sino también hacia los animales, fuesen ovejas, reptiles o pájaros, hacia todos los seres sensibles e insensibles. Por los corderillos, sobre todo, sentía especial afecto y viva ternura, porque en los sagrados libros se compara con frecuencia, y con razón, la humildad de Nuestro Señor Jesucristo con la del cordero. Con alegría, además, aprovechaba todas las comparaciones alegóricas de que podía echar mano, aplicables al Hijo de Dios.

Caminando por la marca de Ancona, donde fué predicando la palabra divina, y al dirigirse a Osimo con monseñor Paulo, nombrado ministro de todos los hermanos de la susodicha provincia, vió en un campo a un pastor que apacentaba cabras y machos cabríos. En medio de aquel ganado había una ovejita humilde al andar y tranquila ramoneando. Francisco, al verla, se detuvo y, conmovido de dolor, dijo, lloroso, al hermano que le acompañaba:



—¿Ves esa ovejita que anda bondadosa en medio de cabras y machos cabríos? Así Nuestro Señor andaba entre los fariseos y los príncipes de los sacerdotes. Te suplico, pues, que, caritativo te compadezcas de ella. Saquémosla, comprándola, de en medio de ese ganado.”

El hermano Paulo, admirado de tanta piedad empezó también a conmovirse; pero como no tenían otra cosa que las pobres túnicas que los cubrían, permanecieron allí indecisos sin saber cómo pagar, cuando un mercader que acertó a pasar por allí, enterado, les dió la suma deseada. Cogieron, pues, a la oveja y se la llevaron a Osimo, y con ella se presentaron al obispo, que los acogió con gran deferencia. El señor obispo quedó admirado al ver la oveja que llevaba el siervo de Dios y a la que prodigaba tanta ternura. Y cuando el bienaventurado Francisco le recordó detalladamente la parábola evangélica el obispo, conmovido, dió gracias a Dios por la pureza de su siervo.

Al día siguiente Francisco salió de la ciudad sin saber qué hacer de la oveja. Por consejo de sus compañeros y amigos la confió a la custodia de las buenas Siervas de Cristo en el convento de San Severino. Las venerables mujeres la acogieron con alegría y como un gran regalo de Dios.

Al cabo de mucho tiempo de guardarla y atenderla con esmero, tejieron con la lana una túnica, que enviaron al padre Francisco, con ocasión de la celebración de un Capítulo en la iglesia de Santa María de la Porciúncula. Y el siervo de Dios aceptó el presente con gran respeto y júbilo del

corazón, besó la túnica al recibirla e invitó a los presentes a regocijarse.

En otra ocasión, yendo aún por la susodicha Marca en la grata compañía del citado hermano, se cruzó con él un hombre que traía colgados en la espalda dos corderillos atados con una cuerda para venderlos en el mercado. El Santo, al oír sus balidos, se conmovió y, acercándose, los acarició como la madre acaricia al hijo que llora, y les expresó su compasión. Y dijo al hombre:

—¿Cómo llevas a mis hermanos corderos así atados y suspendidos?

Y el hombre le contestó:

—Los llevo al mercado con objeto de venderlos, pues estoy en un apuro.

Y el Santo le dijo:

—¿Y qué harán con ellos luego?

—Los que los compren los degollarán y se los comerán.

—No, no—replicó con viveza el Santo—, eso no ha de ser. Toma la capa que llevo y cóbrate y dame los corderos.

El hombre, muy ufano, entregó los corderillos y tomó la capa, que era de mucho valor, regalo de un devoto, que aceptó el Santo por el mucho frío que hacía. Con todo, Francisco, ya dueño de los corderos, se preguntó muy inquieto qué haría con ellos. Por fin, siguiendo el consejo de su compañero, se los devolvió al hombre, con la condición de que los cuidara y recomendándole que nunca los vendiera ni los maltratara, y que los nutriera y cuidara con esmero.

Su intención más honda, su principal deseo,

su pensamiento supremo era observar el Santo Evangelio en todo y en todas partes, y seguir e imitar en todo perfectamente, a fuerza de atención, de esfuerzos, de voluntad y de calor espiritual, las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo. Remachaba en la memoria las palabras del Señor con meditaciones asiduas, y recordaba sus actos con muy sagaces reflexiones. La admiración por la humildad de su nacimiento y la lástima por los dolores de su pasión, absorbían de tal modo la memoria del Santo, que no podía pensar en otra cosa.

Hay que mencionar lo que tres años antes de su glorioso fin hizo en la plaza fuerte de Greccio. Había en esta comarca un hombre llamado Juan de buena fama y de costumbres mejores todavía. Francisco le estimaba con especial afecto, porque noble de abolengo y muy venerado en la región, despreciaba, sin embargo, la nobleza de la sangre, y perseguía tan sólo la del alma. Quince días antes de Navidad, Francisco le llamó como solía y le dijo:

—Si quieres que celebremos en Greccio la próxima fiesta del Señor, pon sin tardanzas manos en la obra, y prepara diligente lo que voy a decir. Quiero hacer visible el recuerdo del Niño nacido en Belén, visibles las incomodidades que sufrió el recién nacido, cómo fué depositado en el pesebre entre el buey y el asno, acostado en el heno y contemplándolo todo con ojos corporales.

Apenas oyó esto Juan, el hombre bueno y fiel, se apresuró a preparar en aquel paraje cuanto le dijera el Santo.

Cercano ya el día del júbilo y llegado el momen-

to de la exaltación, acuden de diversos puntos de la comarca invitados, hermanos, hombres y mujeres, aprontando según sus medios y con el alma en fiestas cirios y antorchas, que iluminen aquella noche, cuyo rutilante astro alumbraba la sucesión de los días y de los siglos. Uno prepara el pesebre, otro trae heno, quién lleva allí un buey y un asno. Hónrase así la sencillez, exáltase la pobreza, recomiéndase la humildad, y Greccio se convierte en nuevo Belén.

La noche es clara y primaveral, grata a los hombres y a los animales. Llega la muchedumbre y queda enajenada de nuevo alborozo al ver la novedad del misterio. El eco del bosque repite sus cantos, y las rocas contestan sus clamores. El coro de los hermanos dirige a Dios las alabanzas que le son debidas, y toda la noche resuena cantos de alegría.

El Santo se mantiene erguido ante el pesebre, suspirando, compadecido, conrito, inundado de sorprendente gozo. La solemnidad de la misa se celebra encima del pesebre y el sacerdote recibe de ello nuevos consuelos.

El siervo de Dios se reviste de los ornamentos levíticos, pues es diácono, y con voz sonora entona el Santo Evangelio. Su voz, su potente voz, voz dulce y clara y sonora, llama a todos a las supremas recompensas. Predica a continuación a la muchedumbre que le rodea y sus labios vierten a raudales palabras de miel sobre el nacimiento del pobrecito rey nacido y sobre el pueblecito de Belén. Frecuentemente, al intentar hablar de Jesucristo, ardía de tal amor su pecho, diciendo: "el niño de

Belén", que pronunciaba el nombre de Belén con el acento del cordero que bala, con la boca henchida de ruido, pero aún más de ternura. Cuando nombraba a Jesucristo, dijérase que se lamía los labios, probando con delicia o bien saboreando la dulzura de este nombre.

Los beneficios del Todopoderoso llovieron entonces sobre Greccio. Un hombre virtuoso tuvo allí esta visión: vió que el Santo se acercaba a un niño inanimado, acostado en un pesebre, y hacíalo levantar como si despertase de un sueño. ¡Veraz visión la de aquel hombre, pues en muchos corazones yacía olvidado el niño Jesús hasta que lo resucitó su siervo Francisco y lo recordó a la memoria de los fieles!

La solemne velada dió fin, y cada uno volvió a su morada. Se conservó el heno depositado en el pesebre de Greccio para preservar de enfermedades al ganado y demás animales, por los cuales miró Dios con más misericordia. Y realmente ocurrió que muchos animales atacados de diversas enfermedades en las comarcas contiguas curaron de pronto en cuanto probaron aquel heno. Y lo más sorprendente fué que las mujeres, tras largos y penosos esfuerzos de parto, en cuanto aplicaban aquel heno al cuerpo, daban a luz con completa felicidad. En el sitio donde se puso la cuna, se erigió un templo a la Divinidad, y encima del pesebre un altar y una iglesia, consagrada al bienaventurado padre Francisco.

Merodeaba entonces por el territorio de Jubbio un enorme lobo, terrible por su corpulencia y ferroz en sus carnicerías. Devoraba a hombres, mu-

jeres y animales. Y era tal el terror y zozobra que inspiraba, que los habitantes salían siempre armados como si partieran para funesta guerra. A pesar de las armas, nunca salían indemnes de las dentelladas y furor del monstruo, si acaso por su mala suerte con él topaban. Sentían todos tal terror, que apenas había quien se aventurase más allá de las puertas de casa.

Pero Dios quiso demostrarles la santidad de Francisco, y hallándose el bienaventurado padre allí, Dios le ordenó, compadecido de ellos, que fuese al encuentro del lobo. Las gentes le decían:

—Cuidado, padre Francisco, cuidado; no salga de la puerta, pues el lobo, que a tantos ha devorado ya, le matará sin remedio.

Pero Francisco, confiado en Nuestro Señor Jesucristo, dueño de todas las almas en todos los cuerpos, sin llevar casco ni escudo y sin más arma que la señal de la cruz, salió de la ciudad con su compañero y se fué intrépido al lobo. Y he aquí que la feroz alimaña, a la vista de todos los que se habían apostado para verlo en muros y torres, se precipitó con las fauces abiertas contra Francisco y su compañero. Pero bastó que Francisco le hiciera la señal de la cruz para que la bestia, súbitamente contenida por alguna fuerza divina, se detuviera ante el Santo y su compañero, cerrando las enormes mandíbulas. Y el padre le dijo:

—Ven a mí, ven, hermano lobo, y en nombre de Cristo te ordeno que no me causes daño alguno ni lo causes a nadie.

Y el lobo, trocado por aquel mandato en corde-ro, se echó a los pies del Santo, bajó la cabeza y

así quedó prosternado. Francisco entonces le dijo:

—Hermano lobo, mucho daño has hecho en este país; has cometido horribles maldades, exterminando sin piedad a muchas criaturas de Dios, no sólo a animales sin raciocinio, sino también a hombres hechos a imagen del Señor. Mereces, pues, la muerte en tormento, que te mutile, como un bandolero y el peor de los asesinos, y eso piden con razón las gentes de este país. Sin embargo, hermano lobo, quiero establecer la paz entre ti y ellos, de modo que en adelante no les causes daño alguno, y a su vez ellos te perdonarán tus crímenes, y ni ellos ni sus jaurías te perseguirán.

Y el lobo, con movimientos del cuerpo, con ojos orejas e inclinaciones de cabeza, revelaba claramente que aceptaba cuanto decía el Santo. Y Francisco agregó:

—Hermano lobo, puesto que te conviene aceptar esta paz, te prometo que lograré de los habitantes de la ciudad te aseguren tu consumo diario.

Y el lobo, inclinando la cabeza, prometió acatar el mandato del Santo. Y Francisco dijo:

—Hermano lobo, quiero que me des prenda o señal, para que pueda fiar en tu promesa.

Y cuando el Santo tendió la mano para recibir el juramento, el lobo levantó la pata derecha delantera, y suavemente la posó en la mano de Francisco, dando señal, como podía, de su fidelidad al pacto. Entonces Francisco dijo:

—Hermano lobo, te ordeno en nombre de Nuestro Señor Jesucristo que al punto vengas conmigo a la ciudad sin temor, para arreglar definitivamente la paz.

Al punto, el lobo, obediente, empezó a andar siguiendo como dócil cordero a Francisco. Al ver aquello, las gentes de la ciudad quedaron sobremanera pasmadas, y difundido en seguida el rumor del milagro por todas las calles, hombres y mujeres, grandes y chicos, corrieron hacia el arriate en que Francisco estaba con el lobo.

Francisco se irguió y pronunció un admirable sermón. Entre otras cosas les dijo que Dios permitía tales calamidades por los grandes pecados que cometían. Y agregó:

—Atended, queridos hijos; el hermano lobo me ha prometido hacer la paz con vosotros. Y yo, en nombre del hermano lobo, os garantizo que cumplirá fielmente este pacto.

Entonces la muchedumbre allí congregada, con grandes clamores juró que alimentaría el lobo mientras durase su vida. Y Francisco le dijo al lobo:

—Y tú, hermano lobo, ¿prometes cumplir este tratado, esto es, sin causar daño a hombres ni animales?

Y el lobo, arrodillado y bajando la cabeza, reveló claramente con gestos amistosos de todos sus miembros, con la cola y con sus orejas, que mantendría su promesa, y levantando la pata derecha la posó, a guisa de juramento, en la mano de su fiador. El lobo durante dos años vivió en la ciudad, yendo de puerta en puerta en busca de alimento, sin atacar a nadie y sin ser por nadie molestado, sino al contrario, mantenido como un príncipe; y, cosa admirable, ningún perro le ladró ni hostigó. Y cuando por fin murió de vejez, los ciudadanos se condolieron mucho de su muerte.



XV

El retiro en el monte de la Vernia.



EN gran alegría supo Francisco que los hermanos habían logrado instalarse en un paraje del monte de la Vernia, concedido por el conde Orlando, muy adecuado para el rezo y la contemplación. Y se diri-

gió a sus hermanos con aire jovial, diciéndoles:
—Hijos míos, nos acercamos al ayuno del arcángel San Miguel. Quiere Dios, a mi parecer, que practiquemos este ayuno en el monte de la Vernia.

Dicho esto, Francisco escogió para que le acompañaran al hermano Masceo de Marignano, de Asís, hombre de mucho sentido y gran elocuencia; al hermano Angel Tancredo, de Rieti, de gran nobleza, antaño caballero en el mundo, y al hermano León, hombre muy sencillo y puro, al cual Francisco profesaba gran afecto. Con los tres herma-

nos Francisco se puso a orar, y después de encomendarse a las oraciones de los que se quedaban, emprendieron el viaje en nombre de Jesús Crucificado. En el momento de partir, Francisco llamó al hermano Masceo y le dijo:

—Tú, hermano Masceo, serás nuestro guardián y nuestro preboste en este viaje; esto es, acataremos esta regla en viaje y mientras permanezcamos juntos. Nosotros rezaremos el oficio sin pensar en otro menester, ni en comer, ni en beber, ni en dormir. Cuando llegue la hora de albergarnos pediremos de limosna algo de pan y nos detendremos y descansaremos en el punto que Dios nos depare.

Los tres compañeros se inclinaron y persignándose emprendieron el viaje. Al anochecer del primer día llegaron a un convento de la Orden, donde durmieron; pero al anochecer del segundo, detenidos por el mal tiempo y el cansancio, no pudieron llegar a convento alguno, castillo o granja, y como cerrase la noche y arreciase la lluvia, se refugiaron en una iglesia abandonada, donde se tendieron para dormir.

Mientras dormían sus compañeros, Francisco se dedicó a la oración. A poco un alud de feroces demonios vino con gran rumor y horrible estruendo a trabar combate con el Santo y a hostigarle. Cogiale uno por aquí, otro por allá; quién lo lanzaba al espacio, quién lo derribaba en tierra. Uno le amenaza, otro le insulta. En fin, apelaron a mil recursos para distraerle de la oración, pero no lo lograron, pues Dios estaba con él. Cuando Francisco hubo ya soportado largo rato los asal-

tos diabólicos, empezó a gritar con recia voz:

—Espíritus condenados, nada podéis más que cuando Dios os lo consiente. Por ello, en nombre Dios, os digo: haced de mi cuerpo lo que plaza a Dios; muy gustoso os lo permito, pues no tengo peor enemigo que mi cuerpo, y si me vengáis de este adversario me prestaréis un gran servicio.

Entonces los demonios, con impetuosa furia, lo cogieron y arrastraron por la iglesia, redoblando en su cuerpo golpes y dolores.

El bienaventurado Francisco exclamó entonces con recia voz:

—Señor, mi Señor Jesucristo: te agradezco tanto honor y bondad como me prodigas. Prueba de gran amor son los castigos con que Dios en este mundo limpia a sus siervos de pecado para que no sean castigados en el otro. Por mi parte, ¡oh Dios mío!, estoy dispuesto a soportar alegremente todas las penas y adversidades que te plazca infligirme por mis culpas.

Los demonios, por fin, confusos y vencidos por la constancia y paciencia del Santo, huyeron. Francisco salió de la iglesia muy enfervorizado. Se internó en el configuo bosque, y absorfo en la oración, con los ojos llorosos y el corazón sobresalido, dióse a buscar a su Jesucristo, al prometido y amado de su pensamiento. Finalmente, habiéndole hallado en lo más hondo de su alma, ya le habla respetuosamente como a su Señor, ya le responde como a un juez, ora le suplica como a un padre, ora conversa con El como con un amigo. Esta noche sus compañeros se levantaron, escucharon y espieron cuanto hacía en el bosque. Y

vieron y oyeron cómo lloroso imploraba a gritos a la Divina Providencia en favor de los pecadores; cómo plañía la pasión de Cristo, cual si la viese con los ojos de la carne.

Esa misma noche le vieron orar con los brazos en cruz largo rato, mucho tiempo elevado al espacio y envuelto en resplandeciente nube. Así pasó toda la noche sin dormir dedicado a piadosos ejercicios.

A la mañana siguiente, los compañeros, viendo que Francisco, extenuado por el insomnio, mal podía dar un paso, se dirigieron a un pobre labrador y le rogaron por amor de Dios que les prestase un borriquillo para el padre Francisco, que no podía sostenerse en pie. El labriego, al oír el nombre del hermano Francisco, les preguntó:

—¿Sois acaso hermanos de ese monje de Asís del cual se cuenta tanto bien?

Los hermanos respondieron que sí y que para él pedían el borriquillo. El buen hombre se apresuró devotamente y muy atento a aparejar el asno, se lo llevó a Francisco y respetuosamente le suplicó que subiera en él, y todos emprendieron el camino, yendo con ellos el labriego detrás del borrico. Al cabo de un rato de marcha dijo el campesino a Francisco:

—Dime; ¿eres tú Francisco de Asís?

—Sí—respondió Francisco.

—Pues bien—dijo el aldeano—, compóntelas para ser tan bueno como dice todo el mundo, pues realmente tienen todos en ti gran confianza; por ello te aconsejo que te muestres como todos esperan de ti.

Al oír esto, Francisco no se avergonzó de verse aconsejado por un palurdo, y no se dijo: "¿Qué animal es este que me da lecciones?", como dirían hoy muchos orgullosos encapuchados. Al punto, apeándose del asno, se arrodilló ante el labriego, le besó los pies y humildemente le agradeció que le previniese con tanta caridad. Entonces el villano y los compañeros de Francisco le levantaron del suelo muy devotamente, lo subieron al asno y continuaron la marcha. A mitad del repecho del monte, por el gran calor y lo peligroso de la cuesta, el aldeano, agobiado de sed, gritó a Francisco:

—Ea, ea; me muero de sed; si no hallo qué beber reviento de seguro.

Ello motivó que San Francisco se apease y puesto de rodillas orase con las manos tendidas al cielo hasta que supo por revelación que Dios le había escuchado. Y dijo a continuación al aldeano:

—Vete corriendo allá abajo y junto a aquella piedra hallarás el agua viva que Jesucristo en este momento misericordiosamente acaba de alumbrar.

Corrió el hombre hacia el paraje indicado por Francisco, y halló una hermosa fuente de la que bebió sin tasa, quedando al punto confortado. Es indudable que aquella fuente brotó milagrosamente por obra de Dios y a ruegos de Francisco, pues ni antes ni después hubo manantial en aquel paraje ni en los alrededores más alejados.

El siervo de Dios, el bienaventurado Francisco, sus tres compañeros y el labriego, dieron gracias a Dios por la realización del milagro y siguieron su camino. Ya próximos al picacho de la Vernia

plugo a San Francisco descansar un momento bajo una encina que hallaron al paso, y que aún hoy subsiste. Desde el cobijo de la sombra del árbol examinó con atención la disposición de los lugares y el paisaje. Y mientras le absorbió la contemplación, he aquí que de todos los puntos del horizonte acudieron en tropel muchedumbres de pájaros de toda especie y plumaje, que con arpegios y aleteos manifestaban gran contento y alegría. Y envolvieron a Francisco, posándose unos en la cabeza, otros en los hombros, parte en los brazos, parte en el pecho, y no pocos en torno de los pies del Santo. Sus compañeros y el campesino, al ver aquello, quedaron pasmados, y el buen Francisco, con el alma alborozada, les dijo:

—Mis queridos hermanos, creo que place a Nuestro Señor que moremos en la soledad de este monte, pues nuestras hermanas y hermanos las aves y los pájaros expresan tal alegría por nuestra llegada.

Y reanudaron la marcha peñas arriba, y por fin llegaron al paraje en que ya se habían instalado sus hermanos.

Es menester decir que monseñor Orlando, conde de Chiusi, enterado de la llegada de Francisco y de sus compañeros a la Vernia, se alegró sobremanera. Al día siguiente acudió a visitarle con la servidumbre de su castillo, y trajo víveres para el Santo y sus discípulos. Francisco rogó que le hiciese una choza de ramas al pie de un haya magnífica, a la distancia de una pedrada de la mansión de los hermanos, pues este paraje parecía excelente para orar. Y el señor Orlando ordenó que

se le construyesen, y como ya atardecía Francisco predicó al conde y a sus acompañantes concisa plática y les dió la bendición. Orlando le dijo que pidiesen al castillo cuanto les hiciese falta, y que personalmente se ofendería si no lo hiciesen. Sin embargo, en cuanto partió el conde, Francisco mandó a sus compañeros que se sentasen, y les dijo que no debían aceptar las caridades del señor Orlando.

—Ello sería ofender a nuestra señora y dueña, la Santa Pobreza, única vía de perfección, arras y prenda de las riquezas eternas. Esta es la norma de la vida que me he impuesto y os he señalado, y como me veo ya próximo a la muerte, quiero estar a solas para recogerme en Dios, llorando mis pecados. El hermano León, cuando le plazca, me traerá un poco de pan y un poco de agua; pero no dejéis, por ningún pretexto, que se me acerque ningún seglar; contestadle vosotros en nombre mío.

A los pocos días San Francisco, fijándose desde la atalaya de la choza en la estructura del monte, se asombró al ver grandes hendeduras y cavidades en los enormes peñascos. Entregóse a la oración y Dios le reveló que aquellas maravillosas grietas se abrieron milagrosamente en el momento de la pasión de Cristo, cuando, según el Evangelio, las piedras se hendieron. Así la voluntad de Dios quedó impresa en el monte de la Vernia, pues aquí había de renovarse la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en el alma de Francisco por el amor y la piedad, y en el cuerpo con la impresión de los santos y sagrados estigmas.

Desde entonces San Francisco por la oración

continúa empezó a experimentar con mayor frecuencia los encantos de la divina contemplación, que frecuentemente le arrobaba en Dios, en forma tal, que sus compañeros le veían corporalmente elevado sin tocar el suelo. Y el hermano León, con la mejor intención y gran pureza de propósito, dióse a espiar y a examinar los actos de Francisco. Y por tal pureza mereció ver más de una vez al Santo arrobado en Dios, elevado al espacio tres y a veces cuatro brazas de altura, y en ocasiones cuan alta era el haya, y hasta de veces tan alto en el espacio y envuelto en tal resplandor, que apenas la mirada podía distinguirle.

¿Y qué hacía el ingenuo hermano cuando San Francisco se elevaba sobre el suelo tan poco que era dable tocarlo? El hermano se acercaba quedo, muy quedo; se abrazaba a sus pies, se los besaba y llorando decía:

—Dios mío, ten piedad de mí, pecador, y por los méritos de este santo hombre acógeme en tu gracia.

Una de las veces, estando así, bajo los pies de San Francisco, pero sin poder tocarle, pues el Santo se había elevado demasiado, vió el hermano que una cédula escrita con letras de oro descendía del Cielo y se posaba en la cabeza de San Francisco, y en la cédula estaban grabadas estas palabras: "Esta es la gracia de Dios." Apenas pudo leer esta línea vió que la cédula subía al Cielo.

Ya cerca de la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora quiso Francisco buscar un paraje más solitario y silencioso, donde pudiese practicar la cuaresma del arcángel San Miguel, que empieza por

esta fecha. Llamó, pues, al hermano León y le dijo:

—Vete y permanece junto a la puerta del oratorio de los hermanos, y cuando te llame acude a mi llamamiento

El hermano León, al oír el grito, se acercó, pero San Francisco le dijo:

—Hijo, busquemos otro paraje más separado, tanto que no puedas oírme cuando te llame.

Y a fuerza de pesquisas hallaron en la falda de la montaña, por la parte del Mediodía, un paraje aislado y muy a propósito, pero no era posible llegar hasta él, pues se interceptaba muy ancha, horrible y formidable hendedura en la roca. Con muchas fatigas hicieron un puente con un gran tronco y pasaron. Entonces Francisco mandó que acudieran los demás hermanos, y les dijo que quería practicar allí la cuaresma de San Miguel. Les rogó a continuación que le construyesen una choza en forma que nadie le oyera, aun cuando gritase con todas sus fuerzas.

Construida la choza, San Francisco les dijo:

—Volved en paz a vuestra mansión y dejadme aquí solo. Con la ayuda de Dios quiero practicar esta cuaresma sin trastornos ni distracciones de espíritu. Nadie, pues, se me acerque, y no permitáis que se acerque ningún seglar. Tú, hermano León, vendrás sólo una vez al día con un poco de pan y agua, y a la madrugada otra vez. Pero te acercarás silencioso, y antes de pasar el puente, me dirás: "*Domine, labia mea aperies*", y si te contesto pasas el puente, entras en mi choza y cantaremos maitines, y si no te contesto vuelves inmediatamente sobre tus pasos.

Decía esto Francisco porque a veces de tal modo se absorbía en Dios, que nada oía ni sentía con los sentidos corporales. Dicho esto les dió su bendición y se separaron.

Subiendo constantemente de virtud en virtud con estas oraciones, preparaba el alma para recibir los sagrados misterios y sus divinos esplendores, y el cuerpo para librar crueles y constantes combates con los demonios. Salió una de las veces enfebrorizado de la cabaña y se fué a orar en una cercana guarida abierta en la roca y recayente a profundo, horrible y espantoso precipicio, cuando de pronto un demonio de terrible aspecto se presentó con estrépito de huracán, lo agarró y lo sacudió dispuesto a precipitarlo al abismo. San Francisco, sin salida por donde huir, y no pudiendo soportar el aspecto feroz del monstruo y sin tener a mano dónde agarrarse, se pegó a la roca, apretando contra ella manos, pies, rostro y todo el cuerpo. Pero como place a Dios que no se siente a sus siervos más allá de sus fuerzas, súbita y milagrosamente la roca a que el Santo se pegara se abrió en forma del molde de su cuerpo y lo envolvió, como si hubiera hundido manos y rostro en cera líquida, y hasta hoy la roca ha conservado la huella del cuerpo y del rostro de San Francisco. Durante esta larga cuaresma, aunque hubo de reñir San Francisco numerosas batallas con los demonios, recibió también grandes consuelos de la Divinidad, no sólo por medio de visitas de ángeles, sino también de pájaros monteses.

Efectivamente, durante este ayuno, un halcón que anidaba cerca de la choza, poco antes del alba le

despertaba con sus cantos y repiques de aleteos en la cabaña, y no paraba hasta que el Santo se levantase para cantar maitines. Y si alguna vez el Santo se hallaba más cansado que de ordinario, o bien doliente o enfermo, el halcón, como persona discreta y compasiva, cantaba más tarde. Y a San Francisco le complacia mucho este reloj, pues la gran exactitud del halcón le incitaba a sacudir la pereza y a consagrarse al rezo. Además se entretenía a veces hablando familiarmente con el pájaro.

Por último, Francisco, muy extenuado tanto por la prolongada abstinencia como por las luchas con los demonios, queriendo confortar su cuerpo con el sustento del alma y pensando en la gloria infinita y bienaventurada de los elegidos de la vida eterna, dióse a suplicar a Dios que le concediese la gracia de probar de antemano un ápice de esa alegría. Y, absorto en este pensamiento, un ángel se le apareció envuelto en la aureola de magnífico esplendor: su mano izquierda sostenía una viola, y la derecha blandía un arco. Quedó San Francisco estupefacto al verlo; el ángel entonces paseó el arco por las cuerdas de la viola, y brofaron tan suaves melodías que el alma de Francisco quedó calmada y libre de toda tentación carnal. Según contó luego a sus compañeros, creyó en aquella coyuntura que si el ángel hubiese continuado manejando el arco, el intolerable deleite de tal melodía hubiese separado el alma de su cuerpo.

Ya cercana la fiesta de la Santa Cruz, en el mes de septiembre, el hermano León fué una noche al sitio y hora de costumbre para cantar los maitines con Francisco. Como dijera antes de pasar el

puente: "Señor, abre mi boca", y el Santo no respondiera, el hermano León no se atrevió a volver sobre sus pasos, según las órdenes recibidas, sino que con buena y santa intención pasó el puente y se fué recto a la cabaña. Y al no ver allí al padre, supuso que estaría orando en algún paraje del bosque. Al fin percibió la voz de Francisco, y, acercándose, lo vió puesto de rodillas, con la cabeza y las manos dirigidas al cielo, y diciendo en éxtasis:

—¿Quién eres tú, mi dulcísimo Dios? ¿Qué soy yo, el último de los gusanos de la tierra, yo, tu inútil siervo?

Y repetía, repetía sin cesar estas palabras, sin decir nada más. El hermano León, asombrado, levantó los ojos al cielo y vió que descendía una llamada magnífica y resplandeciente que se posó en la cabeza de San Francisco, y percibió que de la llama salía una voz que hablaba con Francisco, pero no entendió lo que la voz decía. Considerándose indigno de acercarse más a aquel lugar sagrado, y temeroso también de ofender a San Francisco y de turbarle en su éxtasis, se refirió poco a poco, y se apostó lejos para aguardar el fin. Pero siguió espionando atentamente, y vió que San Francisco alargaba la mano tres veces a la llama, y por fin, al cabo de largo rato, la llama ascendió al cielo. Ya volvía hacia su celda con paso tranquilo, confortado y complacido de la visión, cuando Francisco, que oyó el roce de sus pies con la hojarasca, le ordenó que se detuviera y le aguardase.

El hermano León, obediente, se detuvo y esperó, tan amedrentado que hubiera preferido, según dijo

más tarde, que la tierra se abriese y se lo tragara a aguardar al Santo, irritado sin duda con él. Cuando Francisco le alcanzó, le dijo:

—¿Quién eres tú?

Y el hermano León, temblando, contestó:

—Soy el hermano León, padre mío.

Y Francisco le dijo:

—¿Por qué te acercaste allí, hermana ovejita?

¿No te dije que no vinieras a espiarme? Dime por la santa obediencia, ¿has visto u oído algo?

El hermano León dijo:

—Padre, te he oído hablar y decir muchas veces:

“¿Quién eres tú, Dios mío, mi dulcísimo Dios? ¿Qué soy yo, el más vil gusano de la tierra, yo, tu inútil siervo?”

Entonces el hermano León se arrodilló ante el Santo, y, disculpándose de su desobediencia, le pidió perdón, bañado en lágrimas. Y rogó que le explicase las palabras que el hermano había oído, y le dijese las que no pudo comprender.

Francisco, viendo a las claras que Dios había permitido al humilde hermano, por su sencillez y pureza, ver ciertas cosas, dignóse concederle lo que pedía, y le dijo:

—Has de saber, hermana ovejita de Jesucristo, que cuando yo decía las palabras que has oído, dos antorchas iluminaban mi alma. Cuando decía: “¿Quién eres tú, Dios mío?”, me inundaba la luz de la contemplación, por la cual veía el abismo de infinita bondad, sabiduría y poder de Dios; y cuando decía: “¿Quién soy yo?”, me inundaba otra luz de contemplación, por la cual veía la hondura lamentable de mi bajeza y de mi miseria. Por eso

decía: "¿Quién eres tú, Señor de infinita ciencia y bondad, que te dignas visitarme a mí, vil y abominable insecto?", y en la llama que has visto se escondía Dios, que me ha hablado como en otro tiempo habló a Moisés. Y entre otras cosas que me dijo, me pidió que le hiciera tres regalos, y yo le respondí: "Señor mío, todo yo te pertenezco, y sabes bien que sólo poseo el hábito, el cordón y las sandalias, y las tres cosas son enteramente tuyas. ¿Qué puedo, pues, ofrecer y dar a tu Majestad?" Y Dios me dijo: "Escarba en tu alma y dame lo que encuentres". Y escarbé en mi alma, y hallé una bula de oro, y se la ofrecí a Dios, y esto hice tres veces, pues tres veces me lo ordenó Dios, y luego me arrodillé tres veces, y bendije y agradecí a Dios que me hubiese dado algo que ofrecerle. E inmediatamente me fué dable comprender que los presentes eran la Santa Obediencia, la muy noble Pobreza y la esplendorosa Caridad.

Ordenó al hermano León que le trajese los Evangelios, pues Dios le había revelado que abriendo tres veces el sagrado libro sabría lo que Dios quería aún hacer de él. Y terminada su oración, mandó al hermano León que tres veces abriese el libro en nombre de la Santísima Trinidad, y tres veces el pique dió la Pasión de Cristo. Por lo cual le fué dable conocer que, habiendo seguido en los actos de su vida las huellas de Cristo, había de seguirle además e imitarle en las aflicciones y dolores de su Pasión antes de pasar de esta vida a la otra.

Y desde entonces, San Francisco empezó a saborear y sentir más copiosamente la dulzura de

la contemplación divina y de las visitas de Dios.

Recibió una de esas visitas casi inmediatamente, y esta visita, preparatoria de la impresión de las santas llagas, se realizó del modo siguiente: la víspera de la fiesta de la Santa Cruz, en septiembre, estando solo en la choza, entregado a la oración, se le apareció el ángel de Dios, y de parte de Dios le dijo:

—Quiero animarte y prevenirte a que te prepares y dispongas humildemente a soportar pacientemente lo que Dios quiera imponerte.

Francisco respondió:

—Estoy dispuesto a soportar cuanto plazca a mi Señor.

Dicho esto, el ángel se retiró.

Al día siguiente, día de la Santísima Cruz, San Francisco, muy temprano, antes del alba, se puso a orar delante de la puerta de la choza, y vuelta la faz hacia Oriente, rezó así:¶

—¡Oh Señor, oh mi Señor Jesucristo! Imploro de ti dos gracias antes de morir: la primera, que en vida sienta en mi alma y en mi cuerpo, cuanto posible sea, el dolor que sufriste, mi dulcísimo Señor, en los instantes de tu cruel Pasión; la segunda, que sienta en mi corazón, cuan posible sea, el amor inmoderado que te inflamó, ¡Hijo de Dios!, cuando sufriste voluntariamente la Pasión por nosotros pecadores.

Y absorto largamente en esta oración, percibió que Dios le escuchaba y le concedería sentir todo ello en la medida otorgable a una criatura.

Aceptada esta promesa, Francisco se puso a meditar muy piadosamente en la Pasión de Cristo

y en su infinita bondad. El fervor de la devoción tanto crecía en su alma, que se transformaba en Jesús a fuerza de amor y piedad. Y así, enardecido en la contemplación, aquella mañana vió a un serafín que descendía del cielo con seis alas resplandecientes e inflamadas. Con vuelo rápido, aquel serafín se acercó tanto, tanto a San Francisco, que el Santo pudo muy bien reconocer la imagen de un hombre crucificado. Y llevaba las alas dispuestas de modo que dos se extendían por encima de su cabeza, dos se desplegaban para volar y las otras dos cubrían el cuerpo. San Francisco, al verlo, quedó atemorizado, pero henchido al mismo tiempo de alegría, de dolor y de admiración.

Y en esta aparición seráfica, Cristo habló a San Francisco y le dijo un gran secreto, que Francisco durante su vida jamás quiso revelar a nadie. Y después de esta larga y secreta plática, la maravillosa visión desapareció. Dejó en el corazón de San Francisco inmoderado ardor de amor divino y en su carne dejó la maravillosa imagen y las señales de la Pasión de Cristo.

Inmediatamente, en sus manos y pies aparecieron las huellas de los clavos como las viera en el cuerpo de Jesús crucificado aparecido en forma de serafín. Y sus pies y sus manos parecían así atravesados de clavos, cuyas cabezas dejaron señal en la palma de las manos y en la planta de los pies como si hubieran sido encorvadas y remachadas, de modo que entre la curvatura y el remache, salientes en su carne, podía cómodamente pasar un dedo de la mano como por un anillo. Las ca-

bezas de los clavos eran redondas y negras. Del mismo modo en el costado derecho apareció la imagen de una lanzada, herida abierta, roja y sanguinolenta que manaba sangre con frecuencia sobre el pecho del Santo y ensangrentaba su túnica y sus sandalias.

Sus compañeros, antes de que el Santo dijera nada, ya advirtieron que nunca descubría manos y pies y no podía poner los pies en tierra; y al lavar su túnica y las sandalias ensangrentadas adivinaron que habían quedado impresas en manos, pies y costado las huellas y señales de la crucifixión de Nuestro Señor.

Aunque las santas llagas inundaron su corazón de gran alegría, sin embargo, causaban a su carne insoportables dolores. Le fué pues, forzoso revelarlo todo al hermano León como al más sencillo y más puro y le dejó ver y tocar las santas llagas y fajarlas con vendas para contener la sangre que manaban.

Se avino en las crisis de su dolencia a que le cambiaran con frecuencia las vendas, casi todos los días, excepto desde el jueves por la tarde hasta el sábado por la mañana, pues no quería de ningún modo que remedio alguno humano mitigase en este tiempo el dolor de la Pasión de Cristo incrustado en su cuerpo.

Terminada la Cuaresma, San Francisco se preparó a volver a Santa María de la Porciúncula.

Llamó, pues, al hermano Maseo y al hermano Angelo y les recomendó con la más calurosa insistencia la montaña sagrada, agregando que le

convenía volver con el hermano León a Santa María. Di: ho esto, se despidió de ellos y, accediendo a sus ruegos, permitió que vieran, tocaran y besaran sus manos, ornadas con los gloriosos y sacrosantos estigmas.





XVI

El cántico al Sol.



FRANCISCO, dos años antes de su muerte, sufría mucho con una enfermedad de los ojos y monseñor el cardenal Hugolino, que le quería entrañablemente, le comunicó que fuese a Rieti, donde había a la sazón excelentes oculistas. El Santo, en cuanto recibió la carta del cardenal, se dirigió a San Damián, residencia de Clara, la muy piadosa prometida de Cristo, con el propósito de consolarla antes del viaje. Pero el sufrimiento de los ojos la primera tarde que allí estuvo fué tal, que no podía tolerar la luz del día, ni aun la de la lumbre. Y Clara mandó que le construyeran con junco frenzado una choza, en la que pasó más de sesenta días dolorosamente en la obscuridad. Ahora bien: quiso Dios, para acrecer las aflicciones y méritos del Santo, que inva-

dieran aquella celda y corretearan en torno suyo tantas ratas y ratones, que de ningún modo podía rezar ni descansar. Hasta cuando comía se le subían a la mesa y le hostigaban en forma tal, que hubo de convenir con sus compañeros que manifiestamente era aquélla una persecución diabólica.

Viéndose crucificado así con tantos dolores, Francisco, una noche, compadecido de sí mismo, dijo fuera de sí:

—Señor, Señor, acude en mi auxilio, socórreme en mi infortunio para que pueda conllevarlo pacientemente.

Y al punto se le contestó en espíritu:

—Dime, hermano mío: si alguien te otorgase, a cambio de tus achaques y tribulaciones, un tesoro tan grande y tanpreciado que comparada con él nada fuese la tierra, ¿no te alegrarías sobremanera?

Y Francisco respondió:

—Ciertamente, Señor, muypreciado, muy excelente, muy apetecible sería para mí ese tesoro.

Y oyó de nuevo la voz, que le dijo:

—Regocíjate, pues, hermano y alborózate por tus achaques y aflicciones. Además, tranquilízate también como si estuvieses ya en mi reino.

A la mañana siguiente, en cuanto se levantó, dijo a sus compañeros:

—Si un emperador diese a cualquiera de sus súbditos un reino, ¿no debiera el súbdito regocijarse? Y si le diese un imperio, ¿no debiera alegrarse aún más?—Y agregó:— Me es forzoso, pues, alegrarme mucho de todos mis achaques y tribulaciones y consolarme en Dios y dar a toda hora

gracias a Dios Padre, a su Hijo único, Nuestro Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo por el gran favor que me ha concedido a mí, su indigno siervo, prometiéndome su reino cuando aún vivo en carne mortal. Quiero, pues, en honor suyo y para nuestro consuelo y para edificación del prójimo, componer un nuevo panegírico de las creaciones del Señor de que gozamos todos los días y en las que frecuentemente el género humano halla coyuntura para ofender al Creador. Pero nuestra ingratitud por tan grandes mercedes es constante y no agradecemos nunca bastante y como debiéramos al Creador, que nos ha otorgado estos bienes.

Entonces, incorporándose, meditó unos instantes y dijo:

—Altísimo y poderosísimo Dios y Señor.

Y sobre estas palabras compuso un canto que llamó "Cántico al Sol" y enseñó a sus hermanos a recitarlo y cantarlo. Su espíritu nadaba a la sazón en tales delicias y dulzuras que quiso se llamase al hermano Pacífico, motejado en el siglo de "Rey de los versos y galante doctor en el Canto", y que en efecto llegó a ser maestro de cantores en la Curia, y al que quiso confiar algunos hermanos del Señor.

Era su voluntad—decía—que el que supiese predicar mejor fuese a predicar al pueblo, y después de la plática todos se pusiesen a cantar a coro las alabanzas del Señor, a modo de juglares y trovadores. Y quería que después del canto el predicador dijese al pueblo: "Sí; somos los troveros del Señor y queremos que nos reconozcáis para manteneros en la verdadera penitencia".

Y agregó:

—¿Qué son, en efecto, los siervos de Dios sino sus juglares, los que deben exaltar el corazón de los hombres y suscitar en ellos los goces del espíritu?

Se refería principalmente a los hermanos menores, dedicados a la salvación del pueblo de Dios.

Por entonces subió al monte de la Vernia por última vez con el hermano Maseo, cuya carta dice así:

“Jesús y María, mi esperanza:

„El hermano Maseo, pecador, siervo indigno de Jesucristo, compañero del hermano Francisco de Asís, hombre muy grato a Dios. Paz y salud a todos los hermanos e hijos del gran patriarca Francisco, escudero de Cristo.

„Como el gran patriarca resolviese dar su último adiós a la montaña sagrada, el 30 de septiembre de 1224, día de la fiesta de San Jerónimo, el conde Orlando de Chiusi le envió una acémila para que fuese montado, pues no podía poner en tierra los pies, heridos y atravesados de clavos. Esta mañana, pues, después de oír misa en Santa María de los Angeles, como de costumbre, reunió a todos los hermanos en el oratorio y les ordenó expresamente que se mantuviesen en paz y acordes, que fuesen puntuales en el rezo y cuidasen siempre de la susodicha iglesia y oficiasen en ella día y noche. Además, les recomendó el Monte Sagrado, exhortando a todos los hermanos presentes y futuros que no tolerasen nunca la profanación de este lugar, que impusiesen a todos el res-

peto y veneración hacia él, y dió su bendición a todos los que morasen en dicha montaña y a cuantos la respetasen y venerasen. Y agregó: "Por el contrario, ignominia para los que no la respeten y esperen de Dios condigno castigo." Luego me dijo: "Sepas, hermano Maseo, que mi intención es que en ese monte residan los religiosos más temerosos de Dios, los mejores que haya en mi Orden, y que se esfuercen en ser aún los mejores entre los mejores. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Hermano Maseo, ya no digo más."

„En seguida nos ordenó e impuso a mí Fray Maseo, a Fray Angel, a Fray Silvestre y a Fray Iluminado, que tuviésemos especial cuidado del paraje en que se realizó el gran milagro de la impresión de las Santas Llagas. Dicho esto, exclamó: "Adiós, adiós, adiós." Luego, volviéndose hacia Fray Angel, le dijo: "Adiós, adiós." Y lo mismo dijo a Fray Iluminado: "Quedad en paz, muy queridos hermanos. Adiós; mi cuerpo se separa de vosotros, pero os dejo mi corazón. Me voy con el hermano Pecorella del buen Dios; me voy a Santa María, y ya no volveré más aquí. Me voy; adiós, adiós, adiós a todos. Adiós, Monte Sagrado; adiós, Monte de la Vernia; adiós, Montaña de los Angeles; adiós, querido Halcón; te agradezco las bondades que tuviste conmigo; adiós, peñasco Spicco; no volveré a visitarte. ¡Adiós, adiós, adiós, roca que me acogiste en tus entrañas, ahuyentando al Diablo vencido; ya no nos veremos más! ¡Adiós, Santa María de los Angeles; te encomiendo mis hijos, oh madre del Verbo Eterno!"

„Mientras nuestro muy querido Padre pronun-

ciaba estas palabras, nuestros ojos derramaron torrentes de lágrimas, que motivaron que él se fuese sollozando también. Se llevó nuestros corazones, y quedamos huérfanos con la partida de tal Padre. Yo, hermano Maseo, escribo estos renglones anegado en lágrimas.

„Dios nos bendiga.“

Estando en la ermita de la Fontana de las Palomas (Monte Colombo), cerca de Rieti, para curar la enfermedad de los ojos, por mandato expreso del cardenal de Ostia y del hermano Elías ministro general de la Orden, fué el médico un día a verle. Después del examen, le dijo que era menester dar unos puntos de fuego en la parte alta de la mejilla y hasta encima de la ceja del ojo más enfermo. Francisco no quiso que se hiciese la operación ausente el hermano Elías, que había expresado ya su interés por la cura. Temía también (y ello le era muy penoso) mostrar, al acceder, excesiva solicitud por su persona. Por ello quería que asistiese a la operación el ministro general. Pero como inútilmente se le aguardó y no venía, refenido por mil asuntos, Francisco permitió al fin que se le practicase, como el médico quería. Y cuando vió poner el hierro entre las ascuas, queriendo fortalecer el alma y ahuyentar el miedo, habló así al fuego:

—Fuego, hermano mío, la más noble y útil de todas las criaturas: sé clemente conmigo en este momento, pues siempre te he amado y te amaré siempre por amor de quien te ha creado. Suplico a nuestro Creador que modere tu calor, para que pueda soportarlo.

Y acabada la operación, hizo sobre el fuego la señal de la cruz.

Los que estábamos con él—dice el hermano León—salimos movidos de piedad y compasión, y el médico quedó solo con él. Aplicados los puntos de fuego, entramos y nos dijo:

—Hombres pusilánimes y de escasa fe, ¿por qué habéis huído? En verdad os digo que no he sentido dolor alguno ni ardor de fuego, y si no se ha quemado bastante, que se me queme aún más.

Y el médico, maravillado, nos dijo:

—Hermanos míos, realmente hubiera temido que no ya él, tan débil y enfermo, sino el hombre más robusto, no pudiese soportar tal quemadura; pues no se ha movido, ni ha dado la menor señal de dolor.

Fué, en efecto, preciso quemarle todas las venas desde el oído hasta las cejas, y sin ningún provecho. Vino luego otro médico, que le taladró las dos orejas con un hierro candente, y sin provecho alguno igualmente.

¿Qué sorprendente es que el fuego y los demás seres le obedeciesen y reverenciasen? Los que convivimos con él lo vimos bien con frecuencia. Les prodigaba tal amor, tanto se deleitaba en ellos, su admiración los rodeaba de tanta piedad y compasión, que llevaba a mal el espectáculo de un grosero trato, y les hablaba con alegría interna y júbilo exterior, como si fueran seres racionales, y en tales momentos era cuando con frecuencia se arrobaba en Dios.

Uno de los seres inferiores e insensibles por él preferentemente amado, era el fuego; lo amaba

por su belleza y utilidad, y no quería que se opusiesen obstáculos al cumplimiento de su misión.

Estando en cierta ocasión sentado junto a la lumbre, la llama, sin que el Santo lo advirtiera, prendió en sus bragas, que ardieron hasta la rodilla; y cuando ya sintió el calor, no quiso, sin embargo, extinguir el fuego. Un hermano que lo vió, corrió a apagarlo; pero el Santo se opuso, diciendo:

—Hermano, no causes daño al fuego.

De ningún modo quería que lo apagasen. El hermano se apresuró a llamar al hermano guardián, y mientras le condujo a la presencia de San Francisco, el fuego se apagó a pesar de la voluntad del Santo. Aun en casos apremiantes, se resistía a apagar una luz, una lámpara o un cirio, llevado de amor y de piedad hacia ellos.

Después del fuego, lo que más amaba era el agua, imagen de la penitencia y de las tribulaciones, con que se lavan las almas impuras, y cuya primera ablución es el agua del Bautismo. Para lavarse las manos escogía un sitio donde el agua cayese sin peligro de ser hollada. Al pasear, andaba con miedo y respeto sobre las piedras, por amor de quien se llamó Pedro, y al recitar el salmo *In petra exaltasti me*, agregaba con devoto respeto: "Me has elevado de debajo los pies de la piedra."

Cuando un hermano cortaba y preparaba leña, le decía que no desmochase completamente el árbol, sino que dejase algunas ramas intactas, por amor de quien quiso salvarnos desde el árbol de la Cruz. Decía también al hermano jardinero que no cultivase sólo la tierra para la producción de

legumbres, sino que dejase algunos espacios para la producción de verdeantes plantas que en su día diesen flores, por amor de aquel que se llamó *flos campi* y *lilium convallium*. Y le decía, además, que reservase un jardincito o alguna parte del huerto para la siembra de olorosas hierbas productoras de hermosas flores, que invitasen a los hombres, cuando las vieses en su día, a bendecir al Señor, pues toda criatura dice y clama:

—Hombre, Dios para ti me hizo.

Por encima de todas las criaturas privadas de razón, amaba con mayor ternura al Sol y al Fuego.

“Por la mañana, a la salida del Sol—decía—, todos los hombres debían alabar al que lo hizo para nosotros: por él, durante el día, ven nuestros ojos. Y cuando sobreviene la noche, debían los hombres seguir alabándole por nuestro hermano el Fuego: por él ven de noche nuestros ojos, pues somos como ciegos, y Dios hizo que los dos hermanos nos alumbrasen. Por ellos y por las demás criaturas de que nos servimos a diario, debemos particularmente alabar al Creador.”

Y como pensaba y decía que el Sol es el ser más hermoso de la Creación y el que mejor puede compararse a Nuestro Señor, pues el propio Señor se llamó en el Evangelio “Sol de Justicia”, intituló con su nombre el Cántico que compuso en el cercado contiguo a San Damián, donde le acogió Clara y donde el Señor le prometió su reino. Así lo llamó “Cántico al Sol”.

Este es el elogio de las criaturas, elogio que compuso cuando el Señor le prometió su reino.

Cántico al Sol.

“Altísimo, Poderosísimo y Buen Señor.—Para Ti las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.—A Ti solo se deben, Altísimo Señor.—Hom-bre alguno es digno de nombrarte.—Alabado seas, mi Señor, con todas las criaturas.—Con el hermano Sol principalmente—que nos proporciona el día y nos alumbra.—Es hermoso y resplandece con gran esplendor.—Es tu manifestación, Supremo Señor... Alabado seas, mi Señor, por la hermosa Luna y las Estrellas,—que hiciste para el Cielo claras, preciosas y bellas.—Alabado seas, mi Señor, por el hermano Viento.—Y por el Aire revuelto o sereno y por todas las Estaciones—con las cuales confortas a tus criaturas.—Alabado seas, mi Señor, por la hermana Agua—que es útil, humilde, preciosa y casta.—Alabado seas, mi Señor, por el hermano Fuego—que alumbra la Noche.—Es bello, poderoso y fuerte.—Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana y amiga la Tierra—que nos sustenta y lleva—y produce diversos frutos y flores encendidas y yerbas.—Alabado seas, mi Señor, por cuantos perdonan—y sufren enfermedades y tribulaciones.—Bienaventurados los que las soportan en paz—pues por tí, altísimo Señor, serán coronados.—Alabad y bendecid a mi Señor y dadle gracias—y alabadle con gran humildad.”

Después de la fecha de la composición por el bienaventurado Francisco del susodicho panegírico, *Cántico al Sol*, surgió gran contienda entre el obispo y el podestá de Asís. El obispo excomulgó

al podestá y a su vez el podestá, a son de trompeta, prohibió a sus súbditos que vendieran cosa alguna al obispo, ni le comprasen nada, ni contratasen con él. En cuanto el bienaventurado Francisco, a la sazón muy enfermo, se enteró de la contienda, se conmovió y compadeció profundamente, sobre todo, porque nadie intervenía en aras de la paz, y dijo:

—Es muy vergonzoso para nosotros, siervos de Dios, que el obispo y el podestá se odien de ese modo y nadie tercié para conciliarlos.

Y a continuación agregó este verso al Cántico, verso inspirado en las circunstancias:

Alabado seas, Señor mío, por cuantos perdonan por tu amor.

En seguida llamó a uno de sus compañeros y le dijo:

—Ve al podestá y dile de mi parte que acuda con los magnates de la ciudad y con los que pueda llevar consigo al Obispado.

En cuanto se fué el hermano, dijo a otros dos compañeros:

—Y vosotros id a presencia del obispo y del podestá y de sus séquitos y cantadles el Cántico al hermano Sol. Confío en Dios que humillará al punto sus corazones y volverán a su antigua amistad y concordia.

Cuando el obispo, el podestá y los ciudadanos estuvieron ya reunidos en la terraza del claustro episcopal, los dos hermanos se levantaron, y uno de ellos dijo:

—El bienaventurado Francisco, durante su enfermedad, ha compuesto un panegírico del Señor y

de sus criaturas para gloria del Señor y edificación del prójimo. Y os ruega que lo escuchéis con la mayor atención.

Y empezaron a recitarlo y cantarlo.

Al punto el podestá se levantó, y con los brazos cruzados escuchó el canto como si fuese el Evangelio de Dios, atentamente, con gran piedad y hasta con lágrimas, pues sentía gran confianza y devoción por el bienaventurado Francisco. Y terminado el canto, dijo el podestá en presencia de todos:

— En verdad os digo que no es sólo el señor obispo al que quiero tener por dueño y señor. Perdonaría, perdonaría incluso al que hubiese matado a mi hermano o a mi hijo.

Y diciendo esto se prosternó a los pies del obispo y le dijo:

— Heme aquí dispuesto a complacerle en todo y como os plazca por amor de Nuestro Señor Jesucristo y de su siervo el bienaventurado Francisco.

A su vez, el obispo, acogiendo afablemente al podestá y levantándolo del suelo, le dijo:

— Es deber de mi ministerio ser más humilde, pero como soy por mi natural propenso a la cólera, es menester que seas indulgente conmigo.

Y todos los hermanos, maravillados, se alborozaron al ver que la predicción del bienaventurado Francisco sobre la concordia se había cumplido al pie de la letra. Y los demás asistentes atribuyeron a gran milagro, a los méritos del bienaventurado Francisco, aquella repentina visita del Señor y la vuelta a la paz sin recuerdo de injurias y de los pasados escándalos y discordias.



XVII

Muerte y funerales.



ACIENTE Francisco, enfermo en el palacio del obispo de Asís, probado, al parecer, más de lo ordinario por el peso de la mano de Dios, el pueblo de Asís, temiendo que si moría de noche los hermanos llevasen su cuerpo a otra ciudad, acordó vigilar con rondas nocturnas los alrededores de palacio.

El muy santo patriarca, para fortalecer el espíritu y no desfallecer vencido por las torturas violentas de sus dolores, durante el día mandaba a los hermanos que cantasen las alabanzas del Señor.

El mismo, durante la noche, las cantaba también para edificación y consuelo de todos los seglares que por él velaban y estaban de guardia en torno al palacio.

El hermano Elías, viendo que Francisco en me-

dió de tales sufrimientos se confortaba en Dios y se alborozaba de aquel modo, le dijo:

—Mi muy querido padre, la alegría que revelas en medio de tus achaques me conmueve y edifica, pero los habitantes de esta ciudad, que te veneran como a un Santo, creen firmemente que tu mal es incurable y vas a morir muy pronto. ¿No podrán decirse: “¿Cómo demuestra tanta alegría estando tan próximo a la muerte?”

El bienaventurado Francisco le respondió:

—Acuérdate de la visión que tuviste cerca de Foligno. Me dijiste entonces que se te había anunciado que yo no viviría más de dos años. Ciertamente, antes de que tuvieras esta visión, frecuentemente, día y noche, pensé en mi fin. Pero desde ese día me estimulé, además, a pensar en ello todos los días.

Luego agregó con gran viveza:

—Déjame, hermano, déjame alborozarme en Dios y con sus alabanzas y con mis achaques, pues por la gracia y la ayuda del Espíritu Santo, de tal modo me siento unido y ligado a mi Dios, que muy bien puedo, por su misericordia, deleitarme en El.

Por aquellos días fué a visitarle a palacio un médico de Arezzo llamado Buen Juan, íntimo suyo. Francisco le preguntó:

—¿Qué opinas, bienvenido amigo, de mi hidropesía?

No quiso llamarle con su nombre por no dar a nadie el título de Bueno, por consideración a Dios, que dijo: “Nadie es bueno más que Dios.”

No gustaba de que a nadie se llamase “Padre” o

“Maestro”, por consideración al Señor, que dijo:
“No os llaméis Padre en este mundo.”

Ahora bien: el médico le dijo:

—Esto irá bien, gracias a Dios.

Pero repuso Francisco:

—Dime la verdad. ¿Qué te parece? Habla sin temor. A Dios gracias, no soy una mujeruca para temer a la muerte. Por la gracia del Espíritu Santo, de tal modo estoy unido a mi Señor, que para mí la vida o la muerte son igualmente dichosas.

El médico, pues, le contestó:

—Evidentemente, según nuestra ciencia física, tu enfermedad es incurable, y creo que morirás a fines de septiembre o en los primeros días de octubre.

Entonces el bienaventurado Francisco, yaciente en el lecho, levantó con mucha devoción y gran respeto las manos hacia el Señor, y exclamó con viva alegría del alma y del cuerpo:

—¡Seas bienvenida, oh Muerte, oh Hermana mía!

En seguida un hermano le dijo:

—Padre, tu vida y tu conversión han sido y son antorcha y espejo, no sólo para tus hermanos, sino para toda la Iglesia. Lo mismo será tu muerte, y aunque constituya para tus hermanos y para muchos otros un motivo de tristeza y de duelo, para ti será de consuelo y de alegría infinita. Porque pasarás de los grandes trabajos al supremo reposo, de los innumerables dolores y tentaciones a la paz eterna, de la pobreza temporal que escogiste y observaste fielmente a la inmensidad de las verdaderas riquezas y de la muerte pasajera a la vida eterna, donde verás, cara a cara, a Dios Nuestro Se-

ñor, al que adoraste en este mundo con tal fervor en tu amor y en tu deseo.

Y dicho esto, agregó con franqueza:

—Padre mío, sabes ya con certeza, a no ser que Dios te envíe un remedio desde el cielo, que tu enfermedad es incurable y tu vida se agota, según dicen los médicos. Te lo digo para fortalecer tu espíritu y para que no deje de alborozarse tu cuerpo y tu alma, y para que todos los que aquí te ven y escuchan recuerden siempre tu muerte como un ejemplo, cual fueron y serán siempre tu vida y tu conversión.

Entonces el bienaventurado Francisco, aunque abrumado como nunca por su enfermedad, pareció invadido de nuevo júbilo al conocer la inminente llegada de su hermana la Muerte, y púsose a alabar al Señor con encendidos acentos:

—Pues bien: si place a Dios que muera dentro de poco, llamad al hermano Angel y al hermano León para que me canten el cántico de mi hermana la Muerte.

Cuando los dos hermanos se presentaron tristes y doloridos, entonaron llorosos el cántico al hermano Sol y demás criaturas de Dios. Y entonces, antes del último verso, incrustó estas estrofas referentes a la hermana Muerte. Dicen así:

“Alabado seas, Señor mío, por nuestra hermana la Muerte corporal, a la cual ningún hombre viviente logra escapar. Malhayan los que mueran en pecado mortal. Bienaventurados los que acatan tu Santa Voluntad, pues la segunda Muerte no les causará ningún mal.”

Ya cerciorado de su muerte próxima, tanto por

el Espíritu Santo como por el diagnóstico del médico, estando aún en el palacio episcopal, al sentirse agravado y casi sin fuerzas, quiso que le llevasen en su lecho a Santa María de la Porciúncula. Quería terminar su vida corporal donde había empezado a saborear la vida del alma.

Cuando los que le transportaban llegaron delante del hospital que está a mitad del camino, entre Asís y Santa María, les dijo que depositasen el lecho en tierra, y como apenas veía a causa de la larga y grave enfermedad a los ojos, suplicó que pusiesen el lecho de modo que sus ojos se enfrenasen con la ciudad. Incorporóse un poco y bendijo a la ciudad, diciendo:

—Señor, si el sitio que ocupa esta ciudad fué en muy remotos tiempos, según creo, albergue de hombres perversos, veo claramente que por tu generosa misericordia has derramado sobre ella, cuando te ha placido, extraordinaria copia de beneficios. Sólo por tu bondad la escogiste para ser morada de los que te conocerán realmente y acrecerán la gloria de tu nombre, difundiendo por el mundo el perfume de la buena fama y vida ejemplar, de la doctrina más verdadera y de la perfección evangélica. Te ruego, pues, señor Jesucristo, Padre de misericordia, que olvides sus ingratitudes y te acuerdes siempre tan sólo de la inconmensurable piedad que le mostraste, para que sea siempre la ciudad y el albergue de los que realmente te conocen y glorifican tu nombre bendito, tu nombre glorioso por los siglos de los siglos. Amén.

Dicho esto, lo llevaron a Santa María. Allí, a

los cuarenta y cuatro años de edad y veinte de perfecta penitencia, voló a nuestro Señor Jesucristo el cuatro de octubre del año de gracia MCCXXVI. Quiso al Señor con todo su corazón, con toda el alma, con el mismo ardiente deseo y con todo su afecto y siguió perfectamente sus huellas, lanzándose por ellas sin titubeos, y por fin fué a unirse con El en su gloria, en la gloria en que el Verbo vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Estando el Santo en Santa María de los Angeles, enfermo de su última enfermedad, llamó a los compañeros y les dijo:

—Ya sabéis cuán fiel y apegado a mi y a nuestra religión es la señora Jacoba de Lettesoli. Creo que consideraría como un gran favor y un gran consuelo el que le enteráramos de mi estado y le enviaseis un recadero. Quisiera que me remitiese aquel paño monástico de color de ceniza y la torta que tantas veces me hizo en Roma. Es una pasta que los romanos llaman *mostaccioli*, hecha con almendras, azúcar y otros ingredientes.

Era, en efecto, esta señora muy piadosa, viuda, y una de las matronas más nobles y ricas de Roma. Había recibido la gracia del Señor por las virtudes y pláticas de Francisco, de modo que parecía, por sus lágrimas y su devoción y por su tierno amor a Jesucristo, otra Magdalena.

Escribieron, pues, una carta, como el Santo les había dicho, y un hermano fué a buscar quien la llevase a Roma, cuando de pronto llaman a la puerta. Salió a abrir un hermano, y he aquí que parece la propia señora Jacoba, que a toda prisa venía a

ver al bienaventurado Francisco. El hermano, en cuanto la vió, corrió a comunicárselo al Santo, y le anunció con alegría que la señora Jacoba acababa de llegar de Roma con su hijo y otras muchas personas con objeto de verle. Y agregó: "¿Qué hacemos, padre? ¿Nos opondremos a que entre y te vea?" Decía esto porque la regla de Francisco prohibía por razones de recato y piedad que mujer alguna entrase en el claustro. Pero San Francisco le dijo:

—Tal regla no reza con esta señora, que movida de tanta fe y devoción viene de tan lejos.

La señora entró, pues, y se acercó anegada en llanto al bienaventurado Francisco. Y he aquí lo maravilloso. Traía el paño fúnebre, esto es, ceniciento, para hacer una túnica, y lo demás que se le pedía en la carta, como si realmente hubiese recibido la misiva, y la señora dijo a los hermanos:

—Hermanos míos, se me ha dicho en espíritu, rezando: "Ve y dirígete a tu padre, el bienaventurado Francisco. Y date prisa, pues si tardas no le verás con vida. Y llévale paño para una túnica y todos los ingredientes para hacer el manjar que prefiere. Lleva también mucha cera e incienso."

Todo se le pedía en la carta, menos el incienso. El mismo que inspirara a los tres Reyes que fueran con regalos, el día de Navidad, a honrar a su Hijo, inspiró a la noble señora que acudiera con presentes a honrar al más caro siervo de Jesús en el día de su muerte, esto es, de su verdadera Natividad.

La señora preparó, pues, la torta que deseaba el padre comer, pero apenas éste probó un bocado, pues por momentos desfallecía, próximo ya su fin.

Ordenó que con la cera aderezasen cirios que ardiesen en torno de su santo cuerpo, ya fallecido. Del paño confeccionaron los hermanos una túnica, con que le sepultaron. El, personalmente, ordenó a los hermanos que le cosiesen un saco en prueba y ejemplo de humildad y de pobreza. Y en la semana de la llegada de la señora Jacoba emigró nuestro muy santo padre al Señor.

En la semana en que el bienaventurado Francisco abandonó la tierra, Clara, el primer esqueje de las pobres hermanas de San Damián, émula principal de San Francisco en las prácticas de la perfección evangélica, temerosa de morir antes que él, pues los dos estaban a la sazón gravemente enfermos, lloraba muy amargamente y no podía consolarse, pues ya no esperaba ver antes de morir a su único padre en Dios, el bienaventurado Francisco, su consolador y maestro, y el primer fundador de la Orden en la Gracia de Dios. Y por mediación de un hermano se lo comunicó al Santo.

El bienaventurado Francisco, que quería a Clara con especial y paternal afecto, al oír el mensaje se conmovió de piedad. Pero viendo que no era posible acceder a sus deseos, esto es, recibir su visita y la de sus hermanas para consolarlas, le escribió una carta en la que le envió su bendición y la absolución de las infracciones que hubiera podido cometer de sus órdenes o bien de los mandatos y consejos del Hijo de Dios. Y para que ahuyentara toda tristeza y duelo, dijo al hermano que envió:

—Ve y di a la hermana Clara que deponga la tristeza y duelo que le causa el no poder verme, y sepa

en verdad que antes de su muerte me verán ella y sus hermanas y recibirán grandes consuelos.

La tarde en que Francisco voló desde este mundo a Cristo, las alondras, pájaros amigos de la luz del mediodía y a los que repugnan las sombras crepusculares, acudieron en tropel a la techumbre de la casa cuando empezaron los primeros desmayos de la luz vespertina y, revoloteando con rumbosos aleteos, cantaron a su modo largo rato. ¿Movíalas tristeza o alegría? No lo sabemos.

Con duelo alegre o con alegría fúnebre, bien plañían la orfandad de los hermanos, bien saludaban al padre camino ya de la eterna gloria. Los guardas de la ciudad, que asiduamente vigilaban rondando por fuera, pasmados, llamaron a sus camaradas para que oyesen el canto de las alondras.

Los hermanos e hijos del Santo, y numerosas muchedumbres que acudieron presurosas de las ciudades vecinas, se alegraron de asistir a las ceremonias fúnebres. Pasaron la noche en que murió el santo padre entonando cánticos divinos, de suerte que parecía velada de ángeles la noche aquella con la dulzura de tan gozosas melodías y el resplandor de tantas luminarias. A la mañana siguiente bajó de la ciudad de Asís una gran muchedumbre con todo el clero, y se llevaron el sagrado cuerpo del punto en que murió a la ciudad, con todos los honores, cantando himnos y alabanzas al son de clamorosas trompetas. Blandiendo ramas de olivo y de otros árboles, siguió el pueblo gravemente a los santos despojos, y en alta voz y envuelto en el resplandor de innumerables luces cumplía el deber de los honores, llevando los hijos

el cuerpo de su padre y yendo el rebaño detrás del pastor, y el mismo pastor hacia el Pastor del mundo.

Cuando se llegó al paraje donde implantara la religión y la orden de las Señoras de la Pobreza, colocaron el féretro en la iglesia de San Damián, morada de las hijas por el Santo cosquistadas para Dios. Abrieron la ventanuca por la cual las siervas de Dios solían oír la palabra divina, quitaron la reja, y los hermanos sacaron el santo cuerpo del féretro y lo tuvieron largo rato levantado en brazos frente a la ventana.

Acudió Clara con sus hijas para ver al Padre, que ya no les hablaría ni visitaría y que ahora corría presuroso a otra parte. Y todas, entre suspiros y con grandes gemidos interiores y llorosas, clavando en el Santo las miradas, exclamaron con acentos entrecortados:

— Padre, padre, ¿qué haremos ahora? ¿Por qué nos abandonas, a nosotras miserables? ¿A quién nos confías desoladas? ¿Por qué no nos enviaste delante y alegres donde tú vas en vez de dejarnos aquí doloridas? ¿Qué ordenas que hagamos aquí en la reclusión de nuestra cárcel, pues ya no nos visitarás nunca más, como solías? ¡Oh padre de los pobres, amante de la pobreza! ¿Quién nos sostendrá en nuestras tentaciones, quién nos consolará en nuestros pesares? ¡Oh amarga separación! ¡Oh marcha funesta! ¡Oh muerte demasiado horrible!

Con todo, el pudor virginal contenía algo los lloros, y no era decoroso lamentarse por una muerte que atrajo tanta muchedumbre de ángeles y de la que se alborozaban los ciudadanos del Santo de

los Santos y los íntimos del Señor. Así, compartiendo a la vez tristeza y alegría, besaron sus admirables manos ornadas de preciosas piedras, de perlas esplendorosas. Y en cuanto se llevaron el féretro, se cerró la poterna, y ya no se abrió más a tales sufrimientos.

¡Oh! ¡Qué tristeza en las patéticas y tiernas reclamaciones de las hijas! ¡Qué lamentaciones, sobre todo, las de sus hijos desalentados! El dolor de cada uno era el dolor de todos, y nadie podía contener las lágrimas al ver a estos ángeles de paz llorar tan amargamente.

Cuando la muchedumbre llegó a la ciudad se depositó con gran fervor y alegría el muy sagrado cuerpo en el santo lugar, desde el cual ilumina al mundo con la multiplicación de nuevos milagros y para gloria de Dios Todopoderoso.



FIN

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT
530 SOUTH EAST ASIAN AVENUE
CHICAGO, ILLINOIS 60607

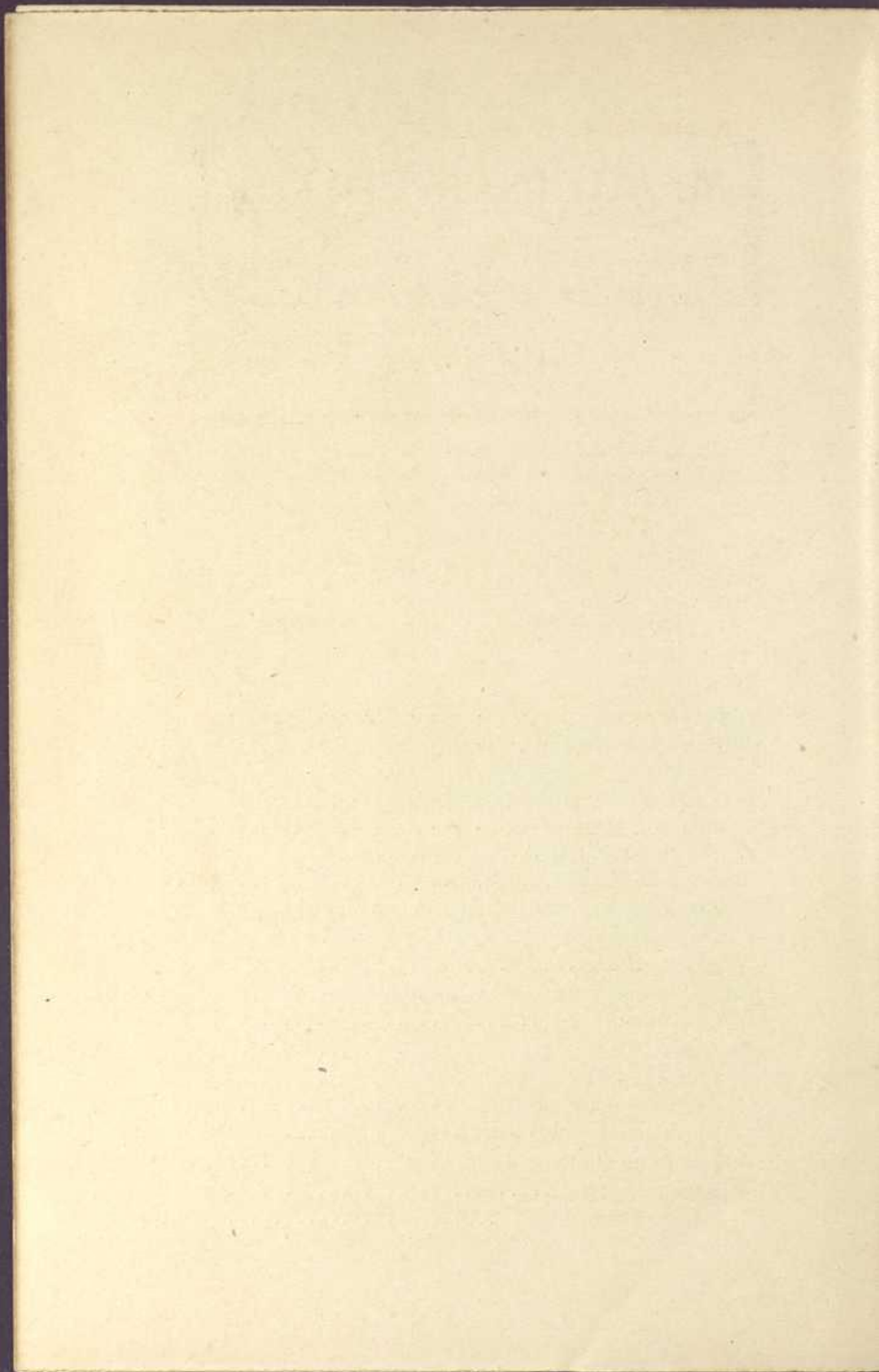
Dear Sir,
I have the pleasure to inform you that your application for admission to the Ph.D. program in Physics has been accepted.

Your research interests in the area of quantum mechanics are well suited to the work being done in the department. You will be advised by Professor [Name] and will have the opportunity to work with other leading physicists in the field.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PREFACIO.....	1
I.—Infancia y juventud.....	11
II.—La conversión.—Primeras etapas.....	19
III.—La conversión.—Últimas etapas.....	31
IV.—Primeros discípulos.....	45
V.—El Papa Inocencio III.	59
VI.—Regreso de Roma.....	69
VII.—Instalación en Nuestra Señora de la Porciúncula.	77
VIII.—Conversión de Santa Clara. El apostolado en Italia.....	85
IX.—Retrato físico y moral de San Francisco.....	95
X.—El Papa Honorio III.....	105
XI.—Predicación en Egipto.....	117
XII.—La tercera regla. La crisis de la Orden.....	123
XIII.—Las virtudes franciscanas.....	135
XIV.—San Francisco y los animales.....	145
XV.—El retiro en el monte de la Vernia.....	161
XVI.—El cántico al Sol.....	179
XVII.—Muerte y funerales.....	191



M. AGUILAR-EDITOR

Marqués de
Urquijo, 39



Apartado 8.011
Teléf. 31012.

M A D R I D

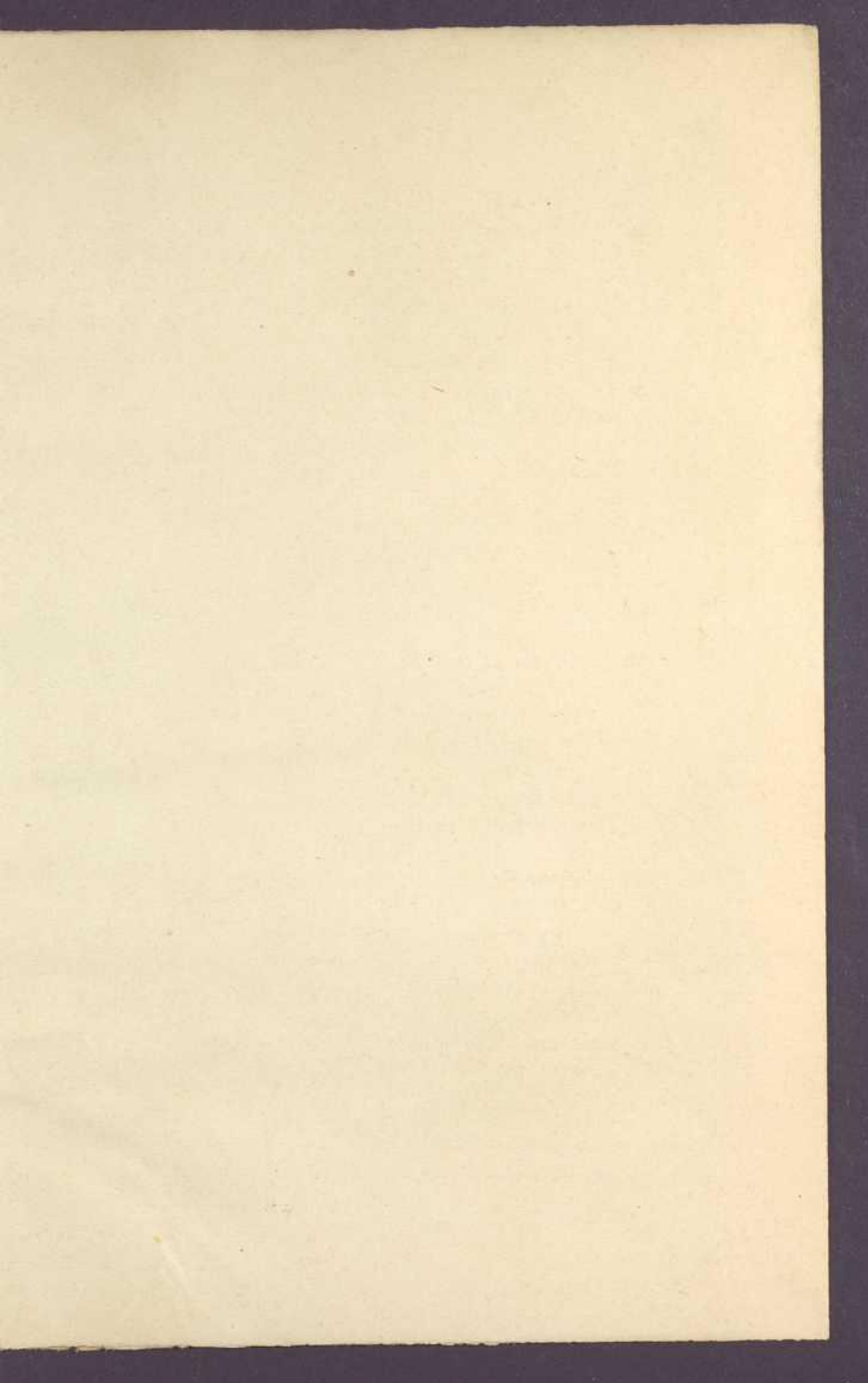
EXTRACTO DEL CATALOGO

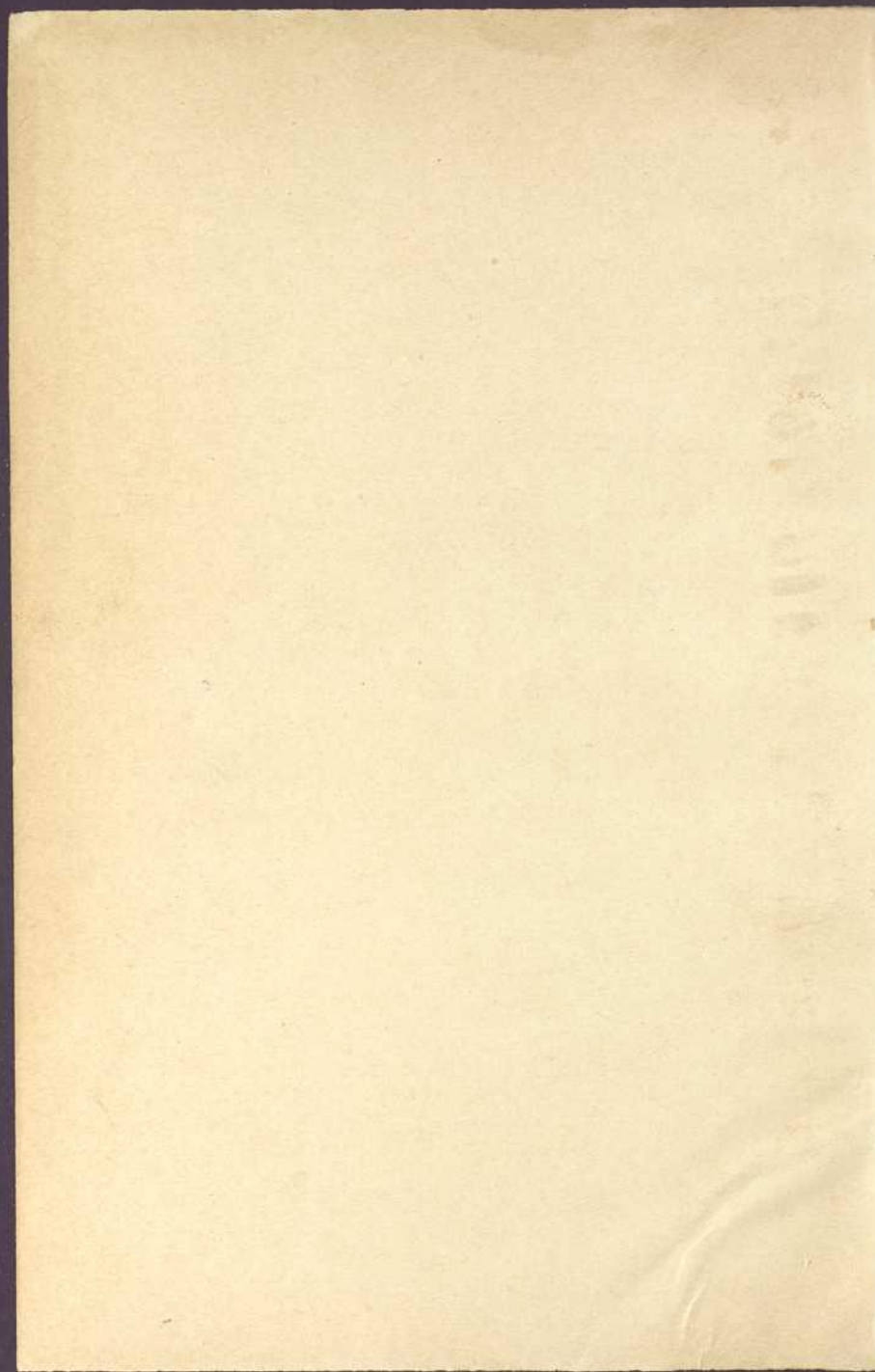
COLECCION LITERARIA

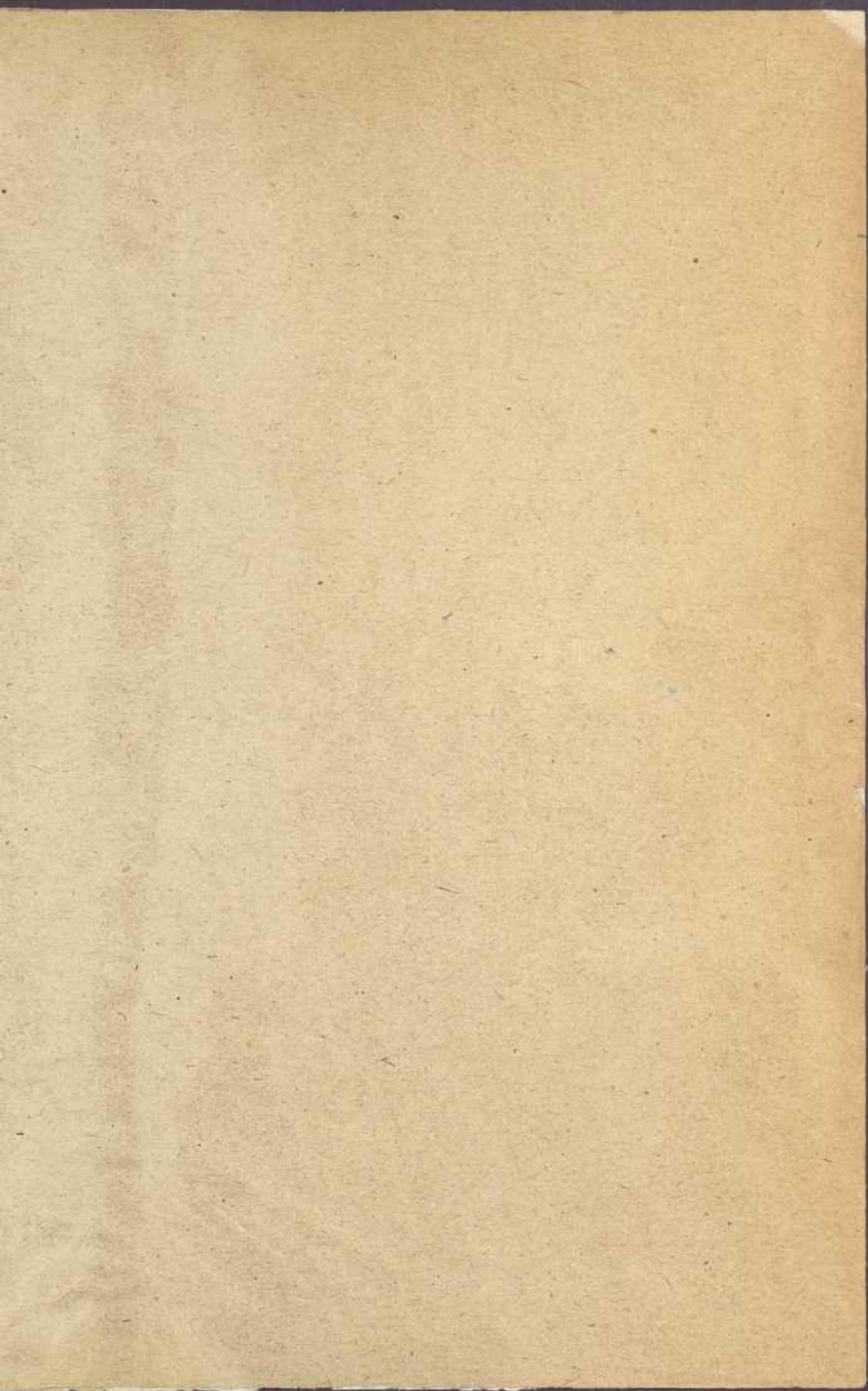
VIAJES — NOVELAS — AVENTURAS

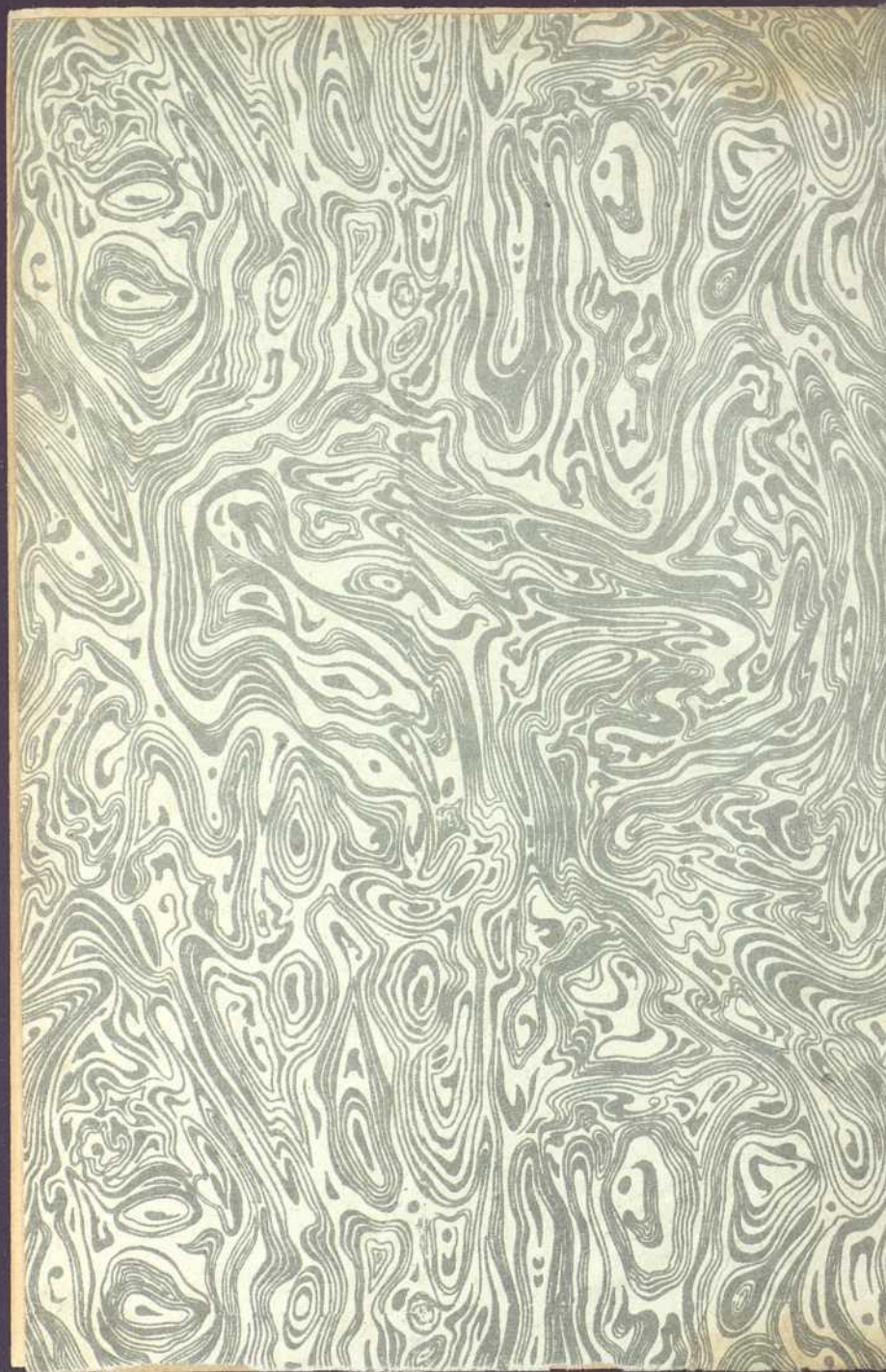
	Pesetas.
<i>F. Ossendowski.</i> —Bestias, Hombres, Dioses... ..	5
— El Hombre y el Misterio en Asia	5
— De Presidente a la Cárcel.....	5
— La Sombra aterradora del Este.....	5
— Más allá de la Gran Muralla... ..	5
— Fuego en el Desierto.....	5
— A través del país de los Simúns..	5
<i>S. Palen.</i> — Cómo se escapó el Demonio Blanco del Mar Negro	5
— El Dragón Rojo.....	5
<i>Georg. Popoff.</i> —La Inquisición Roja.. ..	5
<i>H. G. Wells.</i> — Los rincones secretos del cora- zón.....	4
— El Nuevo Maquiavelo.....	6
— La Llama Inmortal.....	5
— El padre de Cristina Alberta.	6
— Los Hombres Dioses.....	5
— Breve Historia del Mundo.....	10

<i>Marcel Prévost.</i> —Su querida y yo.....	5
<i>Ernest Pérochon.</i> —Los Hombres frenéticos.....	5
<i>Edgard Rice Burroughs.</i> —Una princesa de Marte.	5
— Los Dioses de Marte.....	5
— El Guerrero de Marte.....	5
— Thuvia, la Virgen de Marte.....	5
— El ajedrez vivo de Marte.....	6
<i>M. Leblanc.</i> —La vida extravagante de Baltasar..	5
<i>L. Rossenthal.</i> —Hagamos fortuna.....	5
<i>B. Shaw.</i> —Comedias desagradables.....	5
— Comedias agradables.....	6
— Hombre y Superhombre.....	6
— Volviendo a Matusalén.....	6
— Tres comedias para puritanos.....	6
— La otra Isla de John Bull.....	6
<i>Mario Meunier.</i> —La leyenda dorada de los Dioses y de los Héros.....	5
<i>Maurice Dekobra.</i> —Ha muerto una cortesana... ..	5
— La Madona de los Coches Camas.....	5
— Griselda, te amo.....	5
— La Góndola de las Quimeras.....	5
<i>W. Bonsels.</i> —Viaje a la India.....	5
<i>Gastón Leroux.</i> —Rouletabille y los Gitanos: I, El Libro de los Antepasados; II, El Pulpo. Cada tomo.. ..	5
<i>G. de la Fourchardière.</i> —El crimen de Buif . . .	5
<i>F. Rabelais.</i> —Gargantúa y Pantagruel.....	5
— Hechos y dichos del buen Pantagruel.....	5
— Pantagruel, rey de los Dipsodas.....	5
<i>El Heptamerón.</i> —Cuentos de la Reina de Navarra.	5
<i>S. Hernáiz.</i> —Lo Bueno y lo Malo que se ha dicho del Amor, del Matrimonio y de las Mujeres.	5
<i>Brantôme.</i> —Vida de las Damas Galantes.....	5

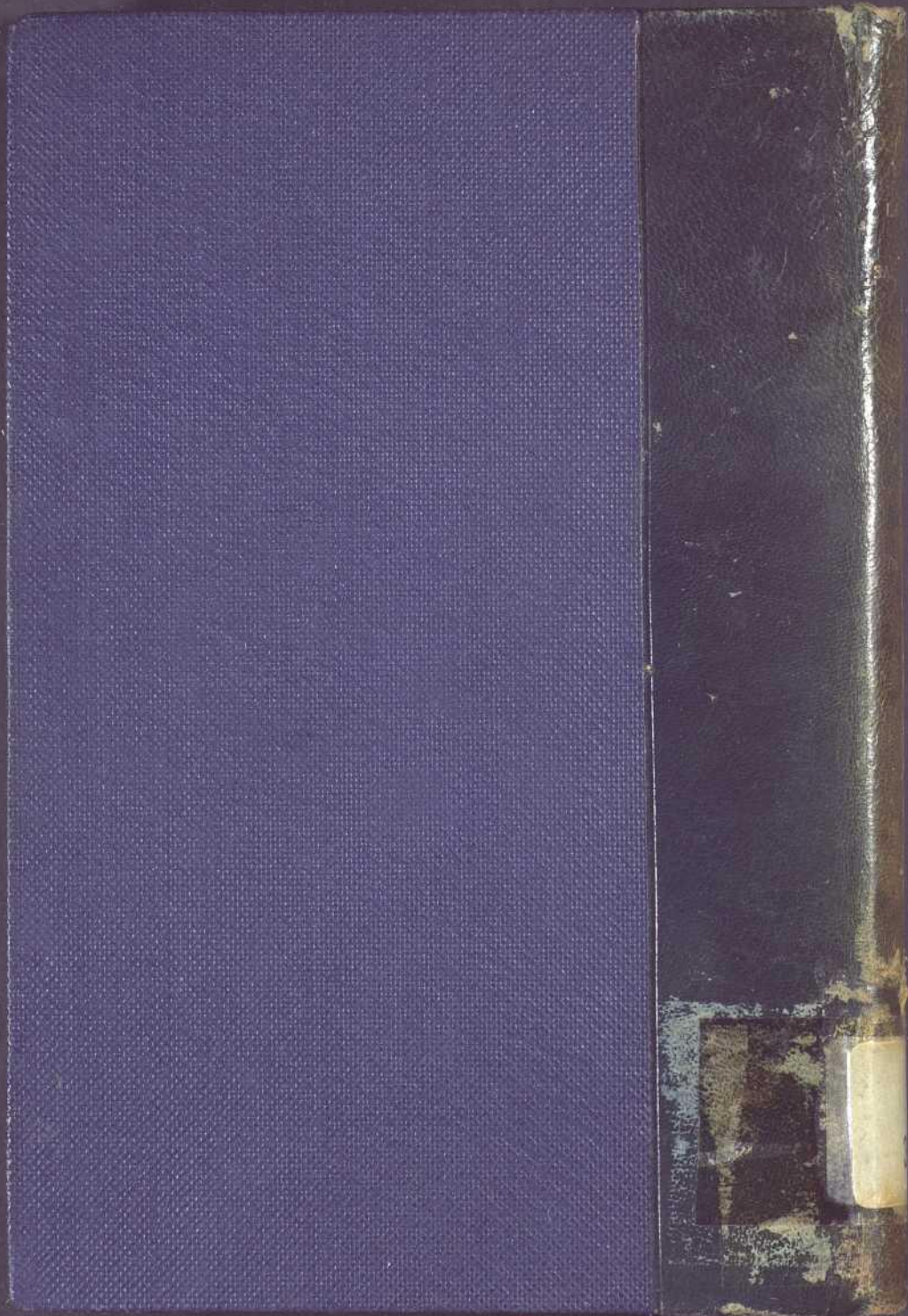












QUINTESIMOSIETE
LA CUYFENDA
III
AMERICANOS

F A

3571